

AMALIA LOPEZ REYES

3-2

EL VALOR HISTORICO DE LOS PERSAS DE ESQUILO

Las Guerras Médicas y su significación Cultural.

MEXICO, D. F.

1942.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis Padres y a mis Hermanos

con todo cariño.

Al Lic. D. ALFONSO REYES

agradeciéndole sus consejos y ayuda.

Con todo respeto a mis maestros:

Prof. D. PABLO MARTINEZ DEL RIO

Lic. D. JULIO JIMENEZ RUEDA

Lic. D. JOAQUIN RAMIREZ CABAÑAS

Lic. D. JOSE de J. NUÑEZ y DOMINGUEZ

CAPITULO PRIMERO

INTRODUCCION

Aristóteles, antes de ser filósofo fué historiador, sin embargo, no poseía el agudo sentimiento histórico de su maestro Platón. Su obra trata más bien de conceptos que de Historia propiamente dicha. El Estagirita, al hablar de la tragedia, la deriva de la Epopeya; dice en efecto: "En cuanto a la Épica, ha ido a un paso con la Tragedia, hasta en lo de ser una imitación razonada de sujetos ilustres; y apártese de ella en tener menos versos, y en ser narrativa; como también por la extensión: La tragedia procura sobre todo reducir su acción al espacio de sol a sol; o no exceder mucho: más la Épica es ilimitada en cuanto al tiempo: y en esto no van de acuerdo; si bien antiguamente estilaban en las tragedias lo mismo que en los poemas Epicos. Sus partes, unas son las mismas, otras propias de la tragedia. De donde, quien supiere juzgar de la buena y mala tragedia, también sabrá de la Epopeya: porque todos los dotes de ésta convienen a aquélla; bien que no todos los de la tragedia se hallen en la Epopeya" (1).

El humanismo actual tiende a rectificarlo: la tragedia no puede derivar de la Epopeya. En los libros de Homero, advertimos que se halla al servicio de los vencedores, de los aqueos; pero su Olimpo no es ya la religión de los primitivos griegos, aun cuando su obra sea del primer período de la poesía helénica.

Las ideas religiosas se habían transformado mucho antes de llegar a la *Iliada* y la *Odisea*. La religión de Homero es muy diferente de la primitiva religión naturalista. En esta los dioses eran causas activas y eficientes de los fenómenos físicos y de los cambios de las estaciones; dioses que estaban de acuerdo con la vida de los pelagos, sencillos campesinos que vivían del cultivo de la tierra. Cada dios tenía un atributo y una forma especial de obrar; pero poco a poco, con el tiempo, se fué olvidando la íntima relación de los dioses con la naturaleza, y sólo subsistieron las cualidades y acciones de las divinidades. Esta primitiva religión, en sus comienzos tuvo semejanza con la de Oriente, pero conservó siempre su independencia, siendo más rica y fantástica.

Para verlo así basta comparar las principales divinidades de las más antiguas religiones con las de la *Iliada* y la *Odisea*, así, por ejemplo, Zeus es el dios del cielo y de la luz del día, supremo entre todos los demás; los dioses del Olimpo Homéricos ya casi no son representaciones de los fenómenos de la naturaleza, ninguna relación tienen sus divinidades con la fertilidad de los campos, el estado de la atmósfera, la llegada de las estaciones, y todos esos otros aspectos que nos hablan de un pueblo agricultor, en el que la religión y la subsistencia por el cultivo de las plantas se reunían en una sola manifestación.

Hephestos, dios del fuego, del cielo y de la tierra, se ha convertido en un simple herrero: "Y el ilustre obrero Hephestos empezó a hablar para consolar a su muy amada madre Hera, la de los brazos blancos". (2). Hermes, que fertilizaba los campos y protegía los rebaños, es en Homero un mensajero de Zeus: "Hermes, ya que te gusta acompañar a los hombres y puedes complacer a quien quieras, conduce a Priamo a las naves abiertas de los acaenos y haz de modo que ninguno de los danaenos le divise antes de que llegue a la presencia del Paleida. Habló así y el mensajero Matador de Argos le obedeció" (3). Deméter, la madre tierra no interviene en los poemas para castigar o salvar a ningún héroe, como lo hacen Afrodita, Poseidón, Atenea, y tantos otros. Dionysos divinidad más apegada a los misterios primitivos es la que resulta más olvidada en Homero.

En Homero las divinidades son francamente antropomórficas como no pueden menos de serlo también así en el teatro, a primera vista parece obvio que la tragedia deriva de Homero. Sin embargo, es fácil advertir que los poetas trágicos recogen un sentimiento de la divinidad pavoroso y misterioso que sin duda procede del fondo de la religión popular y no de Homero. Si hubieran seguido a éste al pie de la letra, hasta habrían caído en humorismos y bufonadas que ellos nunca se permitieron para con las divinidades.

En efecto, dice Alfonso Reyes: "El antropomorfismo homérico, directamente trasladado al teatro, fácilmente hubiera dado óperas bufas a la manera de Offenbach".

Aristóteles dice que tanto la Epica y la Tragedia como la Comedia y la Ditirámica vienen a ser en el fondo imitaciones, lo mismo que la música de instrumentos; pero estas imitaciones no son naturalmente idénticas, sino que se imita por medios diversos, o diversas cosas, o diversamente. La tragedia, v. g., procura superar los modelos humanos, y la comedia, por el contrario, los empeora. Los poetas

más graves imitan las acciones nobles y las aventuras de sus semejantes; creando con ello, los versos heróicos; y los vulgares, imitan las acciones de los ruines, y de aquí nacen los versos yámbicos.

Hubo autores, como Homero, que supieron abarcar los dos géneros, teniendo su Margites semejanza con la comedia, y la Iliada y la Odisea con la tragedia. Los autores yámbicos compusieron comedias, y los otros, en lugar de versos heróicos, tragedias. La comedia es un retrato de los peores, porque se refiere a un defecto notable, cualquiera que el sea, pero que cause risa. La tragedia "es representación de una acción memorable y perfecta, de magnitud competente, recitando cada una de las partes por sí separadamente; y que, no por modo de narración, sino moviendo a compasión y terror, dispone a la moderación de estas pasiones". (5).

La tragedia es una imitación, pero puede no serlo, de los hombres; sino, y ésto es lo que es preferentemente, de los hechos y de la vida, de la ventura y la desventura.

Es obscuro el origen de la tragedia. Según las opiniones más autorizadas nace del coro aislado. Aristóteles la hace derivar de los Corifeos de la farsa Ditirámbica, así como a la comedia del coro Fállico, que era una farsa o mascarada en que se cantaban las Priapeas, y otras cosas semejantes, lo que hacía que las Priapeas, las composiciones Fállicas, y aún las Ditirámbicas, fuesen de un mismo jaez.

La tragedia griega es en el fondo una parodia de la tragedia Universal y humana, los actores obran fatalmente, porque así les plugo a los dioses que actuarán, porque es su destino un sino fatal e ineludible. Ya estaba decretado que Edipo debía dar muerte a su padre, ignorando quién era, y debía contraer matrimonio con su madre, no sabiendo que de ésta se trataba; también era necesario que Prometeo robara el rayo a Zeus, Fedra se enamorara de Hipólito y Orestes diera muerte a su madre, para vengar a Agamenón.

El dios trágico es un dios independiente del bien o del mal; es únicamente un espíritu fatalista que mueve a los personajes, y que los hace actuar según su arbitrio, generalmente con el deseo de vengarse de algún mortal de esa familia, que lo ha ofendido por cualquier circunstancia. La tragedia de Prometeo la resume Nietzsche en estas palabras: "Todo lo que existe es justo e injusto, y en los dos casos, igualmente justificable". (14).

La tragedia deriva de los coros primitivos que cantaban a Dionysos, éste era el dios de los árboles y los frutos, de la uva, del vino, de la vendimia y de la embriaguez. Fué adorado en diversas formas;

que contribuía desde luego a resaltar más claramente ese aspecto de irrealidad que se buscaba. La máscara era necesaria para poder hacer olvidar la personalidad del actor, y le daba el carácter ideal indispensable en la tragedia. Además, y ésto simplemente para lograr mejor el desarrollo de la pieza, un mismo individuo podía representar a los personajes principales, suprimiendo en esta forma a los comparsas, que sólo descomponían la belleza de la escena. El actor hablaba con voz fuerte y sonora, educada convenientemente o quizá producto de algún artificio; su lenguaje estaba provisto de prosopopeya o lirismo, esencial en un idioma superior al de los hombres y que necesitaba de más musicalidad.

La tragedia era una combinación de poesía lírica y diálogo dramático, perteneciendo el primero al coro y el segundo a los actores y al propio coro. Los cantos de éste, dividían la tragedia en partes: prólogo, episodios y éxodo. (9).

Éstas transcurrían sin que fuera necesario cambiar la decoración. En efecto, en algunas tragedias, las diversas escenas ocurren en diferentes lugares, sin que sea preciso introducir ningún cambio en el escenario, pues es suficiente con que los actores indiquen, durante la representación misma, que se han trasladado de sitio. (10).

De todas suertes lo importante para nuestro estudio, es que, tanto la forma del teatro como la estructura del drama, tuvieron su punto de partida en el coro aislado.

Se impone preguntar, por lo tanto ¿cuál era el papel del coro en la tragedia?

¿Formaba parte del drama, sin interesarse por los personajes, o más bien puede decirse que era "un personaje intermediario"? ¿Puede decirse que era algo que no tiene personalidad propia sino que, en gracia de la acción dramática, queda muchas veces esfumado? Es evidente que el coro no tuvo siempre la misma importancia. Ya para la época de Eurípides es completamente diferente del coro de Esquilo, y es de todo punto cierto que aquél muchas veces lo deja olvidado, al punto que en algunas de sus obras hasta parece molesto y estorboso. ¿Es el coro, entonces, un espectador ideal?

El espectador, sin lugar a ningún género de duda, debe pensar que lo que está presenciando es una obra de arte, pero sin perder de vista que se trata de una ficción, y es innegable, también, que el coro se veía en la necesidad de pensar todo lo contrario, puesto que debía suponer que la tragedia era una realidad, y que los personajes existían materialmente; de donde el sostener que el coro es un es-

más graves imitan las acciones nobles y las aventuras de sus semejantes, creando con ello, los versos heróicos; y los vulgares, imitan las acciones de los ruines, y de aquí nacen los versos yámbicos.

Hubo autores, como Homero, que supieron abarcar los dos géneros, teniendo su *Margites* semejanza con la comedia, y la *Ilíada* y la *Odisea* con la tragedia. Los autores yámbicos compusieron comedias, y los otros, en lugar de versos heróicos, tragedias. La comedia es un retrato de los peores, porque se refiere a un defecto notable, cualquiera que el sea, pero que cause risa. La tragedia "es representación de una acción memorable y perfecta, de magnitud competente, recitando cada una de las partes por sí separadamente; y que, no por modo de narración, sino moviendo a compasión y terror, dispone a la moderación de estas pasiones". (5).

La tragedia es una imitación, pero puede no serlo, de los hombres, sino, y ésto es lo que es preferentemente, de los hechos y de la vida, de la ventura y la desventura.

Es obscuro el origen de la tragedia. Según las opiniones más autorizadas nace del coro aislado. Aristóteles la hace derivar de los Corifeos de la farsa Dítirámica, así como a la comedia del coro Fállico, que era una farsa o mascarada en que se cantaban las *Priapeas*, y otras cosas semejantes, lo que hacía que las *Priapeas*, las composiciones Fállicas, y aún las Dítirámicas, fuesen de un mismo jaez.

La tragedia griega es en el fondo una parodia de la tragedia Universal y humana, los actores obran fatalmente, porque así les plugo a los dioses que actuarán, porque es su destino un sino fatal e ineludible. Ya estaba decretado que Edipo debía dar muerte a su padre, ignorando quién era, y debía contraer matrimonio con su madre, no sabiendo que de ésta se trataba; también era necesario que Prometeo robara el rayo a Zeus, Fedra se enamorara de Hipólito y Orestes diera muerte a su madre, para vengar a Agamenón.

El dios trágico es un dios independiente del bien o del mal; es únicamente un espíritu fatalista que mueve a los personajes, y que los hace actuar según su arbitrio, generalmente con el deseo de vengarse de algún mortal de esa familia, que lo ha ofendido por cualquier circunstancia. La tragedia de Prometeo la resume Nietzsche en estas palabras: Todo lo que existe es justo e injusto, y en los dos casos, igualmente justificable. (14).

La tragedia deriva de los coros primitivos que cantaban a Dionysos, éste era el dios de los árboles y los frutos, de la uva, del vino, de la vendimia y de la embriaguez. Fué adorado en diversas formas;

primero como árbol, después, como hombre barbudo y corpulento; parece ser, que las bacantes, para honrarlo, se reunían a la luz de la luna, mataban un ternero y, danzando al compás de la música de flautas, se entregaban a verdaderas orgías, comiendo la carne cruda y sangrante. Esta danza frenética, iba excitándolas gradualmente, hasta que, llegando a un estado verdaderamente increíble y delirante, acometidas de repente de una terrible locura religiosa e incontenible, a la que ellas llamaban entusiasmo, se precipitaban corriendo por los bosques gritando desenfrenadamente, y haciendo movimientos desordenados. De aquí debió nacer uno de los elementos de la tragedia (6). Pero, si hemos hablado de un elemento, hemos indicado que no era el único; la tragedia es dionisiaca y apolínea, una extraña combinación de sueño y de embriaguez. El ensueño nos da la apariencia de plenitud de belleza, y de ahí provienen el arte y la poesía. Cada forma tiene un significado aun cuando advertimos que se trata únicamente de algo que es pura apariencia. De esta manera podría decirse, sin temor a una equivocación, que el poeta, por lo tanto, obra respecto a lo que es la realidad del ensueño, como el filósofo respecto a la realidad de la existencia. El sueño da una interpretación de la vida, es un desahogo de la naturaleza, un consuelo necesario; es en medio de su apariencia, un goce indispensable y un placer profundo.

Apolo es el dios del ensueño, distinto de Dionysos. Está lleno de belleza indiscutible, y también de verdad, pero aparente; si es que es posible hablar de verdades aparentes. Apolo no es otra cosa que el principio de individualidad, mejor dicho, de individualización. A ésto se opone el estado dionisiaco, análogo a la embriaguez, que hace cantar a la humanidad y olvidarse de sí misma y es como una fuga intencional de la naturaleza humana; el individuo se reconcilia con el mundo: la humanidad se siente unida y se comprende, se identifica, "está a punto de volar por los aires danzando". (7). El hombre se transforma de artista en obra de arte. Se ha proyectado sobre la naturaleza, y por un movimiento de empatía, como dice el Dr. Caso, ya no es él: es canto, es danza.

El griego, en su afán de copiar a la naturaleza, por deseo de sentirla e interpretarla, la despedaza en individuos. En el dítirambo de Dionysos, el individuo se siente llevado a la más alta exaltación de todas sus facultades simbólicas. La tragedia es una representación de la naturaleza, tomando los elementos que la representan, para llevarlos al drama.

La tragedia canta al principio la vida de los dioses, todo es exu-

berancia, vitalidad triunfante: el bien y el mal están divinizados, como manifestaciones de un exceso de energía natural.

El griego, con esa visión que no ha podido alcanzar ningún otro pueblo, conoció la tragedia humana, palpó sus miserias, y recurrió a sus dioses. La tragedia primitiva no es, en el fondo, sino un frenesí: desesperado, excitante, una orgía, algo loco, que palpitante de vitalidad y de deseo lleva al delirio más absurdo. Después hace su aparición el poeta lírico, que no se contenta con la bella armonía de sonidos voluptuosos, sino que dando un paso más, traduce la música en metáforas y bellas palabras. El origen de la tragedia es, pues, esencialmente religioso y popular, apartado de toda idea política o social en que pueda pensarse.

El principal oficio del coro fué la danza, la propia palabra con que es designado: Chorus, quiere decir lugar de danza, los coros se encontraban al lado de los templos. (8).

Las tragedias, como hemos visto, no se representaban más que en las fiestas en honor de Dionysos, primeramente conservaron su carácter báquico, del cual ya hemos hablado; por ende, los personajes no aparecían vestidos sencillamente, sino que, por el contrario, como un recuerdo de su origen, aparecían ataviados en formas semejantes a las usadas por las bacantes.

El primer actor, que era un dios o un héroe-deificado, en cuyas aventuras se interesaba el coro, que lloraba o reía con el personaje, según las vicisitudes por las que éste atravesaba, tenía un aspecto superior y aventajaba en la apariencia a los otros mortales; esto es fácilmente explicable, porque si se iba a narrar la vida, o mejor un episodio cualquiera de la vida de un ser en todo superior a la humanidad, debía buscarse lógicamente alguna forma de hacerlo aparecer con esta dignidad que le era indispensable e inherente, ya que no es posible concebir a Dios igual a sus criaturas. Esto parece evidente, por tanto no es de extrañar que el actor trágico fuera monstruoso. El personaje pues, no se presentaba, con la apariencia natural, sino cubierto con una máscara, que debía expresar su estado de ánimo, v. g., cólera, temor, etc. Por medio de determinados artificios, aparecía también más alto, el cuerpo era más robusto; y todo ello reunido hacía que el actor trágico fuera precisamente, como se pretendía, un ser que en nada se parecía a los humanos, sino que desde luego daba la idea de representar un mundo diferente y sobrenatural.

Por otra parte, y debido principalmente a todos estos artificios, los movimientos del actor tenían que ser cadenciosos y tardos, lo

que contribuía desde luego a resaltar más claramente ese aspecto de irrealidad que se buscaba. La máscara era necesaria para poder hacer olvidar la personalidad del actor, y le daba el carácter ideal indispensable en la tragedia. Además, y ésto simplemente para lograr mejor el desarrollo de la pieza, un mismo individuo podía representar a los personajes principales, suprimiendo en esta forma a los comparsas, que sólo descomponían la belleza de la escena. El actor hablaba con voz fuerte y sonora, educada convenientemente o quizá producto de algún artificio; su lenguaje estaba provisto de prosopopeya o lirismo, esencial en un idioma superior al de los hombres y que necesitaba de más musicalidad.

La tragedia era una combinación de poesía lírica y diálogo dramático, perteneciendo el primero al coro y el segundo a los actores y al propio coro. Los cantos de éste, dividían la tragedia en partes: prólogo, episodios y éxodo. (9).

Éstas transcurrían sin que fuera necesario cambiar la decoración. En efecto, en algunas tragedias, las diversas escenas ocurren en diferentes lugares, sin que sea preciso introducir ningún cambio en el escenario, pues es suficiente con que los actores indiquen, durante la representación misma, que se han trasladado de sitio. (10).

De todas suertes lo importante para nuestro estudio, es que, tanto la forma del teatro como la estructura del drama, tuvieron su punto de partida en el coro aislado.

Se impone preguntar, por lo tanto ¿cuál era el papel del coro en la tragedia?

¿Formaba parte del drama, sin interesarse por los personajes, o más bien puede decirse que era "un personaje intermediario"? ¿Puede decirse que era algo que no tiene personalidad propia sino que, en gracia de la acción dramática, queda muchas veces esfumado? Es evidente que el coro no tuvo siempre la misma importancia. Ya para la época de Eurípides es completamente diferente del coro de Esquilo, y es de todo punto cierto que aquél muchas veces lo deja olvidado, al punto que en algunas de sus obras hasta parece molesto y estorboso. ¿Es el coro, entonces, un espectador ideal?

El espectador, sin lugar a ningún género de duda, debe pensar que lo que está presenciando es una obra de arte, pero sin perder de vista que se trata de una ficción, y es innegable, también, que el coro se veía en la necesidad de pensar todo lo contrario, puesto que debía suponer que la tragedia era una realidad, y que los personajes existían materialmente; de donde el sostener que el coro es un es-

pectador ideal resulta un absurdo, de todo punto imposible. (11).

Las opiniones se dividen. Schiller considera que el coro no debió ser otra cosa que una muralla viva que, separando la acción del mundo real, la hacía ganar en armonía.

Alfonso Reyes nos dice: "De dos maneras funciona el coro: o dialogando con los actores e interviniendo en la acción trágica (y por éso decía Aristóteles que el coro es uno de los personajes, y por éso la teoría del espectador ideal es inadmisibile en todo caso) o cantando sus estrofas, sus antistrofas, sus éposos, en esos entre actos líricos que hacen decir a los helenistas que el coro es el principio lírico y superviviente de la tragedia primitiva, fundido con el principio épico, al que representan los actores, que el coro es la supervivencia de las danzas de sátiros en rededor de Dionysos; algo en suma, extraño a la tragedia posterior, ajeno a su desarrollo, estorboso a veces, que sirve para que el público descanse de los episodios". (12).

Por lo tanto, el coro es un desahogo, pero probablemente, según esta interpretación, en él residía la verdadera tragedia, cuyo interés fundamental no se encontraba sólo en los personajes y en los episodios sino en aquellos movimientos morales que el coro expresa, en algo interior que es como una reflexión sobre los designios de la Noira.

El coro explica, por tanto, la existencia de los actores, que vemos aparecer posteriormente, porque éste los ha creado para sí, ellos se desarrollan y viven en el seno del coro.

Las pasiones que despiertan los episodios por los que atraviesa la tragedia se desahogan en los gritos del coro, sin embargo, la tragedia al principio es, como ya dijimos, solo coro, pero no drama. Después, el dios se materializa, porque así es preciso que ocurra y entonces se da comienzo al drama mismo. Este dios, completamente real en la tragedia es una irrealidad sobrenatural; llega a ser el personaje central, y como consecuencia de ello, el coro va perdiendo importancia; el espectador se identifica de tal manera con los sufrimientos del dios, que más debía parecerle una materialización de su propia fantasía. (13).

Dionysos es primeramente el único héroe de la tragedia, y sólo se cantan sus sufrimientos. Después, los otros personajes, como por ejemplo Edipo, Prometeo, etc., no son más que disfraces o derivaciones de Dionysos.

La máscara que usa el actor en la tragedia sirve para ocultar al dios y por éso se ha dicho, y con razón, que la tragedia murió

por un suicidio. Eurípides, al apoyarse en la epopeya arroja a Dionysos del drama, y la tragedia sin el dios-héroe, no puede subsistir, sino que se convierte en otra cosa; por éso Aristóteles va a pretender, un poco más tarde, que la tragedia deriva de la epopeya, porque cuando él entra a estudiarla, la verdadera tragedia ha muerto, es casi una comedia.

Esto lo vemos en una forma muy clara, al estudiar "los prólogos" de las obras de Eurípides. En él, un solo personaje se adelanta y relata a los espectadores no sólo quien es él, aclarando desde luego su identidad, sino que además, refiere el argumento de la obra que pronto van a ver representar, si ello es necesario, habla también de los antecedentes y consecuentes del hecho que va a tratarse; es decir, que en esta forma la ansiedad épica desaparece en mucha parte.

Sócrates deja sentir su influencia en la obra de Eurípides, y ambos asesinan la tragedia. Sócrates en efecto sostiene su famoso principio de: "Conócete a tí mismo", y condena todo lo que obra "sólo instintivamente". El espectáculo dionisiaco era algo completamente irracional, pero en este nuevo orden de cosas ¿qué objeto puede tener ya el coro en la tragedia? Evidentemente ninguno, es un lastre estorboso e innecesario, una supervivencia que no tiene ninguna razón de ser, y más que servir de ayuda, estorba al argumento y desarrollo de la obra; el coro es una molestia artificiosa, su carácter se altera, y trata de eliminárselo. Suprimida la importancia preponderante que había tenido el coro, arrojado como un intruso que no hace ninguna falta, se arroja con él a la música, y la tragedia, que como hemos visto, había tenido su cuna precisamente en la música, muere con ella.

Ya Nietzsche había definido al mundo "como música materializada o como voluntad inmaterializada". La música, en efecto, excita a la percepción simbólica de lo dionisiaco y confiere a la imagen alegórica su más alto alcance; esta expresión hay que buscarla en la tragedia. La música dionisiaca es un espejo universal de la voluntad del mundo y, siendo así, ¿cómo iba a poder subsistir la tragedia, suprimiéndose de ella precisamente lo que la caracterizaba como tal?

"La tragedia resume en sí un delirio orgiástico de la música, elevando así, de un golpe, la música a su perfección, tanto entre los griegos, como entre nosotros, pero añade también el mito trágico, y el héroe trágico que, parecido a un formidable titán, toma sobre hombros el fardo del mundo dionisiaco y nos libra de él". (15).

Así es como el mito nos defiende contra la música, a la vez que

le comunica la libertad suprema. Por éso la muerte de la tragedia griega fué también la del propio mito.

El mito trágico, necesita, en efecto, para su inteligencia el goce especial que le es propio, y ello como primera condición. Ahora bien, esta búsqueda especial propia del mito, ¿adónde debe conducirnos? Indiscutiblemente a la pura estética, que por el simple hecho de ser calificada como tal, no se vea en la necesidad de tener que recurrir en demanda de socorro a la compasión, al terror, a la nobleza moral, etc., con lo cual dejaría de tener su carácter de pureza.

Tanto por lo que hace a la música, cuanto por aquello que se refiere al mito trágico, podemos afirmar, sin duda, que proceden del mismo origen, y que muy probablemente tuvieron una madre común en el instinto dionisiaco, con su placer primordial, aún ante el dolor. (16).

"La música y el mito trágico son, en igual grado, la expresión de la facultad dionisiaca de un pueblo, y parecen inseparables". (17).

Esta afirmación de Nietzsche viene a corroborar lo que hemos dicho hasta ahora.

Los griegos no sintieron la necesidad de copiar estrechamente la realidad, puesto que, en última instancia, la tragedia, como hemos visto, representa indudablemente un mundo que en todo se aparta de lo propiamente humano, puesto que es superior a él, y desde luego, presenta el aspecto de algo completamente maravilloso y sobrenatural.

Dice Müller: "El culto de Baco tenía una cualidad que lo hacía más propio que cualquiera otro para llegar a ser la cuna del drama y de la tragedia en particular: la embriaguez entusiasta que lo acompañaba. Y así, la tragedia surgió del interés apasionado por los fenómenos de la naturaleza en el curso de las estaciones, y, sobre todo, en la lucha que parece mantener durante el invierno para estallar, a la primavera, una nueva floración". (18).

Por lo tanto, puede afirmarse que: "El coro de sátiros ha ido a buscar en las entrañas del mundo su fuerza emocional; se inició en el misterio de la germinación de la uva, vió la ascensión de la sangre de la tierra, del *vinum mundi*, que se levanta desde la raíz de la viña hasta coagularse en los racimos; bebió delirio en el simbólico huerto, y vino de su viaje profundo, dionisiaco, danzante, unificado con la tierra y partícipe casi inconsciente de los ritmos naturales y la tragedia de las estaciones, a vaciar su fuerza delirante en una apariencia exterior, el dios del vino, movido por una necesidad

espectacular, estética, que inspira Apolo y que justifica la existencia universal". (19).

Sin embargo, y a pesar de todo lo que se ha dicho, la tragedia también deja intervenir desde un principio otras leyendas, que no eran de Baco, pero éste mantuvo siempre la parte central y más importante. La tragedia es sentimental, pretende expresar antropomórficamente las manifestaciones que han sido atribuidas a la naturaleza; después, poco a poco, se vuelve más filosófica llegando a las fuerzas metafísicas del Universo. El poeta se vale de los hombres, para expresar cosas que son supra-humanas, pero sin pretender nunca retratar fielmente las costumbres y maneras propias del hombre mismo, pues si tal intentara, posiblemente se vería en la necesidad de tener que entrar en el campo de la comedia, lo que vendría a producir algo muy distinto de lo que primeramente se había intentado. Es evidente que el poeta tiene que expresarse por medio de tipos humanos, porque el hombre no puede considerar las cosas más que desde el punto de vista humano; o concibe a Dios antropomórficamente, o no lo concibe, porque el antropomorfismo es la única forma posible del pensamiento.

Por eso el griego representaba a los dioses en forma humana, pero en cierto sentido superior a ella, como conviene a un ser sobrenatural, y de ahí los artificios de que se valía el actor trágico, y de los cuales ya hemos hablado suficientemente.

En resumen: "Los hombres de la tragedia helénica, no alienan con vida real, son contornos y son sombras de seres, conciencias que cavilan y voluntades que obran fatalmente. En su voluntad, los destinos se manifiestan; y sus conciencias reciben esta manifestación universal". (20).

Los dioses de Homero son personajes antropomorfos, claro está, pero que inspiran otros sentimientos muy diferentes al respeto y al temor. Veámos un ejemplo: Diómedes, al pretender matar a Eneas se enfrenta con Afrodita, que por ser la madre de éste, procura salvarlo, la diosa es herida en una mano, y Diómedes le dice estas palabras injuriosas: "Abandona la guerra y el combate, hija de Zeus. ¿No te basta con engañar a las débiles mujeres? Y si asistes de nuevo a los combates, acabarás porque la guerra y hasta sólo su nombre te haga temblar de miedo". "Habló así, y Afrodita voló afligida y gimiendo desgarradoramente". (21).

Pese a la belleza del lenguaje, estamos ya a un paso de la comedia. La retirada de Afrodita casi inspira risa. ¡Qué lejos se encuentra esta diosa de Prometeo, que aún encadenado, desafía a

Zeus con toda su grandeza! Es una cosa enteramente diferente. La tragedia, ya lo dijimos, claro que muestra a los dioses antropomórficamente, puesto que de otra manera no le sería posible representarlos; pero la tragedia no puede derivar de la Epopeya; de los misterios agrícolas, sí.

Aristóteles no menciona el principio de fatalidad del teatro griego, que es más universal que humano. El estagirita es artificial en su concepción, porque trabaja en la tragedia cuando ésta casi ha dejado de serlo, para convertirse en comedia; cuando ha perdido su sentido religioso, y prueba de ello es que Aristóteles no lo enuncia, siquiera, cuando, como hemos visto, es el único que explica el teatro.

Ahora bien, la tragedia procede de la tradición mitológica, de la histórica, o es inventada en su totalidad.

Aristóteles busca en la Epica los elementos de la tragedia, y encuentra, de invención pura, **El Anteo de Agatón**: "Sin embargo, en algunas tragedias uno o dos nombres son los conocidos, los demás supuestos. En otras ninguno es verdadero, como en el **Anteo** o en la **Flor de Agatón**, donde las aventuras son fingidas bien como los nombres". De tradición histórica sólo señala una obra: **Los Persas**, de Esquilo. (22).

Esta obra nos muestra el estado emocional de Grecia. Persia es un imperio poderoso y legendario, rodeado de una aureola de prestigio. Los persas son los guerreros por excelencia, nadie puede con ellos. La referida obra de Esquilo tiene por lo tanto un doble valor: histórico y poético y admite ser estudiada desde cada uno de estos ángulos.

Los Persas se refiere exclusivamente a la batalla de Salamina, que no es más que una fase de las guerras médicas. Trata de la lucha entre dos pueblos: el persa y el griego, representante uno de la cultura oriental; el otro, cuna de la occidental. Será preciso por lo tanto señalar quiénes eran estos pueblos, y cuáles fueron las guerras médicas.

NOTAS AL CAPITULO PRIMERO:

(VER BIBLIOGRAFIA GENERAL)

- (1) ARISTOTELES: Poética, Traducción de Joseph Goya y Muniaín.
- (2) HOMERO: Iliada, rapsodia. I.
- (3) HOMERO: Iliada, rapsodia XXIV.
- (4) CARLOS OTFRIED MÜLLER: Historia de la literatura Griega, pág. 26 y sig.
- (5) ARISTOLES: Poética, pág. 17.
- (6) PAUL GUIRAUD: Vida Pública y Privada de los Griegos:
"Se cree que en la época de la víctima tritérica (cada dos años) el dios se aparece a los humanos, y entonces se desatan en diversas ciudades, los entusiasmos báquicos de las mujeres, se canta la Parusia del dios, etc" (Diodoro IV — 3).
- (7) PAUL GUIRAUD: Vida Pública y Privada de los Griegos:
"Apolo, dios solar, ejerce sobre los frutos de la tierra un influjo que puede ser bien hecho o funesto. Él los hace germinar y madurar, él igualmente los seca y abrasa. De ahí el doble significado de las fiestas que se celebraban en su honor, con el nombre de Tragedia, a mediados de Mayo, en el mes de Targe-lión, cuyo nombre expresa el calor del verano. Es el momento en que la cosecha en Grecia está en sazón casi, y no tardará en ser segada. Los ánimos se inclinaban a dar gracias al dios por tan dichoso estado, pero al mismo tiempo se imploraba en gracia, para que no destruyera, con el ardor excesivo de sus rayos, las esperanzas de los labradores". pág. 18.
- (8) CARLOS OTFRIED MÜLLER: Historia de la literatura Griega, pág. 43 y sig.
- (9) Aristóteles divide la tragedia en cuatro partes.
- (10) CARLOS OTFRIED MÜLLER: Historia de la literatura Griega, pág. 111 y sig.
- (11) FEDERICO NIETZSCHE: El Origen de la tragedia Griega, pág. 65 y sig.
- (12) ALFONSO REYES: Cuestiones Estéticas, pág. 33 y sig.
- (13) FEDERICO NIETZSCHE: El origen de la Tragedia Griega, pág. 751.
- (14) FEDERICO NIETZSCHE: El origen de la Tragedia Griega, pág. 82.

- (15) FEDERICO NIETZSCHE: El origen de la Tragedia Griega, pág. 142.
 - (16) FEDERICO NIETZSCHE: El origen de la Tragedia Griega, pág. 159.
 - (17) FEDERICO NIETZSCHE: El origen de la Tragedia Griega, pág. 160.
 - (18) ALFONSO REYES: Cuestiones Estéticas, pág. 62 y sig.
 - (19) ALFONSO REYES: Cuestiones Estéticas, pág. 63.
 - (20) ALFONSO REYES: Cuestiones Estéticas, pág. 66.
 - (21) HOMERO: Iliada, rapsodia V.
 - (22) Antecedente perdido: Frinico, LA TOMA DE MILETO, véase el capítulo IV de esta obra.
-

CAPITULO SEGUNDO

GRIEGOS Y PERSAS

Los griegos pertenecían a la familia de los Indo-Europeos, cuya sede primitiva no ha podido determinarse todavía de una manera absoluta. No puede decirse que su civilización brotara súbitamente de la nada, en éste sentido "el milagro griego" no puede admitirse; como toda cultura tuvo sus antecedentes. En efecto, en Creta se desarrolló la civilización de pueblos anteriores a los helenos, y de los cuáles tomaron éstos las raíces de lo que debía de ser la floreciente Urbe. Creta, debido a su situación, ejercía sin duda un monopolio marítimo, y gracias a la formación de éste imperio, recibió las influencias de las principales civilizaciones de oriente: Egipto, Mesopotamia, etc. Los aqueos adaptaron esta cultura y llegaron a un gran florecimiento durante la Epoca Micénica, período que termina con la famosa guerra de Troya.

Nada sabían los helenos de su historia primitiva, como no fuera por leyendas y relatos fantásticos o mitológicos. Por ende, es posible afirmar que la historia griega más antigua es genealógica, puesto que únicamente incluye los nombres de las familias más ilustres, hasta encontrarnos con los héroes y los dioses. Dícese que Heleno, padre de los griegos, tuvo tres hijos: Eolo, Doro y Xutos; de éste último nacieron Acaeo e Ion. En el fondo, esta leyenda no es, según pretenden algunos autores, más que el modo de poder justificar el nombre de las tribus tradicionales, a saber: eolios, dorios, aqueos y jonios. Las genealogías míticas probablemente nos indican los parentescos étnicos. (1).

Si se admite que el héroe no es sino una personificación del pueblo, la vida de este, deberá ser representada por las aventuras de aquél, y las emigraciones se encontrarán indicadas en los viajes que el héroe realiza.

También es posible encontrar un paralelismo en lo que hace al culto; en efecto, la estención del culto a Heracles significa el progreso de las invasiones dóricas. Pero es bueno tener en cuenta que no deben admitirse estos datos de tradición oral a ojos cerrados, porque frecuentemente las leyendas se han ido modificando en el transcurso

de los tiempos, hasta llegar a ser, por lo tanto, casi completamente inconoscibles los datos que primeramente pudieran ser considerados como de algún valor histórico. Sin embargo, los informes mitológicos nos pueden ser de interés, puesto que aún cuando los datos mitológicos no nos refieren los verdaderos acontecimientos de la vida real, nos ayudan sin embargo a comprender más claramente como figuraban sus orígenes los griegos de los tiempos clásicos.

Los griegos hablaban varios dialectos, pero es preciso admitir que desde mucho tiempo atrás, los jonios pudieron darse cuenta de la necesidad de tener un lenguaje común, que no fuera susceptible de presentar formas y modificaciones de carácter puramente local, y fuera, por decirlo así, un idioma oficial; por lo tanto, teniendo las colonias múltiples relaciones comerciales e intelectuales, fácil les fué adoptar un lenguaje escrito, que revistió los mismos caracteres para todos. (2).

La mejor fuente de información que poseemos para conocer a los helenos la tenemos en los vestigios arqueológicos que nos han legado; las excavaciones practicadas por Schliemann y Evans han aclarado el período micénico y egeo cretense, y gracias a ellos y a ulteriores descubrimientos nos ha sido posible el dejar asentado en forma definitiva que la historia de Grecia comenzó mucho ántes de la guerra de Troya, relatada preciosamente por la *Ilíada*. Se ha hecho posible, además, debido a los objetos egipcios encontrados allí, establecer una cronología más o menos fidedigna.

El griego es, ante todo, un mediterráneo, pero presenta también mezclas. Se ha convenido en llamar pelasgos a los primeros habitantes de la Hélade, pero no sabemos gran cosa de ellos, fuera de que recibieron de los egeo-cretenses una civilización superior. Nuevamente aparecen después, mencionadas por los egipcios entre los invasores de Asia expulsados por los Hetitas y otros pueblos, tribus un tanto imprecisas que se consignan con el nombre de "pueblos del mar"; antepasados de los pueblos clásicos de Grecia y Asia Menor, pero cuya importancia en aquel entonces no era mucha. Trátase sin duda de las invasiones de los llamados aqueos, a los que nos hemos referido antes. Estos invasores llegaron hasta el Peloponeso, y atraídos sin duda por el mar, desembarcaron en Creta y en las islas, destruyendo el imperio Minoico. A la civilización Cretense siguió la *Micénica*, que terminó por desaparecer, debido a un nuevo movimiento de pueblos, que vino a trastornar el orden establecido. Esta invasión es la que la historia ha registrado con el nombre de invasión de los dorios, que pertenecían a la misma familia de los anteriores, y aun cuando

eran pueblos que indiscutiblemente deben ser considerados como más atrasados en la escala cultural, con relación a sus hermanos, introducen, empero, el uso del hierro, hasta entonces desconocido. Dorios y aqueos no presentan grandes diferencias, y como ya señalamos, eran tribus emparentadas por raza y por lengua.

Los griegos, desde muy pronto, comenzaron sus conquistas a lo largo de todo el Mediterráneo. (3).

Sus primeros movimientos se dirigieron hacia el Este, avanzando al Asia Menor, donde entraron en contacto con diversos pueblos; de las actividades por ellos realizadas aquí, nos dan algunas noticias los archivos del imperio Hetita, que muy recientemente han sido interpretados. Parece ser que los helenos, fuertes y soberanos en Grecia, al iniciar su colonización no se sintieron bastante fuertes para enfrentarse con los poderosos reyes de Hattusai, y se reconocieron como vasallos de éstos por sus posesiones de Asia Menor.

Los informes de los archivos Hetitas no se refieren a las actividades llevadas a cabo por los griegos en épocas históricas, sino a sus primeras colonizaciones, realizadas posiblemente durante la época llamada Micénica, antes de la Guerra de Troya y de las invasiones dóricas.

Después de que los dorios y aqueos fueron consolidándose, la obra de la colonización pudo proseguirse, siguiendo todavía el mismo derrotero hacia el Asia Menor, pero ocupando, esta vez, lugares más extensos, y relacionándose cada vez más con otros pueblos. Todo ello debía influenciar su cultura y además estimular su desarrollo, pues el que entra en contacto con otros, lógicamente establece comparaciones y señala semejanzas o diferencias, reconociéndose superior, inferior, o en todo caso, igual al pueblo de que se trata, al que procura siempre superar, lo que significa necesariamente un adelanto.

A pesar de encontrarse dispersos por el Mediterráneo, los griegos se consideraban como pertenecientes a una misma familia, conservando las colonias helénicas un profundo cariño hacia la patria de donde habían salido, y que les había dado vida independiente. En efecto, las colonias no perdieron por ello su autonomía, y sólo permanecieron unidas gracias a este vínculo sentimental. Por otra parte, se reconocen débiles para luchar solas, y por lo tanto procuraron mantenerse en relación para poder hacer frente con más facilidad a los pueblos que las rodeaban, y debido a esto, conservaron vivo su espíritu de comunidad de raza, de lengua, de religión y de costumbres.

Los medas y los persas, situados en la parte occidental de la Meseta del Irán, estuvieron muy ligados con los indo-europeos, que penetraron a la India y con los cuales tuvieron muchos puntos de contacto.

Este pueblo, más atrasado que el de los asirios, estuvo formado por magníficos jinetes, que tenían indiscutible talento para la asimilación, eran ganaderos, se trasladaban en carros con ruedas, formando verdaderas hordas. La organización familiar era patriarcal, tenían algunos metales y pronto se dedicaron a la agricultura y estuvieron en contacto con pueblos que han dejado muchos documentos históricos, como los asirios y babilonios.

Su religión es muy interesante: se encuentra contenida en su libro sagrado el Avesta; es posterior e inferior a los Vedas; casi es únicamente un diálogo entre el dios supremo y el reformador de la religión, Zarathustra, personaje histórico de perfiles religiosos que produjo una verdadera revolución.

Es curioso advertir que, en esta reforma, hay una transformación de los dioses indos que en el libro sagrado del Avesta se convierten en demonios.

El dualismo persa reconoce la oposición entre un dios poderoso, que significa el principio del bien, y que es el autor de todas las bondades que existen. Este es Auramazda, creador del cielo y de la tierra, del hombre y de los astros, de la atmósfera y de los animales útiles, de los genios, y para decirlo en una palabra, de todo cuanto es bueno y provechoso. Frente a él, se encuentra Anromanyus, su hermano gemelo, principio del mal, enemigo del hombre y autor de todo cuanto significa ruina y destrucción. A él se deben el dolor y la muerte, las enfermedades y las miserias, los crímenes y los genios maléficos.

Estos dos principios son, como se vé, irreconciliables entre sí, y por ende no puede haber entre ellos más que una lucha constante. El hombre bueno está con Auramazda, el malvado con Anromanyus, porque por el pecado se ha hecho indigno de unirse con aquél que es toda bondad, perfección y belleza. La lucha entre Auramazda, principio del bien, y Anromanyus, principio del mal, no será eterna. Al fin de los tiempos, aquél vencerá a éste y sólo quedará el reinado de la eternidad.

Zarathustra, el profeta del mazdeísmo, era enemigo de contaminar el fuego, la tierra o el aire, y quizá a ello es debido el hecho de que esta religión sea más bien un libro higienista y moral de grandes contrastes. Como se vé, es algo muy elevado, y en ella advertimos una franca tendencia hacia el monoteísmo, no obstante que Mitra perdura todavía y que, en cierto sentido, también se rendía culto al fuego, sobre todo, y se adoraba la luz, el agua y el viento. Entre los medas y los persas había una tribu de donde salía la casta sacerdotal, ésta era la tribu de los magos. Los sacerdotes tenían la misión

de mantener encendido el fuego como símbolo de la divinidad en los altares del pueblo. Esta obligación se extendía también a los padres de familia, que tenían el deber de hacer otro tanto en el sagrario del hogar.

Sería suficiente tomar en cuenta esta moral tan elevada y esta brillante solución al problema del bien y del mal, para considerar a los persas como un pueblo culto y civilizado; en efecto, pese al desprecio de los helenos, los persas no eran bárbaros en el sentido peyorativo que daban a esta palabra. (Es preciso advertir, que "bárbaro" no siempre se empleó en el sentido despectivo que se le dió posteriormente, bárbaro era solo extranjero; sin embargo, cuando ocurrieron las guerras médicas, ya se empleaba en este sentido despectivo. Los griegos querían sentirse superiores a los persas).

Los magos enseñaban que cada hombre está protegido por un ángel guardián, que lo acompaña en todas las circunstancias de su vida, y lo ayuda a no contrariar nunca a Auramazda u Ormuz, cuidando de que se conservase puro de espíritu y de cuerpo. Es posible que el hombre caiga en el error, pero, mediante el arrepentimiento, puede volver a la amistad con Ormuz. Al desprenderse el alma del cuerpo, se presentaba a un juicio final ante Auramazda. Si estaba pura podía cruzar el puente Crinval, pero si el pecado la había manchado, caía en las tinieblas, en el reino de Arimán o Anromanyus.

Los medos y los persas pertenecían a una misma raza, y provenían muy probablemente de las mesetas de Bactriana y de Sogdiana, hoy Turquestán.

Parece ser que "tenían la piel blanca, la nariz recta, la cara oval, cabellos lisos y barba espesa". Las fiestas en familia eran para ellos de gran importancia, frecuentemente las celebraban con suntuosas comidas, puesto que eran amantes de la buena mesa, después de comer y beber en abundancia solían discutir los asuntos serios. La *Ciro-pedia*, nos da a conocer que en un principio los medas eran más amantes del lujo que los persas, soldados sencillos y aguerridos; posteriormente, también éstos se aficionaron a la comodidad y al oropel, y durante su contacto con los griegos, y principalmente durante las campañas de Alejandro, debían influir de una manera innegable en las costumbres de los helenos.

Como rey de los Medos figura en primer lugar uno llamado Deioces, que empezó por ser jefe de una tribu, pero dió tales muestras de magnanimidad y justicia, que fué llamado por todos para ser coronado, y al efecto, se trasladó a la ciudad de Ecbatana, que antes se llamaba Hangmatana, o sea reunión de las tribus. Parece ser que se

mandó edificar un suntuoso palacio con siete círculos concéntricos. Lo sucedió en el poder Fraortes o Fravartish que lejos de mantener la amistad con los asirios se volvió contra ellos. A él lo siguió Huvakhstata o Ciaxares y después Astiages y Ciro.

El ejército persa estaba formado por hombres de todas las naciones, pero no por ello puede afirmarse que el movimiento contra los helenos fuera el de una tribu salvaje que se preparara a enfrentarse contra una ciudad civilizada. Los persas habían tomado de los vecinos muchas cosas en su vida material, pero en lo general, seguían conservando su religión y creencias bastante elevadas, que tenían por fundamento una moral muy pura. Baste señalar para ello el primer principio de educación, del que ya volveremos a ocuparnos: enseñar al niño a no mentir. Deben multiplicarse los actos de piedad, para conseguir hacerse agradable a Ormuz. La ley religiosa no se debe olvidar, ni pretender justificar su incumplimiento basándose en pretextos de guerras y conquistas. Persia, al extender sus dominios, no causa la destrucción, ni se enorgullece como otros pueblos del mal que hace a su paso. Ya decía uno de los jefes asirios: "Yo Asur-Nasi-Pal II, amado de los dioses, atravesé el Tigris, toda la noche marché y llegué a la ciudad, que era muy fuerte, desde antes del amanecer combatí contra ella, y 800 de los guerreros maté, y les hice cortar la cabeza, y a los que quedaban, quemar vivos y empalar. La ciudad la destruí del todo y a las jóvenes las maté"; hechos todos que consideraban como un galardón digno de gloria. No, los persas respetan la religión, costumbres, leyes, lengua e incluso jefes nacionales. El vencido tiene garantizada la vida, es tratado con dulzura y benevolencia, el enemigo es siempre digno de respeto.

Tenemos el ejemplo de los numerosos griegos, que huyendo de la Hélade, buscaron auxilio en la corte del Gran rey, y recibieron una acogida dulce. Recordaremos a Hipias, a Temístocles y a tantos otros podríamos enumerar. Artesanos y combatientes son admitidos sin restricción, ora pidan amparo, ora ofrezcan su espada. Todos tienen cabida en el Imperio pues la dominación Persa es portadora de paz y de prosperidad... Pero Persia es una Monarquía y Grecia una República. Por ello, los tiranos son partidarios del Gran rey, pero no las ciudades como Esparta y Atenas. ¿Puede ser llamado bárbaro un pueblo que posea tan altos ideales?

El bárbaro es primero aquél que no habla griego, balbucea sonidos extraños en una lengua diferente, y lo mismo es bárbaro el egipcio con su gran civilización que el tracio, primitivo y salvaje.

Ya hemos dicho que los helenos tenían diversos dialectos, pero

se comprendían en lo esencial, aun cuando no llegaron a tener un lenguaje que como el comercial fuera común a todos. Los griegos tenían también la misma religión. Los mitos y los cultos, en su origen, como todo lo que se refiere a los principios, nos son desconocidos. Los ritos mágicos que encontramos en la época clásica, son sin duda, en el fondo, reminiscencias de esta religión primitiva, que nos aparece por demás misteriosa, ya que muy poco es aquello que podemos afirmar de los Pre-helenos. Los griegos consideraban a sus dioses antropomórficamente; es decir, con formas humanas. Era ésta la manera de concebirlos; pero sus ideas religiosas variaron con el tiempo: "Una divinidad como la de Deméter con cabeza de jumento, que se veneraba en Frigia, se les muestra a los griegos de los tiempos clásicos como una figura monstruosa e inexplicable".

Los dioses son hombres más poderosos, más altos y recios, más bellos y siempre jóvenes, pero igualmente viciosos. Ateniéndonos rigurosamente a un sentido moral, el dios no es superior al hombre; y aun podemos afirmar, que, por el contrario, es a veces mayor en su malicia cuanto mayor es su poder. "El mundo divino es una imagen agrandada, pero no purificada, de la Humanidad" (4).

Cada ciudad tenía sus propios dioses, y hay divinidades que sólo lo son locales, pero el caso que encontramos con más frecuencia es el de los dioses nacionales que adoptan diferentes fisonomías de acuerdo con el lugar en que se les rinde culto. Autores hay que suponen que estos dioses no tenían de nacionales más que el nombre, puesto que sus atributos y representaciones son de tal manera diferentes, que casi deben considerarse como divinidades distintas. Otros dioses son completamente pan-helénicos. Los oráculos eran abundantes y su fama se extendía no solamente a los griegos, sino incluso a los extranjeros que frecuentemente les consultaban.

Los mitos y leyendas son difundidos en su mayoría por los poetas, haciendo que fueran admitidos y reconocidos por todos.

Ya dijimos que los dioses primitivos derivaban de los fenómenos de la naturaleza, y después fueron antropomórfos. El griego no separó jamás el poder de la religión del poder del Estado (5).

La religión era supersticiosa, sin alcance metafísico. Se imploraba a los dioses a manera de un contrato, se les hacían ofrendas para obtener su protección. Para ser sacerdote no se requería ninguna condición especial, bastaba con desempeñar las funciones del Estado. Esto era debido a que en Grecia no había propiamente clero, lo que es fácilmente explicable; como cada ciudad tenía un dios diferente, y cada dios distintos cultos y ritos, cada sacerdote debía obrar en forma

diversa, y era absolutamente libre, sin tener que depender de otro. No había más jerarquía que la de la popularidad del dios en cuestión. (6).

Las fiestas a Dionsysos y las tragedias eran religiosas. Los sacrificios eran abundantes.

El griego se diferencia del bárbaro por su religión y por su lengua, el extranjero tiene otras divinidades, que si no son asimilables con los dioses helenos, no tienen lugar en el Panteón. No pueden introducirse nuevos cultos sin la autorización del Estado. Aún es más: los dioses que han logrado introducirse, reciben la adoración en forma oculta, son divinidades inferiores, como es inferior también el bárbaro al griego.

Ya hemos dicho que hay comunidad en las costumbres, en el carácter, en los vestidos, en la habitación.

Los helenos eran por lo general hermosos, aunque también encontramos, en Atenas, sobre todo, tipos que distan de la perfección, pero de todas suertes, en Grecia se rindió siempre el culto a la belleza. Pese a este carácter general, hubo gran diferencia entre atenienses y espartanos. Éstos fueron lentos en el obrar, amantes de las tradiciones, desconfiados e irresolutos; aquéllos, violentos, innovadores, ambiciosos, emprendedores y arriesgados. (7).

Los griegos eran sencillos en el vestido; tanto los hombres como las mujeres usaban túnicas sencillas y con bastante frecuencia sandalias. El pueblo todo gusta de la comodidad sin complicaciones, el hombre y la mujer buscan la belleza sin alambicamiento. Nada más simple que el traje primitivo de los helenos, tal como lo vemos representado en las estatuas.

Los persas, por el contrario, buscan la fastuosidad. Los medas eran sin duda más ricos, más amantes del lujo, pero en relación a los griegos, los dos grupos resultan opulentos y esplendorosos; sólo muy tardíamente los helenos empezarán a adornarse en demasía y esto será precisamente debido a la influencia bárbara.

No es esto todo, la casa griega tampoco era complicada; generalmente constaba de un solo piso, con paredes lisas y delgadas; la cama era pobre, con pocas mantas. Un cofre, algunos vasos pintados y una lámpara primitiva; constituían todo el mobiliario. Los persas viven magníficamente, sus casas están llenas de alfombras y tapices, por todas partes se respira esa atmósfera de refinamiento oriental, y ello es natural: el griego no vive en su casa, sino fuera, al aire libre. ¿Para qué necesitaba una mansión señorial?

Los edificios públicos de los helenos revelaban el mismo espíritu.

Las ciudades no eran ricas, las calles serpenteaban sin orden ni concierto. El lujo penetró muy despacio, y aun después de las guerras médicas la reedificación de Atenas se hizo con igual negligencia y descuido. Sólo será en los siglos V y IV cuando llegue a su apogeo la habitación helénica, en los palacios de los tiranos. La casa rica tenía un vestíbulo y un gran patio central, alrededor del cual se agrupaban de un lado y otro diversas habitaciones, alcobas o despensas de servicio, así como los cuartos destinados a los huéspedes. En el centro del patio estaba el altar de Zeus Herkeios; en el fondo, la sala de los hombres; enfrente, el pórtico; a los lados, la cámara conyugal y la de las hijas; detrás, las habitaciones de los esclavos; y al fondo, un pequeño jardín. Ya para ésta época frecuentemente se usaron las casas de dos pisos. (8).

Los griegos, durante algún tiempo, no tuvieron una era común, sino que los documentos aparecen fechados con el nombre del magistrado local. A partir del siglo IV, empezó a contarse por olimpiadas. El año de los helenos tenía doce meses y cada mes, 29 o 30 días. (9).

La familia primitiva difería mucho de lo que fué ulteriormente. Todos eran consanguíneos; después, el parentesco efectivo por ligas de sangre pasó a segundo lugar, y el hijo adoptivo llegó a tener los mismos derechos que el hijo común.

El Gens estaba constituido por todos aquéllos que creían descender de un antepasado común, pero esta liga de parentesco era establecida por el lado paterno: los hijos de la hermana y los del hermano no eran parientes entre sí. El Pater-familias tenía autoridad completa sobre los hijos, e incluso podía darles muerte. El matrimonio era un contrato celebrado entre los padres de los contrayentes, sin necesidad, para nada, de la conformidad de éstos. Los bienes eran propiedad de todo el grupo familiar.

Los muertos se convertían en dioses, por ello, el hombre que permanecía célibe cometía un doble delito: para sus antepasados, y para la sociedad. Parece ser que, en Atenas, hubo una época en que el celibato era castigado muy rudamente, pero esto a la postre cayó en desuso. El objeto del matrimonio no era más que el de dar hijos a la comunidad. Se efectuaba en el hogar y comprendía tres partes: la primera, ante el hogar del padre de la desposada; la segunda, era la considerada como el tránsito de la primera a la tercera, se reducía a la peregrinación, que la novia efectuaba acompañada de un verdadero cortejo; la tercera se celebraba ante el hogar del marido. La ofrenda que hacía la mujer en el hogar del padre era su último rito en la antigua casa, pues había pasado a pertenecer a una nueva familia.

La novia no entraba en su casa por su propio pie, sino que era llevada en barzos del marido, efectuando un rapto simulado. Por lo general, la mujer aportaba un dote al matrimonio, pero no era una obligación, sino que se hacía gracias a la libre voluntad del padre de la desposada. El dote debía pasar íntegramente a manos de los hijos legítimos: pero, en caso de que la mujer muriera sin dejar descendientes, era devuelto al padre de la desposada. La mujer era considerada durante toda su vida, como menor de edad pero, sin embargo, dentro de la casa era soberana, dirigía el personal de los sirvientes y llevaba la economía, y "el marido no podía inmiscuirse en sus derechos, sin tornarse, a la vez, ridículo y culpable". Por lo demás, la mujer no se encontraba asociada a la vida del marido, podía asistir a las representaciones báquicas, y no se dudaba de su inteligencia ni de su actividad; el ateniense respetaba y amaba a su mujer, pero le era distante. Tampoco la tenía por una esclava, pues le reconocía su parte de autoridad, considerando que los deberes que tenía que desempeñar, eran naturalmente diferentes de los del varón, pero no por ello eran menos importantes ni menos difíciles.

Las mujeres espartanas se educaban de otra forma que era objeto de censura por parte de las otras ciudades helénicas. Aparecían en los gimnasios, efectuando los mismos ejercicios que los varones, se sentían ciudadanas y se interesaban por los asuntos públicos, opinaban sobre todo y eran muy respetadas, cuidando incluso de la educación de los hijos. Porque en Esparta educaban a la madre y a la esposa del soldado y una mujer enferma, no podía dar a la patria más que hijos débiles, inertos y malos soldados. El valor de las espartanas y su amor a la patria es célebre en la historia.

La familia bárbara era completamente diferente. La poligamia estaba permitida, así como la venta de la mujer. Esta era cuidada celosamente y nunca aparecían en público con el rostro descubierto, carecía de todo derecho, y su condición era miserable.

Entre los helenos, el divorcio era al principio desconocido, pero después se hizo frecuente. El marido podía dar a su mujer en matrimonio a otro. Siete días después del nacimiento del hijo, las puertas de la casa se adornaban con coronas de olivo o guirnaldas de lana, y tres días más tarde, se le daba nombre. Con esta ceremonia, el padre reconocía su paternidad, y después, ya no le era dable declarar que el recién nacido no era hijo suyo. Los griegos usaban un solo nombre propio y añadían el del padre en genitivo; las adopciones eran frecuentes en Grecia. Para ello era preciso no tener hijos legítimos, pues de otra manera, éstos hubieran sido

perjudicados. Sin embargo, no se nulificaba la adopción si, después de efectuada, se tenía un hijo nacido de matrimonio. Cuando algún individuo moría sin descendencia, sus parientes más próximos estaban obligados a designarle por hijo uno de los suyos, para que siempre hubiese quien sacrificara en su nombre (10).

Con el tiempo, la autoridad paterna llegó a ser muy semejante a la de nuestros días. El hijo tenía la obligación de sustentar al padre, a menos que éste, durante la minoría de edad de aquel (menos de 18 años), no le hubiese enseñado ningún oficio, ni se hubiese ocupado de que alguien lo hiciera, caso en el cual, desaparecía toda obligación por parte del hijo. Las herencias pasaban en primer lugar a los hijos (legítimos o adoptivos, pero con exclusión de los bastardos); si aquellos no existían, correspondían a las hijas, y así sucesivamente se iba retirando el parentesco, prefiriendo siempre los varones a las mujeres. Ni los atenienses ni los espartanos usaron del testamento sino hasta el siglo IV los primeros, y hasta el V los segundos. El testamento, sin embargo, fué admitido con restricciones; así por ejemplo, sólo se podía testar a favor de un extraño, en caso de no tener hijos varones; y si sólo se tenía una hija, el favorecido no podía entrar en posesión de la herencia a menos que contrajese matrimonio con ella; en el caso de que las hijas fueran varias, no era necesario designar a otros tantos herederos, sino que casi siempre se nombraba uno, quien debía casarse con una de las hermanas y comprometerse a dotar a las demás. La mujer realmente no heredaba, era la depositaria de la fortuna que debía pasar a su hijo, que en cuento nacía era considerado como hijo de su abuelo, y por él, era restaurada la casa de éste.

Las hijas eran educadas por nodrizas, mientras eran pequeñas; después permanecían en la casa, hasta tanto que el padre no decidiera de su estado. Por lo que hace a la educación de los varones, podemos decir que en Atenas la enseñanza no era oficial, pero la ley obligaba a los padres a hacer educar a sus hijos. La enseñanza les era impartida por particulares, pero no había libertad de doctrina, puesto que se trataba de futuros ciudadanos, que debían sentir amor a la patria y a los regímenes democráticos. El enseñar algo que no iba de acuerdo con el Estado fué el pretexto para condenar a muerte al filósofo Sócrates. En el siglo III A. C., van apareciendo los maestros oficiales, singularmente por efecto de la conquista romana.

En el siglo V, la educación comprendía tres partes: gimnasia, música y letras. La primera se aprendía con el pedotribo, la se-

gunda con el citarista y la tercera con el gramático. De los 7 a los 12 ó 14 años, el niño se ocupaba de la música y de las letras especialmente; después de la gimnasia, pero sin olvidar por ello la vida intelectual. La cultura era a la vez literaria y moral. Se le enseñaba a leer, escribir, contar y aprender de memoria los libros de Homero. La música era considerada como de gran importancia, porque según el decir de Platón "inspira al alma el amor a la virtud".

La gimnasia comprendía varios ejercicios; sobre todo, salto, lucha, carrera, lanzamiento de disco y de jabalina. Se luchaba en el barro y en el polvo, ya para derribar al adversario (lucha de pie); ya para colocarlo de espaldas sobre el suelo. (11).

Se aprendía la equitación, sobre todo entre los hijos de las familias acomodadas. Hubo también los llamados estudios de adorno, como el dibujo, las ciencias, la astronomía, la geografía, la retórica y la filosofía. El niño se instruía también en las plazas oyendo hablar a los oradores, y en el teatro viendo representar las tragedias y las comedias.

Las muchachas permanecían en el gineceo hasta los 15 años, época en que por lo general contraían matrimonio; aprendían lectura, escritura y música. (12).

A los 18 años el ateniense era efebo, y en esta época recibía la educación militar. La efebía duraba dos años; el jefe de la efebía era el Cosmeta.

Después de un año de servicio, los efebos prestaban juramento, ingrezando en la vida cívica, (cosa curiosa), con una declaración de deberes, no de derechos.

La educación espartana era algo distinta. El niño pertenecía al Estado. A los 7 años era entregado al paidonomio y educado con todo rigor, viviendo en compañía de otros muchachos de su edad, en las llamadas barracas. No aprendía las letras, pero sí la música y tocaba la cítara o la flauta. A los 18 años era mellinero, y hacía servicios análogos a los de los efebos atenienses. Las muchachas, como ya dijimos, eran educadas en forma completamente semejante, soportando el dolor y la fatiga, el hambre y la sed, el frío y el calor, con la misma heroicidad de los varones.

Los persas eran también cuidadosos en la educación de sus hijos, y su gobernación en paz y en guerra era por demás prudente. Las leyes persas efectivamente, se fundaban en los más altos principios, procurando en todas las cosas el mayor bien para la mayoría; es decir, el bienestar público. La ley obligaba al persa a educar a sus hijos convenientemente, de acuerdo con principios de moral inta-

chable, para hacer del niño un ciudadano honrado que respetara la propiedad ajena, ya se tratara de la mansión o de la familia, absteniéndose igualmente de dirigir insultos a otro y respetando sobre todo a su soberano. (13).

Los persas se dividían en clases, según la edad del individuo, y había una educación especial para cada grupo: los niños, los manebos, los hombres de mediana edad y los viejos.

Desde pequeño, el bárbaro aprendía a no mentir, a no hurtar, a no engañar y sobre todo, cosa curiosa, era castigado con severidad el vicio de la ingratitude. Era aplaudida la templanza. Al llegar los muchachos a la edad juvenil entre los 16 y 17 años, hacían prácticas de guerra y cazaban, y tras unos 10 años, pasaban a la clase siguiente.

En la tercera clase, correspondiente a la que se conocía con el nombre de los hombres formados, permanecían por espacio de 25 años, y ya no usaban el arco y el dardo que empleaban los muchachos para combatir a distancia, sino que utilizaban la coraza y el escudo, como armas defensivas; y la espada o alfanje como arma ofensiva. De ésta clase salían los funcionarios públicos que desempeñaban algún cargo en el gobierno, así como también de ahí procedían los maestros encargados de educar a los muchachos.

A los 50 años, más o menos, pasaban a la cuarta clase, que era la de los ancianos, quienes ya no tenían que combatir; pero, sin embargo, tenían aún otros muchos deberes, como era el de escoger a los dirigentes, juzgar a los criminales y servir de consejeros.

Todos los persas tenían la obligación de enviar a sus hijos a las escuelas públicas, y si alguno faltaba a este deber, considerado sagrado, se le separaba del grupo como a un individuo deshonrado.

Los medas como hemos dicho, se adornaban más que los persas. Estos vestían sencillamente; aquéllos, por el contrario usaban ropas riquísimas, cubriéndose de joyas y brazaletes. Lo mismo acontecía respecto a la comida y a la bebida.

Había algo que los caracterizaba y que los colocaba en una moral superior a la helénica. En efecto, al contrario de lo que hacían los griegos, juzgaban que, siendo el hombre por naturaleza, inclinado a obrar mal, debía enseñársele sólo la virtud, y no los vicios, aunque ellos pudieran despertar la astucia; pensaban, y quizá con razón, que si al niño espartano se le enseñaba a robar para satisfacer sus necesidades, y al joven a matar, para evitar que los hilotas se levantaran contra ellos, el hombre resolvería todas sus dificultades mediante el asesinato y el hurto. Sus leyes eran también

justas, y de acuerdo con el mismo pensamiento a que nos hemos referido poco antes, debían regir por igual a los enemigos y a los amigos, y si ésto a primera vista parece ser una medida poco adecuada, ellos mismos daban la razón para obrar en esta forma: "Así también ya no enseñamos a hacer mal a los enemigos, porque no uséis de lo que así aprendiéreis, con los amigos. (14).

Que los persas tenían razón, salta a la vista; los griegos pensaban de otro modo, y desgraciadamente, lo que aprendieron peleando contra los bárbaros, les sirvió para destruir a sus hermanos y aniquilar su cultura.

No quiere esto decir, que los de oriente pensaran que era ilícito sorprender al enemigo mientras éste se encontraba comiendo, durmiendo o bebiendo: por el contrario, ésto era permitido, así como también fingir una retirada para acometer después con más brío; pero una vez que los prisioneros se habían rendido, era preciso tratarlos humanitariamente. Era también un deber del capitán el mirar por el bien de sus soldados.

Los medos fueron los primeros que usaron el caballo para el combate, y de ellos lo tomaron los persas. Los vencidos que se rendían eran tratados con toda consideración, seguían morando en su casa en compañía de su mujer y de sus hijos, los defendían si eran injuriados y procuraban mantenerlos en paz, y si alguno les hacía algún favor, o les prestaba un servicio, era considerado como amigo y bienhechor. Consideraban que el hombre debía ser virtuoso, para poder dar ejemplo a sus hijos y a los soldados, diciendo: "Cuanto es mejor el príncipe que manda, tanto más puras y mejores leyes establece". (15).

Los persas antes de combatir entonaban un Pean invocando a los dioses, mientras marchaban no comían ni bebían, y tenían por costumbre el cumplir siempre su palabra.

Generalmente, al hablar de las guerras médicas, se hace sólo el elogio de los griegos, y se ponderan una y mil veces los magníficos resultados que la victoria helénica trajo para la humanidad. No cabe duda, en efecto, de que Grecia fué magnífica, grandiosa, pero hay que reconocer también, que la religión y la moral persa eran muy superiores a las de los helenos y el occidente dió mucho para la cultura, pero en materia de creencia el Oriente no tiene rival. (23).

¡Réstanos hablar todavía de los enterramientos en Grecia. La muerte era considerada como impura: por ende, al salir de la casa donde había un difunto era necesario desinfectarse. El cadáver

era enterrado antes de la salida del sol, para que éste no presenciara cosas impuras. El alma sin sepultura permanecía errante, y se transformaba en maléfica, por esta razón, los generales (aún los victoriosos), que se olvidaban de enterrar a sus muertos eran condenados a la última pena. En algunas ciudades, los criminales eran castigados con una pena que se reputaba de terrible, la privación de sepultura; puesto que de esta manera se castigaba al alma misma, y se le imponía un suplicio eterno. Frecuentemente los cadáveres eran incinerados antes de sepultarse. Había tumbas familiares, pero estaba prohibido enterrar ahí a personas ajenas a la familia. Se creía en una vida posterior a la muerte. El esclavo podía ser enterrado con su amo, a quien era adicto y de cuya familia era como un miembro.

Había esclavos por nacimiento, por captura, o por compra. El esclavo, sin embargo, no poseía nada, ni era nada, porque la ley no se lo concedía, pero lo que la ley no hacía, sí lo otorgaba la costumbre. La ley sólo protegía su persona y su vida, consediendo que se vengara su muerte como la de un ciudadano. La costumbre permitía a algunos esclavos gozar de ciertas comodidades, e incluso hubo algunos que vivieron con cierto lujo. El esclavo que era tratado con crueldad podía pedir ser vendido a otro amo diferente. Había también esclavos públicos, cuya condición era por lo general mejor que la de los esclavos privados. Los esclavos que se fugaban eran tratados con rigor, se les buscaba en todas partes, y se ofrecían recompensas por su captura. El esclavo ateniense podía liberarse por concesión del Estado, pagando un rescate, o por voluntad de su dueño. Cuando el Estado declaraba la libertad de un esclavo, pagaba al antiguo dueño una indemnización, v. g., cuando aquéllos que tomaron parte en la batalla de Arginusa fueron emancipados. (16). El liberto ocupaba un lugar intermedio entre el hombre libre y el esclavo, incorporándose a los metecos.

En un principio el trabajo manual no era menospreciado y el ocioso era aborrecido por los dioses. Con el tiempo se fué diferenciando una aristocracia terrateniendo que consideraba al obrero como un ser inferior.

Estas costumbres, según el decir de Herodoto, es probable que las tomaran los griegos de los bárbaros.

“No sé si los griegos han aprendido estas costumbres de los egipcios, puesto que veo a los tracios, a los escitas, a los persas, a los lidios, y a casi todos los bárbaros, poner en último lugar en estimación a aquéllos ciudadanos que han aprendido las artes mecánicas,

así como a sus descendientes, y considerar más nobles a los que se emancipan del trabajo manual, principalmente a los que se dedican a la guerra...". (17).

Los griegos gustaban de labrar la tierra que podían también arrendar. Existían entre ellos los llamados pequeños propietarios, que si bien es verdad que empleaban trabajadores que les sirvieran como siervos, cultivaban asimismo la tierra en compañía de ellos. Por el contrario, los propietarios que tenían algún dinero para ser reputados como hombres ricos no desempeñaban este trabajo, sino que se limitaban a dirigir a los obreros en sus labores. No obstante, como casi todos estos adinerados habían surgido de la primitiva rama, era muy frecuente que conocieran muy a fondo el trabajo, y por lo tanto supieran mandar con espíritu de justicia.

Ocuparon un sitio prominente también en la ganadería y la industria, en donde alcanzaron progresos notables, sobre todo por lo que hace al problema de la división del trabajo, pues lograron llegar a la especialización. (18).

Es importante señalar el hecho de que la legislación de minas de Atenas se fundaba en idénticos principios que la nuestra.

Los griegos pasaban la mayor parte del tiempo en el Ágora, donde se reunían para negociar, distraerse o hablar de los intereses de la República. El ateniense era sociable por naturaleza. Los viajes se hacían generalmente por mar, pues los griegos comerciaron en todo el Mediterráneo. Durante estas expediciones, los viajeros se hospedaban en casa de diversos amigos, pues los helenos eran muy hospitalarios, carácter que han conservado hasta nuestros días.

Los juegos Olímpicos eran también considerados como una fiesta religiosa y tenían lugar cada cuatro años. La fiesta de Olimpia era movable, y se celebraba del oncenno al décimoquinto de la Hierome-nia. (19).

Estos juegos tenían carácter internacional, y para celebrarlos se concedía una tregua total; es decir, aun en los casos de guerra, cosa que ocurría frecuentemente en Grecia, los participantes de dichos concursos debían pasar libremente, cualquiera fuese su credo o la ciudad a que pertenecían, los soldados deponían las armas para entrar al territorio Ateniense y los castigos para el que se atrevía a violar la paz, eran por demás terribles, llegando a la maldición y excomunión, a más del castigo que los dioses se encargaran de imponer, pues los griegos tenían enorme facilidad para admitir todo lo que fuera sobrenatural, y por ello respetaban tanto los oráculos.

La pitonisa era por lo general una mujer sencilla, atacada de

alguna enfermedad nerviosa. Bastaba cualquier excitación, por pequeña que fuese, para que, presa de convulsiones murmurase palabras o sonidos ininteligibles, que los sacerdotes se encargaban de interpretar a su antojo, y casi siempre en forma que permitiese sentidos diferentes, para poder ir siempre de acuerdo con la realidad. El Oráculo más célebre era el de Delfos. Para fundar una ciudad había que consultar al Oráculo. Los sacerdotes, hombres astutos, obtenían de los comerciantes noticias de las lejanas tierras, y se informaban de los lugares propicios para establecer la nueva población entonces, por medio de la pitonisa informaban de ello a los futuros colonos, lo que contribuía a acrecentar su prestigio, pues con gran sorpresa de los navegantes, las tierras que iban descubriendo durante su viaje correspondían absolutamente a las descritas por los sacerdotes. Cada ciudad levantaba una barrera para el extranjero, y tenía sus propios dioses, el aislamiento era la ley de cada colonia, independiente en absoluto de la madre patria. Por lo demás, los colonos estaban también sujetos al Estado. (20).

La patria para los antiguos era la tierra de los padres, lugar sagrado protegido por los dioses. Por ello el patriotismo era tan grande. "Todo lo más querido para el hombre se confundía con la Patria. En ella encontraba su bien, su seguridad, su derecho, su fe, su Dios. Perdiéndola, lo perdía todo. Era casi imposible que el interés privado estuviera en desacuerdo con el interés público". (21).

La patria era el único lugar donde el hombre gozaba de todos sus derechos, fuera de ella era un extranjero, un paria, por eso había que amarla y respetarla sobre todas las cosas. Es indispensable amar a la patria, en todas las circunstancias, y en caso dado, morir por ella, quien ataca a la patria ataca a la religión. ¿Cómo iba a recibir un pueblo así, la invasión de otro pueblo cuyo lenguaje, religión, costumbres etc., eran tan diferentes a los suyos? El griego combate por sus altares, por su hogar, porque si el enemigo se apodera de la ciudad, sus altares deberán ser derrivados, sus hogares extinguidos, sus tumbas profanadas, sus dioses destruidos y su culto desaparecerá. "El amor a la patria es la piedad de los antiguos". El que no combatía por la patria era un traidor, un impío, un desertor, digno solo del desprecio y de la muerte. El servicio militar era un derecho y un deber.

Estos son, pues, los dos pueblos que habían de medir sus fuerzas durante las guerras médicas: los griegos, sujetos a la ley, reconociendo sus deberes y sus derechos; los bárbaros, sometidos a la voluntad del amo. Los helenos ven el desnudo como una manifestación de la

belleza, los gladiadores combaten desnudos: las estatuas están desnudas. El bárbaro se avergüenza de mostrarse así. Los griegos no tienen nada que ver con el bárbaro; con éste sólo puede haber guerra eterna. Sólo mucho tiempo después, será cuando esta relación se suavice un tanto y Zeus proteja al extranjero, el extranjero podrá ser un huésped, pero su condición siempre será algo inferior a la del ciudadano. (22).

NOTAS AL CAPITULO II.

(Ver Bibliografía General).

- (1) A. JARDE: La Evolución de la Humanidad. Formación del Pueblo Griego, Pág. 83.
- (2) Entre la masa lingüística helénica, encontramos gran cantidad de palabras que no parecen ser puramente indo-europeas, siendo posible suponer, que fueron tomadas de los pueblos con los que estuvieron en contacto durante su larga expedición de emigración, afirmándose de una manera casi innegable que la lengua hablada por los egeos tuvo también una enorme influencia en la constitución del idioma griego; sin embargo, la lingüística no puede proporcionarnos datos concretos.
- (3) Dice Tucídides (página 4), al hablar de la guerra de Tropa, que "ya tenían de largo tiempo la costumbre de navegar".
- (4) LEON ROBIN: La Evolución de la Humanidad. El pensamiento Griego, pág. 319.
- (5) Fué el lazo religioso muy fuerte entre los pueblos griegos. Los que tienen los mismos dioses, son miembros del mismo grupo.
- (6) GUIRAUD PAUL: Vida pública y privada de los griegos, pág. 301.
- (7) TUCIDIDES: Historia de la Guerra del Peloponeso, I, pág. 70.
- (8) GUIRAUD PAUL: Vida pública y privada de los griegos, pág. 98.
- (9) "El año lunar tenía, por tanto, 354 días. Para salvar la diferencia con el año solar, los atenienses imaginaron añadir, cada ocho años, tres meses de treinta días que se colocaban el 3º, el 5º y el 8º año. Como ésto no bastaba todavía, se añadían, cada 16 años tres días suplementarios". Paul Guiraud. op cit.
- (10) GUIRAUD PAUL: Vida pública y privada de los griegos, pág. 49.
- (11) GUIRAUD PAUL: Vida pública y privada de los griegos, pág. 71.
- (12) El gineceo era la parte de la casa en que estaban habitualmente las mujeres y en donde no eran admitidos los hombres.
- (13) JENOFONTE: Ciropedia, pág. 10 y sig.
- (14) JENOFONTE: Ciropedia, pág. 58 y sig.

- (15) JENOFONTE: Ciropedia, pág. 326 y sig.
- (16) GUIRAUD PAUL: Vida pública y privada de los griegos, pág. 195 y sig.
- (17) HERODOTO: Los nueve libros, libro II, pág. 167.
- (18) GUIRAUD PAUL: Vida pública y privada de los griegos, pág. 217 y sig.
- (19) La Hieromenia era el mes sagrado, que se consideraba inaugurado con la aparición de la luna nueva, la más próxima al solsticio de verano. Caía a principios de Julio o fines de Junio.
- (20) GUIRAUD PAUL: Vida pública y privada de los griegos, pág. 382 y sig.
- (21) GUIRAUD PAUL: Vida pública y privada de los griegos, pág. 450 y sig.
- (22) En efecto, el extranjero era considerado como un huésped, el meteco es el extranjero que se ha establecido definitivamente en una ciudad diferente de aquélla donde nació, y que es la propiamente suya, su condición es algo inferior a la del ciudadano, pero es protegido por las leyes del Polemarca; aun cuando puede comerciar libremente, no por ello puede adquirir bienes inmuebles sin una autorización previa dada por el Estado; debe, además, pagar impuesto personal y de comercio, su vida es menos valiosa que la del ciudadano, pues si alguno le da muerte el asesino es expatriado, pero nada más, mientras que cuando se trataba de la muerte de un ciudadano, el crimen era considerado como una falta a la sociedad y una ofensa hecha directamente a la divinidad, por lo que era muy frecuente, que el homicida fuera castigado con la muerte; y a veces el castigo se extendía también a los familiares del asesino, interviniendo frecuentemente los dioses, como lo vemos en las tragedias. En Esparta, el extranjero entró con más dificultad, pero no es absolutamente cierto que siempre se le cerrara la puerta. Con las ciudades griegas acontece lo que con los individuos, no se se confunden con las extranjeras. Se prohíbe el casamiento de los helenos con los bárbaros, y en caso de efectuarse la unión, los hijos no son reconocidos como legítimos, admitiéndoseles sólo como tales, cuando los habitantes son poco numerosos, como ocurría por ejemplo en el tiempo de Temístocles y Cimón. En tiempo de paz el comercio era libre, en la guerra se prohibía la exportación de las materias que pudieran ser utilizadas para la defensa de la nación. Casi siempre se debía retener lo que se consideraba como producto del suelo, puesto que la producción

- de las ciudades era poca. Aun cuando el comercio era libre, podían hacerse convenios paraticulares que favorecían a ésta o aquélla población, asegurándose así diversos monopolios. El comercio dió por resultado la aproximación de las ciudades y la unificación de la moneda y del sistema de pesas y medidas.
- (23) Hay que tener presente que al calificar a los persas como superiores a los helenos, en el aspecto moral, no hablamos de los filósofos de la Grecia Clásica, ni mucho menos de la Grecia inmediata posterior al nacimiento de Cristo.
-

CAPITULO TERCERO

LAS GUERRAS MÉDICAS

Los persas y los medos, establecidos respectivamente en Persépolis y Ecbatana, tuvieron varias épocas de su historia. Primero, los medos habían logrado la supremacía sobre las otras tribus, pero débiles aún, no se atrevieron a enfrentarse con sus vecinos, entre los que se encontraban los poderosos asirios, que se hallaban precisamente en su esplendor (Sennaquerib, Asarhaddón, Asurbanipal, etc.).

Posteriormente, aliados con Nabopolasar, toman Asiria y su nombre empieza a sonar entre los pueblos más poderosos de la época. En el año 550 A. J., Ciro hace pasar a primer término a los persas.

Conquistado el reino de Lidia, por la derrota de Creso, los jonios que se encontraban como colonos en Asia Menor, creyeron les sería de más utilidad someterse voluntariamente al nuevo señor, que no entrar en dificultades con él, por lo que así enviaron a decírselo. Ciro, que estaba disgustado con ellos, porque no se habían revelado contra Creso, cuando él así se los había ordenado, no quiso siquiera oírlos. Sólo los Milecios fueron admitidos como súbditos del rey persa. Los helenos se fortificaron, sin que nadie hiciera de ellos el menor caso.

(1)

Los griegos, unidos con los lidios, prepararon entonces una suaveción, por lo que Ciro, los dominó, aún cuando posteriormente no los trató con excesivo rigor; puesto que era costumbre de los persas, ser misericordiosos con los vencidos, sobre todo, si éstos eran hombres de valer. Ciro murió misteriosamente en el oriente, el año de 529. Su hijo, Cambises, se hizo dueño de Egipto, y finalmente, Darío toma las riendas del poder. Fué éste quien hizo sentir a los helenos el peso de su autoridad pues, según reconocieron los propios persas, Ciro había gobernado como un padre, Cambises como un señor y Darío como un mercader. (2).

Los persas tienen ya un enorme prestigio, son los poderosos, los primeros, su solo nombre inspira respeto a los pueblos sometidos, son los representantes de la tradición de la cultura asiática. Y ¡he aquí! que cuando nadie se atreve a levantar la voz, surge un pueblo inso-

lente y atrevido, que hasta entonces ha permanecido semioculto y rezagado, aunque, maniobrando ya en las costas de Asia Menor.

Los griegos, son un pueblo j6ven, que no respetan la tradici6n, ni temen a los poderosos y no pierden ocasi6n de zaherirlos, que llaman a las pir6mides, pasteles; a los obeliscos, agujas; a los cocodrilos lagartijas; a los avestruces, gorriones y se ponen enfrente del poderoso rey cada vez que pueden. Son, como ha dicho Nietzsche, ese peque1o pueblo arrogante, que tuvo la audacia de marcar por eternidades, con el epíteto de "bárbaro", todo lo que no era suyo.

Los griegos son juveniles e insolentes. No forman una unidad; son los fol6sosos de fuera quienes hablan de la necesidad de unirse y crear un Pan-Helenismo, que haga frente al enemigo. Ellos constituyen estado ciudades. Atenas, prototipo del pueblo griego, no est1 de acuerdo con las colonias, lucha contra ellas, y de cuando en cuando, se alían contra los persas.

Esta es la historia de Grecia, una mezcla de arranques patri6ticos en que todos como un solo hombre se levantan para hacer frente a Oriente, y una serie de luchas fratricidas, en que las ciudades m1s poderosas, se aniquilan entre sí.

Posteriormente vemos como Isocrates sue1a en convencer a Filipo de Macedonia, para que uniendo las ciudades helénicas acabe con Persia ;y eso que Persia ya había caído!, lo vemos claramente en la Anánbasis de Jenofonte; porque si diez mil hombres podían pasearse por oriente, y hacer lo que les viniera en gana, quiere decir, que el Imperio no era ni la sombra de lo que había sido. (3).

Y es que los griegos, sin principio de unidad conservaban la dignidad de cada hombre. El griego toma las armas contra Persia porque es su deber; su orgullo, y porque sabe que si forma parte del Imperio, habr1 perdido su libertad, y el griego ama la libertad sobre todas las cosas. Est1 convencido de que debe luchar, y sabe que arriesga no solo su vida, sino la del pueblo entero. Pelea por su hogar, por su mujer, por sus hijos, por su riqueza, por su patria, por todo; si pierde en la batalla, la venganza del rey de reyes persa, ser1 terrible. Es preciso ganar. He aqu1 la fuerza moral que va a chocar contra el Imperio.

Los persas, hacen la guerra a latigazos, el ejercito est1 formado por mercenarios que combaten a la fuerza, por que es la voluntad del amo, ni pierden nada, ni arriesgan nada. ¡All1 Dario o Jerjes si la empresa resulta un fracaso!.

En el momento en que Dario toma las riendas del poder y somete a los pueblos sublevados, los límites del Imperio eran los siguien-

tes: el mar Mediterraneo, el mar Negro, el Caspio, los montes del Cáucaso, los desiertos del Turquestán, el río Indo, el Océano Indico y los desiertos africanos.

Las colonias de Asia Menor, no veían con buenos ojos la conquista Persa, y así se comunicaban frecuentemente con los griegos de la Península. Dario sabía poco o nada de los helenos, ¿quién era ese pueblo que hablaba de democracia cuando en todas partes reinaba la tiranía absoluta?

La causa del choque es un motivo sin importancia. Dario pacificado el imperio, desea seguir la política expansionista de sus antecesores. Con el pretexto de vengarse de el rey de los Escitas, que no le había querido dar por mujer a una hija suya, pero efectivamente por ambición, preparó una expedición hacia donde él se encontraba, en el sur de Rusia. A éste fin, pasó por el Ponto, cruzando el Danubio. En el camino desde el Bósforo al Ister dominó a los getas de la Tracia, pasando después éste río, sobre un puente de barcas que construyeron los jonios, eolios y helespontios, tocandoles a los primeros la misión de guardarlo. El Gran rey pensaba después de someter a los pueblos transdanubianos, cruzar las estepas rusas y regresar por las puertas caucásicas. La expedición fracasó. Dario tuvo que retirarse, después de dos meses de campaña. Durante su ausencia, Milciades, como tirano que era del Quersoneso Tracio, propuso destruir el puente, cortando la retirada al ejército Persa.

Antes de pasar adelante, como pronto hemos de volver a hablar de este griego, sería conveniente decir unas palabras sobre él. Milciades era hijo de Cimón, y así que fué llamado a ocupar el puesto de su hermano Steságoras, que era tirano del Quersoneso, se encerró en su casa, pareciendo tan dolido de la muerte de éste, que los demás señores compadecidos, viniéron a darle el pésame; Milciades, que no deseaba otra cosa, hizo poner presos a todos, quedando como amo absoluto. Para consolidar más su poder, puso 500 hombres de guardia, a su servicio, y se casó con una hija de Oloro, rey de los tracios.

Tuvo después que ausentarse de sus dominios, huyendo de los escitas, pero regresó cuando éstos abandonaron el Quersoneso tornando a su país. Sabedor de que los fenicios se hallaban en Tenedos quiso marchar a Atenas, con la mira de recuperar sus posiciones que nuevamente había desamparado, debido a ésta invasión. Una de sus naves fué capturada, y con ella Metioco, su hijo mayor, que conducido a la presencia de Dario, fue tratado con bondad. Durante el conflicto contra los persas, Milciades se trasladó a su ciudad natal, donde fué

acusado de su tiranía en el Quersoneso, salvándolo su actitud democrática en la Península.

El plan de Milciades para impedir el regreso de Dario, no pudo llevarse a cabo, debido a la oposición de Histieo, tirano de Mileto; sin embargo algo debió llegar a oídos del rey persa. Dario mando llamar a su corte a Histieo, así como a su sobrino Aristágoras, pero éste, que había fracasado en una campaña contra Naxos, temiendo ser destituido, se anticipó a los acontecimientos, y convirtiéndose en paladín de los jonios descontentos, consiguió la libertad de la costa de colonización griega. Para seguir adelante con su intento, buscó alianza y ayuda en la Madre Patria. Solo Eretria y Atenas se mostraron dispuestos a escucharlo.

Envalentonados con su triunfo, los jonios incendian la capital de la Satrapía, que era Sardes (498). Los persas tomaron entonces la ofensiva, recuperando Chipre, que se había unido a los rebeldes; ven cen la insurrección del Helesponto y la Eolia, marchan contra los jonios y para escarmentarlos, destruyen Mileto. Histieo, que debido al fallecimiento de su sobrino se había colocado como jefe de los rebeldes fué hecho prisionero y muerto por Artafrenes y Arpago, conducta que desaprobó Darío.

El intento de independencia había fracasado. Faltaba ahora castigar a Grecia, por la ayuda que había prestado a los sublevados. Darío no olvida un momento su venganza. Organizó entonces una flota, al mando de Mardonio, hijo de Gobrias y Artazostra, hija a su vez del rey persa. La tropa pasó el Helesponto, y se dirigió a Eretria y Atenas, ya que el pretexto de la armada era castigar a estas dos ciudades, pero la mira principal era iniciar la conquista de Grecia.

La flota dominó sin dificultad a los de Taso, pero al doblar el promontorio de Athos, la armada fué destruída por un viento huracanado. (5).

El ejército de tierra se encontraba en Macedonia. Los frigios, aprovechando la noche lo atacaron, pero finalmente fueron dominados, regresando Mardonio a Asia con las pocas tropas que le quedaban.

Los griegos, mientras tanto, permanecen indiferentes al peligro que les amenaza, continuando sus disputas fraternales, como si nada ocurriera. Darío organiza una nueva expedición. El optimismo reina en el imperio, nadie puede contra los persas, la campaña será un éxito seguro. Lo mismo promete también Hippias, el traidor hijo del tirano Pisistrato que tiene la pretensión de volver a su antiguo puesto apoyándose en el ejército invasor. Darío envió entonces unos men-

sajeros a los Taseos, con la orden de destruir sus murallas y pasar sus naves a Abdera, lo que éstos hicieron sin replicar; después, los enviados del Gran Rey, pasaron a Grecia, exigiendo a las ciudades tierra y agua. La mayoría se sometieron, y entre ellas Egina, que de antaño era enemiga de Atenas, ésta y Esparta se rehusaron a obedecer.

Los preparativos de la gran armada han terminado, el mando de la expedición corresponde a Datis y Artafrenes, el cuartel general era asesorado por Hípias. Los persas se dirigen hacia el Ática. La suerte está echada, nadie puede salvar a Grecia.

La primera ciudad contra la que marchó Darío fué Eretria. Sus habitantes, alarmados, pidieron ayuda a Atenas, pero los eretrios no obraban de buena fe; pues incluso había un partido que aconsejaba la alianza con los persas, y el pueblo estaba con ellos. Esquines, ilustre personaje de la ciudad, viendo el curso que tomaban los acontecimientos juzgó de su deber aconsejar a los atenienses que se volvieran por donde habían venido; éstos obedecieron, pasando de ahí a Oropo. El ejército persa atacó Quereas y Egilia, poniendo sitio a la ciudad de Eretria, que logró sostenerse por espacio de seis días, hasta que Euforbo y Filargo la entregaron alevosamente. Eretria fué incendiada por los persas, que tomaron así represalias de lo acontecido en Sardes.

Una vez dominada completamente la plaza, los invasores se encaminaron al Ática, pensando que los atenienses, obrarían como los eretrios. Desembarcaron en Maratón, porque dicha llanura, según les indicó Hípias, era propicia para la acción de la caballería. (ε).

Los Atenienses, enterados de las maniobras de los persas, se prepararon a hacerles frente, dirigiéndose al combate mandados por sus diez estrategas, entre los que se encontraba el propio Milciades hijo de Cimón.

Los atenienses, ántes de emprender la campaña, pidieron socorro a Esparta, enviando para este fin; a un mensajero de nombre Fidippides, quien relató a su vuelta, que marchando por el camino había encontrado al dios Pan. Este le prometió les sería propicio, otorgándoles la victoria en aquélla batalla. Es posible, que esta pretendida intervención del dios que tan oportunamente se apareciera, no sea en el fondo, más que un ardid del que se valiera Milciades, empleando la superstición, para que mediante dicha estratagema, el pueblo tuviera confianza en sí mismo, y con tal seguridad, tuviera valor para lanzarse a la guerra y poder derrotar más fácilmente a los poderosos persas. Los espartanos, según todas las apariencias, en esta ocasión

obraron de buena fe. Pensaban en efecto prestar ayuda a los de Atenas, pero por motivos religiosos se veían en la necesidad de no abandonar su ciudad hasta el día nono del mes, en el plenilunio, y como su ejército se veía de esta manera, imposibilitado para partir, los atenienses se encontraron solos. Se refugiaron estos en el templo de Hércules, donde los estrategas deliberaron entre la conveniencia o inconveniencia de presentar batalla en aquél lugar. La votación estaba empatada, cuando Milciades, que deseaba a toda costa el combatir, habló a solas con el polemenco, que era en esta época Calímaco Afidneo, haciéndole ver la importancia de la determinación que iba a tomarse. De retirarse el ejército, Atenas estaba perdida, y derrotada la ciudad, Hiplas, hijo de Pisistato, volvería a convertirse en Tirano, y la ruina sería completa; en cambio, si el triunfo les era propicio, Atenas se convertiría en la primera ciudad de Grecia. Se hacía indispensable atacar, y hacerlo en aquél momento, porque a sus espaldas, el partido macedónico, alentado por Hiplas, podía ir creciendo, y entregar la plaza sin condiciones. En ese momento se presentó una ayuda inesperada. Era el pequeño ejército de Platea, que fiel aliada de Atenas, le tenía la mano en el momento crítico.

Calímaco, el Polemarco, no vaciló más, dando su voto a favor de los estrategas que estaban por atacar, y con ello la victoria sonrió a los belicosos. Por unanimidad Milciades fué el encargado de dirigir las maniobras, y al efecto, colocó en el ala derecha, como era costumbre, al Polemarco, tras él, seguían las filas, y finalmente los de Platea se acomodaron en el ala izquierda. Era preciso, sin embargo, hacer el frente lo más extendido posible, para igualarlo al de los medos; pero sin debilitar demasiado las filas por la falta de hombres. Milciades, formó su ejército justamente al revés de como se organizaban las tropas persas, adelgazando el centro, y reforzando todo lo posible las alas. El ejército, así colocado, se lanzó a la carrera; éste sistema de combate, fué también una improvisación, surgida en la necesidad del momento, pues según la opinión general de todos los autores no era propia de los griegos; afirma Pausanias que los lacedonios lo usaban en algunas ocasiones, pero de todas suertes, fué una feliz innovación en el sistema de los atenienses, y la gloria de tan acertada decisión recayó en Milciades.

Los persas, viéndolos venir a toda prisa, dando grandes gritos, y avanzando sin caballos y ballesteros, creyeron que enloquecidos de terror, a la sola vista de las tropas medas, venían a entregarse. ¡Tanta confianza tenían en su prestigio, y hasta tal punto parecía imposible que los griegos les ofrecieran resistencia! Duro golpe debieron

sufrir los persas, observando, conforme se acercaban, que no era el terror quien los dirigía, sino la firme decisión de vencer o morir en la empresa. Los bárbaros habían permanecido inactivos, la sorpresa era completa, no había tiempo de formarse, ni de armarse convenientemente, era ya demasiado tarde, para pensar en sus arqueros, y sus tiros a distancia, imposible preparar a su formidable caballería; pero era preciso hacer algo, bien o mal, había que defenderse, y como se pudo esperaron la acometida. No podía compararse el armamento griego con el persa, y desde un principio se vió que aquéllos llevaban la ventaja. Sin embargo, no olvidemos la formación de los dos ejércitos: en el centro, el grupo helénico era derrotado, e iba retrocediendo, perdiendo terreno, pero las alas, por el contrario, avanzaban más y más, hasta que, de pronto, cerrándose éstas con toda rapidez, dejan cercado en el centro al ejército persa, que ya no pudo valerse, cada hombre miró solo por su salvación, y el desorden de los bárbaros fué completo. La llanura quedó cubierta de cientos de cadáveres; ¡era la victoria demasiado inesperada y significativa para tener piedad para el vencido! Los persas que lograron escapar de la matanza, intentaron reembarcarse, huyendo hacia la costa. Fué aquí donde perecieron mayor número de griegos, que embriagados con el triunfo, no se resignaban a ver partir con vida al enemigo, y se empeñaban en sujetar los barcos. El ejército de los bárbaros, una vez en salvo, a bordo de sus naves, dobló el cabo Sunión, con el intento de dirigirse a la ciudad de Atenas, que había quedado desamparada, y destruirla, logrando así, disimular el desastre de Maratón. El ejército griego volvió a marchas forzadas, siendo precedidos por Fidippides, que corrió a la ciudad para dar la noticia de la victoria, y enterados de ella, el partido macedónico quedó destruído. Los helenos combatientes, llegaron a tiempo de atrincherarse en el templo de Hércules Cinosarges, en vista de ello, los persas que ya se veían en la rada del Faléron; dieron la vuelta hacia Oriente. (7).

Datis y Artafrenes, ya de regreso, entregaron a Darío los prisioneros hechos en Eretria, el Gran Rey, no solo les perdonó la vida; sino que los trató con misericordia; como era su costumbre.

Los espartanos llegaron al Ática, un día después de la batalla; sólo para celebrar el triunfo, puesto que ningún persa se hallaba ya a la vista.

Milciades, después de su victoria en Maratón, cobró gran popularidad, y basándose en ella, pidió a los griegos le dieran setenta naves, para organizar una expedición, prometiéndole además hacer ricos a los que lo siguieran. Los Helenos le entregaron lo que pedía:

Milciades se dirigió entonces contra Paros, con el único deseo de vengarse de Liságoras, con quien personalmente se había enemistado. Puso sitio a la ciudad, y logró mantenerse durante veintiseis días, pero a la postre, habiendo sido herido en una pierna regresó a Atenas, derrotado. Acusado por Xantipo, tuvo que pagar una multa de cincuenta talentos, y ántes de haber saldado esta cuenta, murió a consecuencias de habérsele infectado la herida que en su malhadada campaña recibiera.

Mientras tanto, Darío, en Persia, preparaba su venganza, dedicándose en los tres años subsecuentes, a reunir un formidable ejército, reclutando gente y armando navíos; sin embargo, se vió en la necesidad de suspender estos preparativos, debido a una sublevación que ocurrió en Egipto. Darío fué a pacificar el país, pero murió en 485, sin haber podido pedir cuentas a los griegos, y sin derrotar a los egipcios. Lo sucedió su hijo Jerjes, que según la tradición no estaba dispuesto a combatir, sino que necesitó de los argumentos de Mardonio, los pisistrátidas y unos embajadores de Tesalia que le ofrecieron ayuda. Algunos autores conceden poco crédito a ésta tradición; el hecho es que, de cualquier manera, Jerjes se aprestó a continuar la guerra. Dos años después de la muerte de Darío, dominado el Egipto por otro hijo de éste, llamado Acaemenes empezaron nuevamente los preparativos para el combate. Se construyó al efecto un puente sobre el Helesponto, para facilitar el paso de la tropa. Jerjes se mostró optimista, así como Mardonio; pero Artabano, tío del rey, parecía desconfiado, pues recordaba que ya una vez, un súbdito persa, de origen griego, había intentado destruirles un puente, para impedirles regresar. Además, no olvidaba el desastre de Datis y Artafrenes, ocurrido inesperadamente, en una empresa semejante a aquélla. Así, hizo cuanto estuvo en su mano por disuadir al Gran Rey de aquélla campaña, pero viendo su obstinación, tuvo finalmente que resignarse con la idea de atacar.

Después de muchas vacilaciones, en 481, Jerjes armó una formidable expedición, mucho más numerosa que la que acompañara a Hípías, y para impedir todo riesgo, hizo abrir un canal en Athos, y poner un puente sobre el río Estrimón. Con el objeto de poder más fácilmente, mantener la unidad entre las acciones de la flota y las del ejército de tierra, se ordenó que la tropa marchara por Tracia y Macedonia y la flota fuera costeano. El ejército se puso en movimiento, pasando el río Halis, Frigia, y Lydia. De Sardes, Jerjes envió unos embajadores a Grecia, intimidando a las ciudades a la rendición, y pidiéndoles tierra y agua, en señal de vasallaje. Mientras tanto, los

egipcios y fenicios que militaban a las órdenes del rey Persa, terminaban de hacer el puente en Abidos. Acabando de ser concluido éste, sobrevino de pronto una tempestad, que lo destruyó; según afirma Herodoto, Jerjes, preso de cólera, mandó azotar al mar y llenarlo de grilletes, así como dar muerte a los constructores del puente; pero ésta afirmación, no parece muy creíble, si se tiene en cuenta el carácter persa, la Historia no registra ningún acto de vandalismo llevado a cabo con los vencidos, y con menos razón puede pensarse que quien era misericordioso con los enemigos, pudiera ser cruel con los aliados.

El puente volvió a tenderse, haciéndose doble en ésta ocasión, para evitar nuevos contratiempos, que retardaran la marcha de la tropa. El ejército atravesó Abidos, empleando para ello 7 días, cruzó el Quersoneso, y llegando a Tracia, se hizo otro alto, para pasar revista.

Jerjes quedó satisfecho de su contingente bélico, donde servían súbditos de todas partes del Imperio, pues a más de las huestes que en Persia se había reclutado, el Gran rey hacía que se le fueran reuniendo nuevos guerreros en todos los lugares que iban pasando. (8).

Mientras los medos continuaban su lento avance, los griegos no habían permanecido inactivos. Si bien Milciades había muerto, surgían nuevos caudillos. En primer lugar Temístocles, que no era de noble origen, puesto que su padre Neocles u Oloro (los historiadores no están de acuerdo), no era distinguido, y su madre era extranjera. (9).

Activo y reflexivo desde muy tierna edad, se interesó por la política, distinguiéndose ya entre sus compañeros de juegos, a los cuales defendía o acusaba en acalorados discursos, que lo preparaban para la vida pública que debía llevar. Fué discípulo de Mnesifilo Freario, político también, que lo inclinó a interesarse desde luego en los negocios públicos. Casi desde el principio de su actuación tuvo dificultades con otro prohombre de Grecia, el justo Aristides de Lisímaco, porque aunque era éste de carácter dulce, buscaba siempre el mejoramiento de los ciudadanos, y se oponía a todo acto que los perjudicara, con un valor digno de elogio, lo que le acarreaba dificultades con Temístocles, que siempre sediento de gloria, a veces se olvidaba de pensar en la conveniencia de la mayoría, ocupándose más bien de su propio encumbramiento (10).

Afirma Plutarco: "...pues se dice que era Temístocles tan sediento de gloria y tan amante de las cosas grandes, precisamente por ambición, que verificada, siendo todavía joven, la batalla de Maratón contra los bárbaros y celebrándose el mando de Milciades, se le veía andar por lo común muy pensativo allá entre sí, pasar las noches sin

hacer sueño, rehusar los acostumbrados convites y decir a los que admiraban ésta mudanza, y le hacían sobre ella preguntas, que no le dejaba dormir el trofeo de Milciades. Porque cuando los demás miraban como fin de aquella guerra la derrota de los bárbaros en Maratón, a los ojos de Temístocles no era sino principio de mayores combates, para los que él ya se ungió de antemano en defensa de toda la Hélade, y ejercitaba a los atenienses, esperando muy de lejos, lo que iba a suceder". (11).

Sospechando pues que la batalla de Maratón no era más que el comienzo de nuevas dificultades, como el tiempo se encargaría de corroborar, convenció a los ciudadanos de la necesidad de no repartir la plata del monte Laurio entre la comunidad, como ellos pretendían; sino que era mejor destinar ese dinero para hacer galeras, y prepararse para la guerra contra los Eginetas. Comprendiendo que a los atenienses les causaría sin duda más temor el creerse amenazados por esos vecinos, que el pensamiento de los lejanos persas. Temístocles logró que se le diera la razón. Gracias a su prudencia y astucia, logró construir cien galeras, con las que había de combatir a Jerjes, asegurándose con ello la victoria pese a la oposición de Milciades. (12)

A pesar de las dificultades con las que tropezó, debido a su ambición de gloria, logró atraerse a los ciudadanos, e hizo presión en ellos para conseguir el destierro de su mortal enemigo: Aristides.

Cuando volvió a sonar la amenaza meda, Temístocles, obtuvo el mando, no sin antes haber comprado a Epicides, que lo ambicionaba para sí.

Ya hemos visto que Temístocles no fué el único hombre ilustre de la época, al lado de su nombre figura el de Aristides, hijo de Lisímaco; las opiniones difieren por lo que hace a su fortuna, ignorándose si era pobre o de familia acomodada, tuvo por amigo a Cístenes, y por rival al hijo de Neocles, enemistad con el cual, provino, según Plutarco, de ciertos amores con Estesileo. Esta rivalidad llegó a tal punto, que frecuentemente Aristides hubo de proponer sus ideas por medio de terceras personas, para impedir, de ésta manera que fueran combatidas por Temístocles y lograra que no se llevaran a efecto; sin embargo, lo más admirable en la vida de Aristides fué "su igualdad en las mudanzas a que expone el mando, no engriéndose con los honores y manteniéndose siempre tranquilo y sosegado en la adversidad, por estar en la inteligencia de que exigía el bien de la patria que en servirla se mostrara desinteresado no solo con respecto a la riqueza, sino con respecto también a la gloria". (13).

Era Aristides hombre justo. Eregido procurador de las rentas

públicas descubrió que los arcontes anteriores, y aún los de su tiempo, entre ellos Temístocles, habían substraído algún dinero, por lo que éste resentido, ántes de que le reclamaran lo acusó de ocultación. Pese a la astucia de Temístocles, Aristides no sólo salió libre, sino que volvió a su antiguo puesto. Como pareciera que se había vuelto más benigno, los ocupantes de los cargos públicos se mostraban contentos, instando al pueblo a que lo designaran para el cargo por tercera vez, pero él descubrió a los que habían robado los caudales, recibiendo el aplauso popular.

Aristides ya había figurado ántes, pues en la batalla de Maratón, era el décimo estratega, y como se alternaban en mandar, cedió el día que a él le tocaba, para que Milciades dirigiera el ejército, y pudieran atacar ántes, demostrando con ello una vez más, su deseo de anteponer el bien de la patria al suyo.

Después de Maratón, cuando el ejército se vió en la necesidad de marchar al Ática, Aristides quedó a cuidar los despojos, no tocando él nada, y obligando a los de su tribu a hacer otro tanto. Fué hecho Epónimo, y se le empezó a denominar "el justo", pero ésto despertó la envidia de Temístocles, que dijo al pueblo, que obraba así solo para convertirse en monarca; como ya hemos visto, los ciudadanos prestaron oídos a tales hablillas y lo condenaron al ostracismo, "apellidando miedo a la tiranía, lo que era envidia de su gloria", lo que relata pintorescamente Plutarco, al referirnos el caso aquél en que un campesino que no sabía escribir, pidió al propio Aristides que pusiera su nombre, por lo que éste, sorprendido, preguntó si algo malo le había hecho aquél hombre para desear su destierro. —"Ninguno, —respondió; ni siquiera lo conozco, sino que ya estoy fastidiado de oír continuamente que lo llaman "el Justo"." Aristides nada respondió, contentándose con hacer lo que se le pedía. Desterrado, rogó, en contra de la actitud de Aquiles, que no tuvieran necesidad de acordarse de él.

Viendo los griegos que el ejército persa continuaba su avance, alarmados los atenienses se dirigieron a consultar el Oráculo de Delfos, la respuesta fué desalentadora: era mejor deponer toda resistencia. Los helenos se retiraron sin esperanza, pero volvieron a poco, para obtener una respuesta más concreta, y en ésta ocasión la pitonisa dijo que la única manera de salvarse era refugiándose en "un muro de madera nunca tomado", por lo que los atenienses interpretaron que se refería a las naves construídas por orden de Temístocles:

Los griegos se reunieron en el Itsmo, acordando suspender por el momento, las dificultades que tuvieran entre sí. Con éste fin, permitieron que Aristides volviera, temerosos también, de que éste,

por un acto de despecho se pasara al bando contrario, cosa que éste no hubiera hecho en ningún caso, como debía demostrarlo. Habiéndose enterado los Helenos de que Jerjes se encontraba en Sardes, mandaron exploradores para que fueran a observarlo, e informaran en seguida lo que éste hacía; al mismo tiempo despacharon también varios emisarios a Argos, Sicilia, Corcira y Creta, con el fin de solicitar su ayuda, y ponerse de acuerdo, para que todas las ciudades juntas, se aliaran contra el poderoso enemigo Persa.

Los embajadores que habían partido a Sardes fueron descubiertos por unos generales de la tropa del Gran rey, y hechos prisioneros fueron sometidos a tormento, y en vista de que se negaban a hablar se les condenó a muerte. Jerjes, enterado de lo que había ocurrido no solo acudió a tiempo de librarlos de ésta pena, sino que les enseñó su numeroso ejército, dejándolos después partir para regresar a su patria. La razón que dió el Persa, para justificar su actitud al haber obrado en esta forma, fue que una vez que éstos hombres dieran cuenta de su misión, advertidos los Helenos de lo cuantioso de las tropas que en su contra iban sin lugar a duda, como prudentes que eran, se darían por vencidos aún antes de empezar la campaña; lo que sería de gran provecho para los medos, puestos que les ahorraría múltiples dificultades. ¡De tal manera seguía obsesionado el rey, con su victoria, confiando demasiado en el número y prestigio de su ejército!. (14).

Los argivos, entre tanto, encontrándose en la imperiosa necesidad de dar una respuesta, pues se veían de continuo urgidos a entrar en la liga contra Persia, indecisos aún, se dirigieron al Oráculo de Delfos, preguntando que actitud deberían seguir para no comprometerse demasiado, la Pythia les aconsejó, que volvieran a sus casas, no interviniendo en la contienda, para evitarse mayores conflictos. El senado acordó ayudar a los griegos, pero mediante determinadas condiciones, una de ellas era que los Lacedemonios se comprometieran a no atacarlos por espacio de treinta años; y la otra era que se les diera la mitad del mando del ejército aliado. Los emisarios, oyendo esto, se apresuraron a responder, que, por lo que hacía al primer punto, relativo a la paz que solicitaban daría parte de ello a su ciudad, para saber cual era su respuesta, pero que, refiriéndose al segundo punto, por lo que hacía al mando de las tropas, ellos tenían ya sus dos reyes y no podían desposeer a ninguno; sin embargo, no se oponían a que el rey de los Argos tuviera un poder semejante.

Es más que probable, que éste fuera solamente un ardid del que se valían los espartanos para conseguir su objeto e imponer sus con-

diciones, puesto que años antes se había llegado al acuerdo de que uno solo de sus monarcas sería el que saliera a campaña.

Los argivos tomaron a mal esta respuesta, y negándose a entrar en la liga, ordenaron a los embajadores que abandonaran sus dominios, saliendo inmediatamente.

Otra versión diferente, referente al mismo suceso, fué la sostenida por los griegos; asegurando que lo que ocurrió fué que Jerjes mandó a un emisario, diciéndole que según tenían entendido ellos (los persas), descendían de Perses, hijo de Perseo; y éste era de dicha ciudad, de donde venía a resultar que eran sus descendientes, y por lo tanto no debían combatirlos, sino por el contrario, mantenerse neutrales, en espera de la victoria Persa, que seguramente vendría, y, de ser así, les ofrecían que si triunfaban, serían los de Argos, los más favorecidos. Los de la ciudad, no teniendo seguridad sobre el resultado de la contienda, no se comprometieron a nada directamente, pero conservaron su neutralidad, manteniendo para cada uno un buen pretexto, para poder explicar su actitud al vencedor. Sea como fuese, ya en una forma, ya en la otra, el hecho es que los argivos no entraron en la lucha.

En Sicilia, no tuvieron los embajadores mayor éxito que en Argos, pues el rey Gelón, quería también imponer sus condiciones, y tomar a su vez, el mando del ejército. Los corciris, adoptaron una actitud semejante a la de los argivos, puesto que estuvieron dispuestos a prestar ayuda, prometiendo enviar 70 naves, como en efecto lo hicieron, pero seguros de la derrota griega, permanecieron inactivos, sin decidirse a entrar en las batallas a socorrer a los griegos. Los cretences, por su parte, después de consultar al Oráculo, y viendo que las posibilidades del triunfo, eran para Grecia muy escasas, acordaron quedarse en casa.

Parecía que los dioses se declaraban contra la Hélade. Por si ésto no fuera suficiente, los tesalios, arrepentidos de su acuerdo de aliarse a Persia, enviaron sus embajadores al Istmo, proponiéndoles que fueran a Tempe, para defender su ciudad; pero advirtiéndoles que necesitarían utilizar mucha tropa, pues de no hacerlo así, ellos, que no deseaban sufrir las consecuencias se pondrían del lado de Jerjes. Los griegos enviaron allá un ejército y una flota, mandados por Eveneto y Temistocles; pero sabiendo por Alejandro de Macedonia que los de Tesalia si bien seguían adictos a los griegos, como el lugar era difícil de defender, en caso de una derrota aquéllos se pasarían a los bárbaros, acordaron volver al Istmo, regresando a Artemisión. Como los helenos quisieran dar el mando a Eurybiades, los atenienses

se disgustaron, logrando calmarlos Temístocles, dejando por ésta vez el mando, de su propia voluntad, pues fácilmente pudo dárse cuenta que excediendo los de Atenas, a todos los demás, en el número de naves, si se negaban a ir a las órdenes del lacedemonio, no conseguirían más que la ruina de todos; así ofreció a sus compañeros, que si se portaban como hombres de valor en la guerra, él haría que en adelante los griegos los obedecieran de su grado. (15).

Como era de suponerse, los tesalios, viéndose desamparados se echaron en brazos de los persas. Los helenos deliberaron nuevamente, acordando por fin, enviar la tropa a las Termópilas, y la escuadra hacia Artemisión y la costa Histiótida; sabedores de que en el desfilaro, los persas no podrían emplear la muchedumbre de su ejército, ni su caballería, lo que daría por resultado el nivelar un poco las fuerzas griegas con las bárbaras, cuyo número hace ascender Herodoto a cinco millones, docientos ochentaitres mil, docientos veinte; cifra que parece un tanto exagerada. Las tropas griegas estaban mandadas por el lacedemonio Leonidas, de ilustre familia, como descendiente que era, de los Heráclidas; el ejército que lo acompañaba no pudo ser muy numeroso, debido a que la batalla coincidió con la 75ª Olimpiada.

Sabiendo el Gran rey el lugar donde se habían colocado sus enemigos para hacerle frente, envió un jinete para que viera que hacían los helenos en aquél sitio, y de qué manera se preparaban para recibir su formidable acometida. El mensajero así lo hizo, y no quedó poco sorprendido cuando llegó al campamento, pues habiendo ocurrido que se encontraban de guardia los espartanos, advirtió que "hacían juegos gimnásticos y que otros se ocupaban en peinar y componer el pelo", avisado Jerjes de lo que ocurría, no supo a qué atribuir un hecho tan extraño, pues lógico hubiera parecido que se dispusieran a la guerra, cuando sus posibilidades de victoria eran ya de por sí, muy escasas. Intrigado por tal acontecimiento consultó a Demorato, el cual le explicó que era ésta la costumbre de los lacedemonios cuando se disponían a arriesgar la vida.

El Fersa no quiso creerlo, era bastante dudoso que ejército tan reducido pensara en atacarlo. Probablemente su despreocupación se debía a que sabían que no tendrían que combatir, pues iban a rendirse antes de la lucha. Con ésta convicción, Jerjes esperó cuatro días, seguro de que se darían a la fuga; pero pasaba el tiempo, y los helenos permanecían sin marcharse, tan tranquilos como la primera vez que los sorprendieran. El Gran rey perdió la paciencia, y mandó a los medos y a los quisios "Con la orden formal de que prendiesen a

aquellos locos y los prestaban vivos", pues creía que solo era posible explicar actitud tan extraña dando por supuesto que el ejército estaba formado de dementes.

Los medos acometieron como se les había ordenado, pero el combate duró todo el día, sin que fuera posible cumplir las órdenes de Jerjes, puesto que los valerosos griegos no retrocedían un solo paso, y no contaban sus muertos.

El rey persa, verdaderamente indignado, echó mano de sus inmortales, cuyo mando estaba a cargo de Hidarnes, y los mandó a derrotar a los helenos, pero éstos, no tuvieron mayor éxito que los primeros, y la encarinizada lucha se prolongó otro día más. Los persas se hallaban ya desorientados. Empezaban a desmoralizarse, cuando se presentó ante su jefe el Meliense Epialtes, quien les indicó la manera de dar la vuelta por los montes, evitando el desfiladero, y acometiéndolo a los helenos por retaguardia, única forma posible de obtener la victoria. El traidor temeroso de lo que después hicieran los lacedemonios logró huir a Tesalia. Su cabeza fue puesta a precio, y como algún tiempo después Atenades le diera muerte por otra causa diferente, fue de todas maneras honrado por los griegos.

Volviendo a Jerjes, una vez que hubo oído esta noticia, se sintió muy complacido, y alegremente mandó llamar a Hidarnes junto con los inmortales a los que éste gobernaba, y los envió a aquél lugar. El ejército de los bárbaros avanzó sigilosamente, caminando durante toda la noche, a espaldas de los griegos, sin ser notado por éstos, hasta que, habiendo llegado el alba los persas aparecieron sobre la cima del monte, que estaba guardado por mil hoplitas. Estos dieron la voz de alarma, pero ya el enemigo estaba muy próximo; viéndose los helenos así copados, se dispusieron a vender cara su vida. Leónidas despidió al ejército, pensando quedarse sólo con los espartanos, a quienes sus leyes prohibían volver la espalda al enemigo. Magistias, el adivino que los acompañaba, tenía también órdenes de partir con toda la tropa, pero no deseando hacerlo así, se contentó con despedir a su único hijo, que con él estaba, pues sabía que nadie de los que quedaran a cubrir la retirada, podrían conservar la vida; pero él prefirió morir al lado de su general, antes que abandonar el campo derrotado. Las huestes obedientes se retiraron, no quedando en el desfiladero más que Leónidas y los suyos.

Cuando el sol salió, los persas acometieron, la batalla que se libró fué de lo más sangrienta, pues conociendo los espartanos que ninguno lograría escapar, lucharon desesperadamente, procurando hacer al enemigo el mayor daño posible. Muchos de los soldados, aún rotas

las lanzas seguían combatiendo con la espada, hasta que Leónidas cayó muerto junto con todos sus hombres; sin embargo, los bárbaros no habían quedado ilesos, puesto que ahí perecieron también entre otros muchos persas dos hijos de Dario. Jerjes había ganado la contienda.

Recordando éste suceso, los griegos mandaron poner en ese sitio, varias inscripciones, y entre ellas, una dedicada a Magistias y otra a los trescientos espartanos, y que decía así: “¡Oh amigo, dí a los Lacedonios, que en éste lugar yacemos obedientes al mandato de sus leyes!”

Mientras tanto, la flota que se encontraba en las gargantas de Artemisión, tuvo también algunos encuentros contra los bárbaros, pero ninguno fué decisivo; sin embargo, tuvieron la virtud de servir para hacer ver a los helenos por las obras, “que en los peligros, ni el número de las naves, ni el adorno y brillantez sobresaliente, ni los gritos provocativos, ni los cantares insultantes de los bárbaros tienen nada importante para los hombres que saben venir a las manos y que combaten con denuedo, sino despreciando todo ésto, lo que hay que hacer es arrojar sobre los enemigos y luchar con ellos a brazo partido”. (16).

Finalmente, enterados los griegos del desastre de las Termópilas y de la gloriosa muerte de Leónidas, optaron por retirarse, teniendo cuidado el astuto Temístocles, de dejar un aviso a los jonios, pidiéndoles que se pasaran a su partido, con la mira de que, o bien hiciera efecto en ellos y así se comportaran, abandonando inmediatamente a Jerjes; o de que, enterado el Gran Rey, de ello, desconfiando de sus servidores no les permitiera, de ninguna manera, tomar parte en los futuros combates, logrando así los helenos, de una manera u otra, restar fuerzas a las tropas persas.

El bárbaro, una vez que se hubo reunido con su flota, procuró informarse de lo que hacían sus enemigos entre tanto, a lo que se le respondió que se encontraban tranquilamente festejando los juegos olímpicos. Para que se vea, hasta qué punto llevaban los griegos su desfachatez e insolencia, y con qué desprecio esperaban los ataques de los pueblos de oriente.

Dejando atrás los Parapotemios, llegaron los bárbaros a Penepees, acordándose que ahí se dividiría el ejército, yendo el mayor número hacia Atenas y el resto a Delfos, cuyos habitantes, llenos de temor, desampararon la ciudad.

La armada de los griegos marchó hacia Salamina, para dar tiempo a que las mujeres y los niños fueran sacados de la ciudad de Atenas.

Cuenta Herodoto, que ésta fué desocupada con precipitación, porque habiendo en el templo una serpiente sagrada que moraba ahí desde hacía algún tiempo, no tomó en aquella ocasión la torta de miel que diariamente se le daba por alimento, por lo que la sacerdotisa alarmada, interpretó que la ciudad había sido abandonada por los dioses. Efectivamente tratase sin duda de otra estratagema de Temístocles, que deseando a toda costa embarcar a los atenienses, y no logrando que éstos le obedecieran de su grado, les recordó la respuesta dada por el Oráculo, mostrándoles además, que el Olimpo había decretado ya que Atenas pereciera, no teniendo entonces más remedio los habitantes de la ciudad, que lanzarse al mar, refugiándose en la isla de Salamina. De los detalles de la batalla librada aquí nos ocuparemos más adelante, sólo diremos, para no perder la ilación de nuestro asunto, que la derrota de los bárbaros fué completa. Jerjes, sin embargo de ello, logró huir y regresar a Persia, dejando en la Hélade a Mardonio con trescientos mil hombres.

La gloria del triunfo recayó en Temístocles, pues estando en el Istmo reunidos todos los generales, se hizo una votación secreta, para que cada cual anotara el nombre de los dos griegos que más se habían distinguido en la contienda, y éstos, escribieron en primer lugar, cada uno su propio nombre, pero como en el segundo colocaran a Temístocles resultó éste el vencedor. Con ésta victoria, Temístocles consideró recompensados sus trabajos por Grecia, pues estaba sediento de gloria y alabanza, y muy pagado de su hazaña, como lo demostró en más de una ocasión. En 479 los atenienses eligieron como generales a Xantipo y Aristides.

Pero, la guerra no había terminado todavía. Así que vino la primavera, Mardonio que se encontraba aun en Tesalia pretendió por todos los caminos posibles, atraerse a los Atenienses, utilizando para ello a Alejandro, rey de Macedonia. Aquéllas maniobras no pasaron desapercibidas a los espartanos, que alarmados enviaron sus mensajeros a la ciudad, temiendo ser abandonados por sus compañeros, que pasándose al bando contrario podían después aniquilarlos; los lacedemonios obtuvieron el mayor éxito, pues los atenienses, aconsejados por Aristides, no deseaban ceder a los halagos de los bárbaros.

Mardonio, dándose cuenta de que sus planes habían fracasado se decidió a abandonar Tesalia. Los tebanos maniobraron rápidamente, saliendo a su encuentro para combatirlo, pero él, logrando llegar a Atenas, se apoderó nuevamente de la ciudad diez meses después de que Jerjes la había tomado. De Atenas envió un emisario a Salamina, pues encontró la ciudad completamente deshabitada, porque los

griegos se habían vuelto a refugiarse en dicha isla. El enviado de Mardonio llevaba un recado en todo semejante a los requerimientos que Alejandro había hecho con anterioridad, y como el ateniense Licidas estuviera de acuerdo, fué muerto a pedradas por sus compañeros de armas; enteradas las mujeres de lo ocurrido hicieron otro tanto con la esposa e hijos de aquél. (17).

Los atenienses entonces, enviaron a pedir socorro a los espartanos, que se encontraban fortificados en el Istmo, y permanecían inactivos, sin hacer el menor caso de la ayuda que se les pedía. Finalmente temiendo que si sostenían por más tiempo ésta actitud, desesperados los de Salamina se entregaran a Mardonio y permitieran a los persas cruzar por el Peloponeso, se decidieron a moverse, mandando a Pausanias con un numeroso ejército; pero sin informar una palabra a los embajadores atenienses, que viendo que pasaba el tiempo y su demanda no era escuchada, se presentaron a hacer una reclamación con la que los espartanos se mostraron muy sorprendidos, manifestando que ya había salido una tropa, en vista de ello, los mensajeros se fueron a alcanzarla.

Mardonio avisado de lo que había ocurrido, por un enviado de los argivos, se apresuró a salir del Ática lo más pronto que le fué posible, pues sabía que en éste lugar no podía maniobrar su caballería, y era ésta su principal arma de combate. Además comprendía que de permanecer en Atenas, si por acaso era derrotado, tendría que salir huyendo por pasos sumamente estrechos donde sus enemigos podrían aniquilarlo completamente. En vista de ello, no sabiendo que partido tomar, retrocedió primeramente a Mégara, no permaneció ahí, sino que se dirigió a Decelia, siempre avisado por correos, de los movimientos del enemigo, finalmente después de muchas vacilaciones se detuvo en el Citerón. Ya no era tanta la confianza que los bárbaros tenían en su fuerza.

Habiéndose elegido a Aristides general con mando independiente, tomó a sus órdenes 8000 infantes y fué a reunirse con Pausanias, librándose las primeras batallas contra los persas, cerca del mencionado monte. En ésta contienda los bárbaros demostraron un valor inusitado. Pelearon como nunca lo habían hecho. Pero habiendo caído muerto Masistio, que dirigía la caballería y después de Mardonio era el general más importante, hicieron todo lo posible por recuperar su cadáver, acometiendo a los griegos una y otra vez, hasta que no pudiendo lograrlo, se retiraron a deliberar, toda vez que no tenían quien los mandara.

Los Helenos acordaron entonces descender a Platea, pareciéndo-

les mejor que el territorio Eritreo. Informados los bárbaros de lo que pretendían hacer los griegos, se acercaron sigilosamente al río Asopo.

El número de los persas que se encontraban dispuestos a la lucha era de 300,000 hombres, y sus aliados llegaban quizá a 50,000; mientras que los griegos no pasaban de 110,000 individuos, pero éstos se veían aumentados por otros más que bajaban del Citerón; advertido Mardonio por un tebano, de lo que ocurría mandó un destacamento a los desfiladeros para alejar a los que se acercaban.

Parecía que el encuentro era inminente, pero los ejércitos permanecieron en ociosa inactividad, por espacio de diez días, debido a que a los dos partidos les habían anunciado sus correspondientes Oráculos, que obtendrían la victoria si no eran los primeros en atacar, de aquí, que creyendo ambos firmemente en dicho pronóstico, no se atrevían a romper las hostilidades, esperando siempre que el otro perdiera primero la paciencia y diera la señal de ataque, con lo que su triunfo sería completamente seguro. Finalmente, aburrido Mardonio, siéndole el que tenía menos fé en los adivinos, y en vista de que los ejércitos griegos aumentaban a pesar de las precauciones que él había tomado, se decidió a comenzar la lucha.

Según Herodoto, los helenos no fueron tomados por sorpresa puesto que durante la noche, Alejandro, hijo de Amintas, rey de Macedonia, a favor de la obscuridad se deslizó hasta su campamento, y los previno de los planes que los bárbaros tenían.

Apenas amaneció, los ejércitos se aprestaron al combate, tardando algo los soldados en encontrar su lugar, debido a que varias veces fué cambiado el orden de las filas, pues los persas pretendían quedar en frente de los espartanos, a los que tenían por hombres muy valerosos, pero los griegos preferían enfrentarles a los atenienses, puesto que éstos ya habían tenido oportunidad de conocer su táctica de combate en la famosa batalla de Maratón.

Por fin empezó la lucha, apareciendo desde luego, pese al valor de los bárbaros, que su disciplina y armamento era muy inferior al de los helenos, quienes llevaban siempre la ventaja en los combates cuerpo a cuerpo. Finalmente, muerto Mardonio, los persas huyeron a la desbandada, logrando refugiarse en un fuerte, los lacedemonios fueron tras ellos haciéndoles perder muchos hombres durante la retirada, pero después, como los espartanos no conocían el arte de sitiar ciudades, hubieron de esperar la llegada de los atenienses.

Tomada la plaza, mataron a todos cuantos cayeron en su poder.

y repartido el botín, procedieron a castigar a los tebanos, por su parcialidad con los medas.

Del ejército bárbaro solo pudo huir Artebazo, que se salvó en compañía de unos cuantos hombres que lo siguieron. ¡La derrota Persa había sido completa!

El mismo día se peleó en Micale, lugar de Jonia, recayendo la gloria ésta vez, en el Lacedemonio Leotíquides, que combatió contra el persa Tigranes. Los bárbaros rehuyeron el combate naval. Retiraron sus barcos del mar, y colocándolos en tierra, los encerraron dentro de un vallado que formaron con piedras y fagina, y con los troncos de los árboles frutales, cortados en aquéllas cercanías; pareciéndoles aún que su refugio era poco seguro, colocaron al rededor una fuerte estacada, seguros de que así el lugar sería inexpugnable.

Leotíquides exhorto a los jonios a pasarse a su partido, con la misma mira que había tenido Temístocles en Artemisio; hecho ésto los griegos desembarcaron, y como tuvieran entonces noticias de la derrota que los persas habían sufrido en Beocia, Leotíquides supo aprovecharse de la noticia para exhortar a sus hombres, la batalla se decidió a favor de los helenos porque los jonios desertando de las filas persas pasaron a su campo. Conseguida la victoria, los griegos deliberaron sobre lo que sería más conveniente hacer, si trasladar a los jonios a Grecia o defenderlos ahí, toda vez que los bárbaros no dejarían de tomar represalias por lo ocurrido. Finalmente se acordó admitir a las poblaciones de las islas dentro del cuerpo helénico, particularmente considerándose a Samos, Chios y Lesbos. Por el momento, las colonias de Asia Menor no fueron tenidas en cuenta, pero pronto debían ponerse en contacto con Atenas; inmediatamente después, la flota se dió a la mar, para romper el puente de barcas que se encontraba en el Helesponto, pero lo halló destruído. En vista de ello, muchos regresaron, pero no así los atenienses, que pusieron sitio a Sestos, plaza que lograron rendir en la primavera de 479.

Los griegos regresaron a su patria cargados de rico botín.

En Atenas, mientras tanto, conseguida la paz, por consejo de Temístocles, se empezó a reedificar la ciudad, que había quedado destruída, y después fué amurallada, lo que despertó los celos de Esparta, pero Temístocles, mediante un ardid, consiguió seguir adelante con la obra. En efecto, comprendiendo los lacedemonios que el poder de esta ciudad podía llegar a ser un serio peligro para sus intereses, enviaron unos embajadores a Atenas, con la misión de impedir que se continuara el amurallamiento, y para ello alegaron como pretexto, que los bárbaros podían volver a atacar, y si tomaban la plaza, desde

ahí se defenderían por mucho tiempo. Los atenienses se dieron cuenta desde un principio, que el peligro persa no era mas que una superchería de Esparta, a la que no convenía el encumbramiento de Atenas, y así, por consejo de Temístocles, respondieron que muy en breve enviarían a sus embajadores a Lacedemonia para darles satisfacción explicando convenientemente su actitud. Cuando los espartanos se hubieron retirado consolados por dicha promesa, Temístocles pidió a los ciudadanos que lo enviasen a él a Esparta, y algún tiempo después, mandaran también a otros compañeros suyos en calidad de embajadores, pero que éstos permanecieran en Atenas hasta que las murallas fueran levantadas a altura conveniente para poder servir de baluarte en caso necesario. Con este objeto, todos los del pueblo empezaron a trabajar sin descanso, utilizando la piedra de todos los lugares posibles, con la mira de terminar cuanto antes.

Temístocles marchó a Esparta, pero léjos de presentarse a dar una explicación, como lo había prometido, permaneció mucho tiempo inactivo, sin presentarse al senado y dando hoy una disculpa y mañana otra, por no haber ido aún a dar cuentas de su misión, y si acontecía que alguno de los encargados lo sorprendía en la calle y le pedía cuentas por su manera de proceder, alegaba que estaba esperando a sus compatriotas, y nada podía hacer mientras no se presentaran los otros embajadores, cuya tardanza le extrañaba sobre manera, pareciéndolo que sin duda debían estar muy ocupados en alguna otra diligencia, pero que indudablemente debían ir muy pronto, y con tales argumentos y otros semejantes, conseguía engañar a todos, e iba dejando pasar el tiempo. Como los lacedemonios que llegaban de continuo afirmaban que en Atenas se seguía trabajando sin descanso, empleando a hombres y mujeres, a grandes y pequeños, y pese a que Temístocles negaba el hecho, no era posible disimular por más tiempo, acordaron mandar otros embajadores que investigaran lo que había de verdad, pero el sabio y prudente ateniense, envió secretamente aviso a su ciudad, aconsejándoles que detuvieran ahí a los espartanos, y no los dejaran partir hasta que él hubiera regresado. Por aquél entonces se presentaron finalmente los embajadores atenienses, comunicando a Temístocles, que todo se había hecho según su mandato, y las murallas estaban bastante altas para poder defenderse en ellas, entonces, todos juntos se dirigieron al senado y dieron cuenta de lo ocurrido afirmando que "en todos los negocios que requiriesen consejo, no tenían necesidad de parecer ajeno".

Ante los hechos consumados, los espartanos no parecieron ofen-

didos, y aunque secretamente disgustados, permitieron a los embajadores regresar a sus casas.

Temístocles fortificó también el puerto de Pireo, sin que surgieran nuevas protestas. Poco después, Pausanias salió del Peloponeso, dirigiéndose a Chipre, y de ahí a Bizancio, que aún estaba en poder de los medos. Con relativa facilidad logró apoderarse de la plaza, por la fuerza de las armas. En la campaña quedaron en su poder, como prisioneros, varios parientes del Gran rey y Pausanias, para congraciarse con el monarca, los puso en libertad, alegando más tarde que se le habían escapado, sin que él pudiera evitarlo; parece ser que también mandó con ellos un mensaje al bárbaro, en el cual hacía manifiesta traición a los intereses de su patria. Artajerjes, que había subido al trono por muerte de su padre, se sintió muy complacido del contenido de la carta y envió a Artebazo, para ponerse de acuerdo con Pausanias. Éste, viendo que contaba con el apoyo del Gran rey, empezó a conducirse altivamente, haciendo que los griegos principiaran a cansarse de él, diciendo que los maltrataba y obraba como tirano, como además hubiera abandonado su indumentaria sencilla cambiándola por la de los medos, empezó a sospecharse que acaso, a más de sus delitos contra particulares, estaba en relación con el enemigo, por lo que se le mandó llamar enviándose en su lugar a Dorces.

Habiéndose presentado Pausanias, para sincerarse de los cargos que se le hacían, no pudo probarsele nada, y por lo tanto, fué absuelto, pero no se le devolvió su antiguo puesto. (18).

En la primavera de 470, Temístocles, que había logrado permanecer en el poder; debido al antagonismo en que se hallaba, frente a Cimón, fué proscrito de Atenas, aplicándosele el ostracismo. "No era el ostracismo una pena, sino como un desquite y alivio de la envidia, que se complacía en ver rebajados a los que se elevaban y desahogaban su incomodidad con causar este deshonor". (Plutarco).

Hallándose en Argos, Pausanias le propuso hacer traición a los griegos, sabiendo la forma en que éstos le habían pagado, pero él se negó, aún cuando no denunció a su amigo, lo que más tarde había de perderlo.

Pausanias, por su parte, lejos de haber escarmentado, continuaba obrando altivamente, mandando poner en el templo de Apolo, una inscripción con su nombre, elogiando de ésta manera su victoria en Platea; los lacedemonios, indignados, la quitaron y pusieron el de los confederados que habían estado en esa batalla contra los bárbaros.

Volvió a rumorarse entonces que Pausanias estaba en relación con los ilotas descontentos, y que procuraba atraérselos, para con su

ayuda traicionará su patria, los éforos recelaban cada momento más de su actuación, no sabiendo qué partido tomar, cuando una feliz casualidad, vino a darles la ocasión de hacerlo caer en una trampa.

En efecto, sucedió, que cierto criado de Pausanias, llamado Argilio, fué enviado al rey persa, con una carta de su señor, pero éste, que empezaba a desconfiar, por el hecho de que ningún otro correo había regresado, se decidió a abrir la misiva, y encontrando que en ella se decretaba su muerte, lo denunció a las autoridades. Los éforos hicieron entonces que Argilio se refugiara en un templo, como lleno de terror; y como lo pensaran, Pausanias se presentó a preguntarle el motivo de su actitud, el criado entonces le confesó que había abierto su mensaje, y había descubierto que intentaba matarlo, cosa que no era justo, ya que él le había servido lealmente. El traidor procuró aplacarlo, y durante el curso de la conversación, confesó que se hallaba en relaciones con los Persas, oyéronlo los éforos, que al efecto ahí se habían escondido, y esperaron a que saliera para tomarlo preso, pero Pausanias, por la expresión de sus rostros se dió cuenta de lo que ocurría, y se refugió en el Santuario de Palas Atenas; viéndo aquello los espartanos pusieron guardas en la puerta, y después la tapiaron, para dejarlo ahí morir de hambre, contándose que fué su propia madre quien llevó al refugio la primera piedra, castigando así al que había hecho traición a la patria.

Cundo Pausanias se hallaba agonizando los guardias lo sacaron y murió en sus brazos, éste hecho fué el que ocasionó las reclamaciones de los atenienses durante su conflicto con Esparta, alegando que los lacedemonios habían cometido un sacrilegio violando el templo.

Se discutió si debía enterrarse a Pausanias o debía arrojársele fuera de los límites de la ciudad, finalmente su cadáver fué sepultado, y trasladado junto al templo de Palas.

Se sospechó entonces injustamente de Temístocles, pero éste advertido a tiempo, huyó a Corcya, después a Epiro y de ahí fué a refugiarse con Admeto, rey de los molosos; como temiera que éste lo entregara a sus enemigos por antiguas enemistades que entre ellos existían, aconsejado por la esposa del monarca se presentó ante él llevando al hijo de Admeto en sus brazos, pues esta súplica era considerada como la más eficaz. El rey lo trató benignamente ayudándolo a retirarse a Asia, donde permaneció algún tiempo en una ciudad Jonia, saliendo de ahí a presentarse al propio rey Persa, diciéndole que a él debía el que los griegos no hubieran perseguido a su padre después de la batalla de Salamina, el rey lo trató con benevolencia, concediéndole su amistad y confianza. "Dicen que para pan, vino y demás con-

dimentos, le asignaron tres ciudades: Magnesia, Lempsaco y Miunte; y Neantes de Cizco y Faniaz añaden otras dos: Percate y Palaiquepsis, para tapicería y vestidos.” (19).

Epixyes, Satrapa de la Frigia Superior, intentó asesinarlo, pero logró salvarse. Se dedicó después a viajar, visitando Sardes, finalmente se retiró a Magnesia, “honrado como los principales de los persas”.

Poco tiempo después, Egipto se levantó en armas, con la ayuda de los atenienses y las naves helénicas llegaron hasta la isla de Chipre y la Cilicia. El rey persa se dirigió a sus aliados, entre ellos a Temístocles, y le pidió que fuera contra los sublevados. El griego, recordando sus antiguas glorias, y las veces que había combatido al lado de ellos, comprendió que no podía hacerles frente sin hacerse traición a sí mismo y a su conciencia, que aún tenía fresca la memoria de sus trofeos. En vista de ello, decidió acabar con su existencia, teniendo una muerte digna de como había sido su vida, y tomada tal resolución se envenenó. “Cuando el rey supo la causa y manera de su muerte, dicen que todavía se prendó más de tan excelente varón, y siguió siempre tratando con grande humanidad a sus amigos y domésticos”. (20).

Se conserva en Magnesia el magnífico sepulcro de Temístocles, y a los de su linaje se les concedieron ciertos honores de los que aún gozaban en la época de Plutarco.

Restituídos a la ciudad de Atenas sus habitantes, Aristides se pudo dar cuenta, de que se mostraban deseosos de restablecer la perfecta democracia, y como pensaba por una parte, que aquél pueblo era muy digno de consideración, y por otra no juzgase fácil el oponersele siendo poderoso en armas y hallándose ensoberbecido con sus victorias, escribió un decreto, para que el gobierno fuese común e igual a todos, ordenando también que los arcontes pudieran ser elegidos sacados de entre el común del pueblo, cosa que hasta entonces no se había hecho.

Como antes de que Temístocles cayera en desgracia, dijera éste al pueblo que tenía un plan magnífico para conseguir que Atenas se colocara en el primer lugar entre las ciudades griegas, pero que la idea de cómo realizar éste proyecto no podía comunicarse a todos los helenos; los ciudadanos decidieron que se lo revelase privadamente a Aristides, y que si él aceptaba, la idea se pondría en práctica, sin necesidad de convocar al pueblo; ¡tal confianza llegaron a tener en la justicia de Aristides!. Como la idea de Temístocles era poner fuego a la armada de los griegos, porque con ésto serían los de Atenas los

nas, honrado y querido de todos. Cratereo de Macedonia, afirma que después del destierro de Temístocles, el pueblo le cobró una multa, pues fué acusado de haberse dejado sobornar por los jonios, y como no tuviera con qué pagar, se retiró al mar de Jonia, donde murió, pero ésto no parece ser verdad.

Desaparecidos todos los grandes hombres que se habían distinguido en las primeras contiendas contra los Persas, quedó predominando en Atenas, Cimón; que inmediatamente se ocupó de reanudar la guerra. Tomó decididamente la ofensiva, y logró expulsar a los bárbaros de la costa meridional del Asia Menor, mientras su tropa se hizo fuerte en Panfilia, cerca del río Eurymedón. Cimón se ocupó primeramente de aniquilar a los barcos persas, y conseguido su propósito, desembarcó, derrotando a los que se encontraban en tierra. Esta victoria dió por resultado la rendición de las costas pobladas por griegos, los persas quedaron reducidos a la defensiva, mientras la liga Ateniense cobraba su mayor esplendor. Los persas que aún lograban mantenerse en sus guarniciones del litoral y el Quersoneso tracios fueron también anquilados y arrojados de ahí.

La última expedición contra los persas fué dirigida por Cimón. Llevaba el propósito de reconquistar Chipre, y mientras la flota se encontraba bloqueado a Citión, el general griego falleció, teniendo que levantarse el sitio debido a una epidemia. No obstante, cuando los atenienses regresaban, obtuvieron aún una doble victoria en Salamina, pero Chipre continuó en poder de los persas. Después de ésta campaña, como Atenas y Esparta estaban ya en guerra, y todos los combatientes cansados por la prolongada lucha, se acordó dar por terminadas las hostilidades, mediante un convenio que se ha llamado Paz de Cimón, aún cuando efectivamente fué firmado por Callias, ya que aquél había muerto. Por dicho tratado los persas reconocían el mar Egeo como propiedad de los griegos, y se comprometían por lo tanto, a no enviar jamás a dicho mar, un barco de guerra. Admitiendo así mismo, que no se aproximarían a la costa a menos de tres días de navegación.

Ya desde la antigüedad se puso en duda la existencia de este documento, parece ser, sin embargo, que sí existió, y aún cuando no significó gran cosa para Atenas, ya que era simplemente una fijación de límites que dió por terminadas las guerras Médicas.

En adelante, Persia debía seguir tomando cartas en los asuntos de los helénicos, pero ya no en forma abierta, ni valiéndose tampoco de las armas, sino fomentando en Grecia, por medio de su dinero, el

más poderosos, no pudo ser aceptada para ejecutarse. Aristides resolvió que no era posible llevarla a cabo, y el pueblo admitió su decisión.

Aristides fué nombrado general para la guerra, en compañía de Cimón, pues los espartanos que primero dirigían el movimiento se habían corrompido, por lo que se dejó el mando a los atenienses. Así se fundó la liga marítima delo-ática, cuya cabeza era Atenas. El proyecto, se realizó gracias a Aristides, jefe de los navios atenienses estacionados en Bizancio; pues habiéndosele encomendado el fijar el tributo que cada ciudad debía pagar para los gastos de la guerra, procedió con tal equidad, que concluyó los tratados entre Atenas y las otras ciudades, dejándo contentos a todos, ya que en nada se comprometía la libertad de los interesados en la liga, lo que hubiera destruido a ésta. Para la deliberación de los asuntos más importantes se reunían los miembros de la dieta en la isla santa de Delos.

Las ciudades de la Calcídica, Eubea, las Cícladas jónicas, Lásbos, Samos y las jonias y eolias del Asia Menor desde el Helesponto a la Propóntide, entraron desde luego a la Liga, lo que hizo a Atenas dueña del mar Egeo.

Durante ésta época, quien más se distinguió fué el hijo de Milciades, Cimón, que procuró mantener relaciones amistosas con Esparta, cosa que ya Temístocles, desde tiempo atrás, había comprendido que no sería posible por mucho tiempo. Cimón gozó de la simpatía del pueblo, y pudo sostenerse en el puesto de general por espacio de 14 años. Consiguió expulsar las guarniciones persas de Europa, cuyo centro era Eión, y también logró arrojar a los piratas del Egeo, todo ésto antes de la muerte de Pausanias y el destierro de Temístocles.

Aristides murió poco después de 470. "Platón teniendo por grandes y dignos de nombradía a muchos atenienses, dice que sólo éste es digno de memoria, porque Temístocles, Cimón y Pericles, llenaron la ciudad de pórticos, de riquezas y de muchas superficialidades, y sólo Aristides la inclinó con su gobierno a la virtud". (21).

Aristides usó de su justicia tratándose de amigos y enemigos, aún con el propio Temístocles, pues jamás se valió de su poder para proceder en su contra, ni para hacerle daño alguno, antes bien, acusándolo Alcmon, Cimón y otros muchos, él no se aprovechó de la oportunidad que le brindaba la fortuna, para vengarse del destierro al cual aquél lo había condenado, sino que no hizo ni dijo cosa alguna que le fuera contraria, "ni se holgó de ver en la desgracia a su enemigo, así como antes no lo había envidiado en su dicha"

No se sabe dónde murió, unos dicen que fué en el Ponto, desempeñando negocios de la República; otros cuentan que sucumbió en Ate-

gérmen de destrucción que en ella misma llevaba; es decir, ayudando a una ciudad contra las demás, logrando por este camino que los valerosos helenos se aniquilaran sin necesidad de recurrir a otro enemigo que el de la envidia y la venganza que en todas las ciudades habitaba.

NOTAS AL CAPITULO TERCERO:
(Ver Bibliografía general).

- (1) HERODOTO: Los nueve Libros, pág. 100 y sig.
- (2) HERODOTO: Los nueve Libros, pág. 333 y sig.
- (3) JENOFONTE: Anábasis.
- (4) HERODOTO: Los nueve Libros, pág. 11 y sig.
- (5) HERODOTO: Los nueve Libros, pág. 115 y sig.
- (6) HERODOTO: Los nueve Libros, pág. 150 y sig.
- (7) HERODOTO: Los nueve Libros, pág. 158 y sig.
- (8) HERODOTO: Los nueve Libros, pág. 225 y sig.
- (9) PLUTARCO: VIDAS PARALELAS: pág. 273 y sig.

"A la gloria de Temísticles no pudo contribuir su obscuro origen, porque su padre Neocles, no era de los distinguidos en Atenas, siendo de Frear, uno de aquéllos pueblos de la tribu Leóntide; y por la madre era espurio, según aquéllos versos:

Soy Abrotono; Freisa en el linaje:
pero a los griegos con orgullo digo
que del grande Temístocles soy madre".

- (10) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 277 y sig.

"Contribuía además para hacer mayor esta oposición, la semejanza en la vida y en los caracteres; porque siendo Aristides dulce y bondadoso por carácter, y gobernando no con la mira de congratarse ni con la de adquirir gloria, sino con el deseo de lo mejor, atendiendo únicamente a la seguridad y a la justicia, se veía precisado a contradecir a cada paso a Temístocles, que en muchas cosas conmovía a la muchedumbre y la arrastraba a grandes novedades, y a detenerle con ésto en sus progresos..."

- (11) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 277 y sig.

- (12) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 278 y sig:

"Si con ellas perjudicó o no al orden y buen sistema de gobierno, ésta es investigación de más alta filosofía; pero que la salud le vino a la Hélade del mar, y que aquéllas galeras volvieron a levantar a la ciudad de Atenas de sus ruinas, además de otros argumentos, lo reconoció el mismo Jerjes; pues con tener intactas todas las tropas de tierra, huyó al punto después de la derrota de sus naves, como que no había quedado en estado de pelear, y si dejó a Mardonio, más fué en mi concepto para impedir a los griegos su persecución, que no para que los sujetase".

- (13) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 313 y sig.

Herodoto: Los nueve Libros ⁷⁹ -

- (14) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 250 y sig.
 - (15) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 282 y sig.
 - (16) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 283 y sig.
 - (17) HERODOTO: Los nueve Libros, pág. 394 y sig.
 - (18) TUCIDIDES: Historia de la Guerra del Poloponeso.
 - (19) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 309 y sig.
 - (20) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 311 y sig.
 - (21) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 347 y sig.
-

CAPITULO CUARTO

LOS PERSAS DE ESQUILO

Esquilo nació, muy probablemente, en el año de 525 A. C., sin que podamos afirmar de una manera categórica que sea ésta la fecha de su venida al mundo. Fué un ateniense de Eleusis. Provenía de una antigua y noble familia. La tradición nos ofrece, desde el principio de su vida, leyendas que lo ponen en contacto, desde luego, con las divinidades. En efecto, cuéntase que siendo aún el poeta, un niño de pocos años, se le apareció Dionysos, y le ordenó que escribiera dramas. Descartado este acontecimiento del todo inverosímil, volvemos a encontrar otro dato, más o menos fidedigno, y que sí puede calificarse de histórico; pues parece ser, según el testimonio que nos ofrece Luidas, que cuando Esquilo tenía más o menos 25 años (499 A. C.) se presentó por primera vez, como competidor para obtener el premio que se daba a los autores de las mejores tragedias. En esta ocasión, no tuvo éxito, y sólo logró obtenerlo algún tiempo después. (24).

En su edad viril, afianzó su escuela, y siguiendo los anhelos de su juventud, llegó a escribir como un notable poeta dramático. Logró de esta manera, como ya hemos dicho, que en el año de 485 A. C., debido a su maestría, perfección y conocimientos, fuera declarado vencedor en los certámenes trágicos. (23).

Algún tiempo después, trabajó en compañía de un hermano suyo, de nombre Amenias, y en colaboración con éste, logró escenificar una parte de la famosa batalla de Salamina; según parece, ocho años más tarde escribió Los Persas.

Sabemos que en 478, es decir, dos años después de haberse efectuado la batalla de Salamina, Esquilo estuvo en Sicilia, como huésped de Hierón, notable tirano de Siracusa. Plutarco, en sus *Vidas Paralelas*, al hacer la Biografía de Cimón, relaciona la partida de Esquilo a Sicilia, con la primera victoria que, debido a su tragedias, pudo obtener el joven Sófocles.

Esquilo escribió una pieza llamada Los Atenienses, para celebrar la fundación de la nueva ciudad de Etna. Este acontecimiento, según el testimonio de Diodoro, tuvo lugar el año de 476 A. C.; es decir, seis años ántes de la fecha mencionada por Plutarco. El famoso drama

parece que fué escrito cuando Esquilo contaba 47 años. (478 o 479 A. C.).

Coincide esta fecha, con la erupción del Etna, ocurrida en 479 A. C.

Es sabido también, y parece ser verdad, que el poeta murió en Gela, en Sicilia, cuando contaba 69 años de edad. Su obra bastísima, contaba cerca de ochenta tragedias, de las cuales solamente siete han llegado hasta nosotros, y entre ellas *Los Persas* de la que vamos a ocuparnos. (22).

Los Persas de Esquilo es un relato que no puede considerarse, desde luego, como algo solamente teatral, sino que debe admitirse como una verdadera narración histórica de una batalla naval, referida por uno de los combatientes, que a más de haber sido, por tanto, un testigo presencial de la guerra, sabía contar lo que veía.

Ya desde la antigüedad, Aristóteles le concede pleno valor, y tanto la descripción de los acontecimientos, como la de los lugares por él mencionados, tienden a ratificar ésta opinión. El relato de Esquilo es, por tanto, y sin duda ninguna, el mejor documento que poseemos. Por lo que hace a los detalles de la batalla misma, podemos afirmar que es mejor que el que nos presenta Herodoto, 40 años más tarde, no obstante que éste, trabajó con más material, y mayor conocimiento de los antecedentes y consecuentes que tuvo esta campaña, en el desarrollo de las Guerras Médicas.

Los informes que nos da Esquilo de la retirada del ejército persa son un poco más vagos, cosa perfectamente explicable, puesto que esto sólo lo conocía de oídas, y no le habíacado en suerte, el verlo por sus propios ojos, como ocurrió con los acontecimientos de la batalla.

En 472, el Imperio era poco conocido por el pueblo griego, sólo tenían de él, unas pocas referencias, dadas por sus colonos de Asia Menor, pero carecían de un conocimiento preciso de lo que los persas eran, de lo que hacían y de lo que pretendían. Esquilo nada sabía de Astiages. Desconocía los movimientos por los que había pasado el pueblo, y las vicisitudes por las que éste había atravezado ántes de su gestación, por ello, su relato se refiere unicamente a Salamina, la noche antes del combate y el día de éste. (1).

Hay motivos para suponer que *Los Persas*, tal como han llegado hasta nosotros, no está completa, sino que formaba parte de una trilogía, siendo ella la obra central.

Los Persas es la primera pieza histórica de la literatura Europea. En 449 es la batalla de Salamina, y los griegos celebran su vic-

toria en una tragedia *Los Persas* de Frínico. En 472, aparecen *Los Persas* de Esquilo, que llevan el mismo título de la obra de Frínico, se refieren al mismo asunto y llevan en general semejanza con el desarrollo de aquélla.

Entre los años 78 y 72, es posible que hubiera representaciones dionisiacas, referentes a este asunto, y como una fiesta anual de la victoria. *Los Persas* es, por tanto más bien una celebración nacional, que una pieza moderna que conmemora el armisticio. No era la primera vez que un asunto histórico era contado en un drama. Frínico había escrito sobre la toma de Mileto, pero como durante la representación el pueblo prorrumiera en un llanto general, el poeta fué multado con 1000 dracmas por haber renovado la memoria de tales desgracias, y se prohibió, así mismo, que nadie en adelante se atreviera a representar semejante drama. (2).

Con *Los Persas* de Esquilo se trata de un asunto diferente, no se va a lamentar una derrota, sino a conmemorar una victoria, sin embargo, como se refiere en una tragedia, Esquilo tiene que ir al campo contrario, con los vencidos, y no con los vencedores, con los que han sufrido el rigor de los dioses, que no con aquéllos a los que les han sido propicios. No había empero, ningún peligro en tomar para la representación un acontecimiento que acabara de pasar, pues no se iba a cantar en ella la gloria de ninguno de los helenos combatientes, sino que solamente aparecían en conjunto, como la idea del pueblo, y no había porque despertar envidia y rencillas. Por lo que hace a los persas, la cosa se presentaba completamente diferentes, eran precisamente como convenían a la tragedia, algo exótico y lejano, que no estaba expuesto a las emociones de la época, son tan intangibles y heroicos como el dios y los héroes, puede aparecer el rey, y puede increparse como se increpa a un dios derrotado, a un *Prometeo encadenado*, los propios nombres de los que ahí figuran son lejanos, sonoros, como ecos de un mundo distante o imaginario, como un Olimpio en miniatura, es algo perfectamente adecuado para este teatro, por que fácilmente se convierte en sobre-humano como eran las representaciones trágicas. (3).

Los Persas en Esquilo, son insaciables y hasta impíos con respecto a los dioses, pero no seres odiados, no es una propaganda a la guerra helénica, ni trata de rebajarse a los vencidos, son magestuosos en medio de su derrota, todos respetables y respetados. Atossa, en su papel de reina, de esposa y de madre, es sencillamente arrogante, como cualquier divinidad griega. Dario, es el viejo rey, el buen padre del pueblo, no menos digno, ni menos imponente, aún la figura de

Jerjes, no se encuentra rebajada, ha sido, si se quiere, salvaje y cruel, impulsivo y atolondrado, pero no ha obrado así porque es persa y no heleno; sino porque es joven, y falto de experiencia en los problemas de la vida. Es un contraste entre el viejo y el nuevo rey, en que aparece más grande Darío, y más pequeño Jerjes, por haber vivido más aquél, y si se quiere, por ser mejor, pero ámbos son igualmente sublimes en la derrota y ambos saben sufrir.

La Obra de Esquilo pudo haber sido hecha por un persa, y ¿por que no? también se puede ser héroe derrotado, y se necesita quizá mayor grandeza para ser magestuoso en la derrota, que para serlo en el triunfo.

La escena se desarrolla en el interior de Persia, a Esquilo no le interesa la geografía del lugar ni le importa, coloca ahí a sus personajes, porque ahí se imagina que deben encontrarse, pero no porque lo sepa de cierto.

Al empezar la tragedia, aparece el coro de los llamados fieles, antiguos soldados al servicio de Darío, a los que el nuevo rey, Jerjes, encargó de velar por el país durante su ausencia. Los ancianos esperan nuevas sobre la Hélade, se hallan entristecidos por la falta de noticias, recordando la pompa del ejército que vieron marchar animoso para emprender aquella campaña. Se quejan de que han partido los mejores, y Persia ha quedado desamparada. (4).

Su corazón se levanta conforme hablan, las glorias del ejército son incontables, la victoria será segura, porque nadie puede contener a los pueblos de oriente. “¿Y quién habrá, aunque salga al paso con inmenso torrente de hombres, que pruebe a detener con él, como un valladar firmísimo, las nunca vencidas olas de los mares? Que es el ejército persa imposible de resistir, y su pueblo de ánimo esforzado”.

Esto es absolutamente verídico, probablemente no decían los bárbaros estas mismas palabras, pero es innegable que los medas estaban seguros de que la conquista de Grecia era una cosa completamente sencilla, quizá ya no la juzgaban tan rápida como la había supuesto Darío, y de ahí la duda expresada primeramente por los Fieles.

El coro prosigue narrando las victorias del Imperio, han conquistado la tierra, y ahora se lanzan al mar, sin que nadie pueda detenerlos, y sin embargo. ¿Puede el hombre librarse de los designios del Dios? algo extraño flota sobre el ambiente, y las mujeres, “que contaban los días que no acababan jamás”, lloran la ausencia de los han partido. Los ancianos temen por el ejército: “Atormentame el temor

de que alguna vez se encuentre nuestro pueblo con que la gran ciudad de Susa quedó privada de sus hijos; con que sus ayes responden los ayes de la fortaleza de Cissia, y las mujeres en confuso tropel, van repitiendo iguales lastimeras voces, mientras caen hechos jirones sus ricos velos de lino". (5).

Los sentimientos de los persas están muy bien captados, es el pensamiento del invencible que se ha visto derrotado una vez, aún reconoce que es fuerte, y el pensar otra cosa sería sacrilegio, pero, sin que pueda evitarlo, cierta desconfianza se desliza en su ánimo, como un ladrón al amparo de la noche. Aquélla derrota, fue un accidente, una mera casualidad que favoreció a los helenos, pero... ¿y si se repitiese?.

En ese momento se presenta Atossa, altiva y soberbia, es la madre del rey, aquélla escogida con la que Dario compartió su lecho; en tal instante, y en ausencia de su hijo, tiene en sus manos todo el poder. Los ancianos la saludan con respeto, no ocultándole sus temores, que la reina, lejos de desmentir, confirma; también ella sospecha que algo malo puede haber ocurrido a los que partieron: "También a mí los pensamientos me atormentan el alma. Yo os lo diré todo. Jamás me veo libre de temores." Revelado este terrible presentimiento Atossa pide consejo al coro, para que le intérprete los extraños sueños que ha tenido, en los cuales ha visto caer a Jerjes, porque lo ha derribado en su carrera una mujer de Grecia.

El consejo de Ancianos, le indica que lo mejor es que dirija sus plegarias a Dario, que ha muerto, y a quién ella ha visto en sueños; pero antes de que se retire creen de su deber animarla, juzgando que todo acabará por tener buen suceso. Atossa inquiere acerca del pueblo heleno: ¿quiénes son? ¿cómo viven? ¿dónde se encuentra Atenas? ¿Cómo se gobierna la ciudad? ¿Con que ejército y armamento cuenta?. La reina oídas las respuestas del coro, duda de que tales hombres puedan derrotar a Jerjes, pero los ancianos, como prudentes recuerdan la campaña de Dario; y a la sola mención de tal desastre, la mujer se extremese y sobresalta, ¿qué será del ejército Persa? La respuesta le sale al paso, aparece un mensajero, que ha venido corriendo a traer nuevas de los que han partido, agitado se dirige a Atossa, pronunciando palabras inconexas, que sin embargo son comprensibles para la reina, porque algo ya le había advertido lo que le iba a anunciar.

El mensajero se lamenta de ser portador de malas nuevas, las noticias no pueden ser peores: Artembares, Dadaces, Tenagón, Lelayo, Arsamenes, Argesto, y tanto otros ilustres hijos del Imperio, han

desaparecido para siempre, han perecido en la campaña, las costas y los mares están llenos de cadáveres, que son devorados por las aves de rapiña. Atenas se mantiene, mientras vivan sus hombres, el muro de sus pechos es irrompible. La Acrópolis y la ciudad han sido destruidas pero todos los habitantes se hallan en los barcos, y lejos de desalentarse por la invasión del Ática, se defienden encarnizadamente, sin que sea posible hacerlos retroceder.

Las palabras del mensajero en su totalidad parecen ser arrancadas de las páginas de la Historia. Las noticias tal vez son verdaderas y los autores están de acuerdo en este punto. Es ésta la parte de la tragedia que más interesa para nuestro estudio.

Dice aquel, en respuesta a las preguntas de Atossa: "Si en el número de naves hubiera estado, ten por seguro que los bárbaros hubiésemos llevado la mejor parte, porque todo lo que tenían los helenos eran 300 naves, y de ellas lo de reserva; pero Jerjes, y ésto lo se bien, contaban con mil bajo su mando, fuera de 207 que sobrasalían por muy veleras. Esta es la cuenta justa..." (6).

Plutarco acepta como fidedigno el testimonio de Esquilo, admitiendo que siendo un "testigo de vista, podía asegurarlo". (7).

Si hemos de juzgar por lo que éste afirma, las naves del Ática, suprimidas las de reserva eran 180, y cada una tenía sobre la cubierta 18 hombres de armas, cuatro de ellos flecheros, y los demás hoplitas bien armados. Estas eran pues las fuerzas que iban a enferntarse.

Prosigue el Mensajero: "...Un Heleno de la armada de Atenas vino diciendo a tu hijo Jerjes que así que cerrasen las negras sombras de la noche, los helenos no permanecerían en sus puestos, sino que saltando presurosos a los bancos de las naves, cada cual por su lado intentaría salvar la vida, con callada y secreta fuga. El, que lo oyó, no recelando engaño en el heleno, ni malquerencia en los dioses, luego al punto ordena a todos los capitanes de nave, que tan pronto como el sol deje de enviar sus rayos sobre la tierra, y la obscuridad se enseñore del dilatado templo del eter, que dispongan los más de sus numerosas naves en tres órdenes, para guardar los pasos y derrotas de aquéllos mares, y otras formadas en círculo todo alrededor de la isia de Ajax. "Porque si los helenos, por cualquier camino que se os oculte, escapan de la ruina que los amenaza, todos vosotros pagaréis con vuestra cabeza." Nada sucedió durante la noche"...

Veamos lo que dicen otros autores: desde un principio los griegos entraron en duda de la conveniencia de combatir en aquél punto. Asienta Herodoto que los Helenos en Salamina discutieron sobre el lugar que sería más adecuado para atacar, pareciéndoles que era el

Istmo, en el Pelopenoso; pues combatiendo en la isla si eran vencidos serían rodeados, sin esperanza ninguna de socorro. (8).

En ese momento, llegó un ateniense para dar la noticia de que el bárbaro se hallaba en el Ática, en Atenas, y que no habiendo podido descubrir más habitantes que los que guardaban el templo de Minerva había puesto sitio a los defensores. Estos no obstante haberse mantenido heroicamente por algún tiempo, a la postre habían caído en poder del enemigo, con lo que los invasores habían podido saquear el templo y poner fuego a la ciudad; enseguida, sabedores de que los atenienses estaban en Salamina, se dirigían a tal sitio.

Temístocles preguntó entonces a Mnesifilio que era lo que se había acordado, con referencia al lugar donde debía presentarse la batalla, a lo que éste le respondió que había decidido ir al istmo. Temístocles pensaba, y con razón, que una vez llegados ahí, se desbandarían, y además era mejor aprovechar aquél sitio; así pues, por consejo de Mnesifiles o por propia iniciativa, fué en busca de Euribiades, para disuadirlo de tan nefasta idea. En ese lugar, según cuenta la leyenda, fué donde aburrido el espartano de la alegata del ateniense, levantó su bastón en actitud amenazante, pero Temístocles, atento a los intereses de su Patria, sin perder la paciencia, y sin alterarse le dijo: "Pega, pero escucha"; y Euribiades, conmovido por este gesto, se decidió a reconsiderar el asunto, y convocó nuevamente a los generales. Temístocles se esforzó por convencerlos, exponiendo a Euribiades la importancia de la decisión que iba a tomar, puesto que siendo los barcos de Grecia poco numerosos no les convenía en ninguna forma, el salir a luchar en mar abierto. Por otra parte, en Salamina se encontraban las mujeres e hijos de los atenienses, y finalmente logrando detener ahí al bárbaro, se salvaba igualmente el Peloponeso. Momentáneamente, los generales quedaron convencidos, y se resignaron a esperar a los persas y presentarles batalla. (9).

Jerjes llegó a Salamina, pero como era tarde, aplazó el combate para el día siguiente. Los griegos, viendo tan cerca la numerosa flota, empezaron a temer, e insistieron en su primitiva idea de retirarse hacia el Istmo; desesperando entonces Temístocles de volver a convencerlos, y viendo que tenía perdida la partida recurrió a una medida radical, y envió un aviso a los persas, anunciándoles que durante la noche los griegos pensaban huir. Jerjes hizo pasar una parte de su tropa a la isleta de Psitolea y rodeó con su flota a Salamina. (10).

Plutarco confirma también ésta versión, diciendo que viéndolo Temístocles que ya se había dado la orden a los gobernantes de las galeras, para retirarse al Peloponeso, "sintió en su corazón el que he-

lenos, malograran la ventaja del lugar de aquéllas estrecheces" y una vez que abandonaran la isla, lejos de permanecer unidos, única forma en la que podían salvarse, se esparcieron por sus respectivas ciudades, pensando cada uno en defender lo suyo. En vista de ella, hizo llamar a Siquino, esclavo suyo, de origen persa, ayo de sus hijos, en quien tenía ilimitada confianza, y sin que nadie tuviera conocimiento de ello, lo mandó al rey Persa, con orden de que le dijera que era enviado por Temístocles, general de los atenienses, el cual deseaba abandonar a los suyos, y mirando con simpatía la causa de los bárbaros se unía a ellos, y le anunciaba, para probar lo antes dicho, que los griegos iban a retirarse valiéndose de la obscuridad de la noche. Por lo tanto, él podía muy bien rodearlos, y sorprendiéndolos de improviso causarles tal desconcierto, que con facilidad pudiera hacerles grandes bajas y derrotarlos completamente. Para ello, era menester cortarles todo camino posible. Jerjes tomando este aviso por verdadero, y confiando en él, ordenó al instante que fueran llamados los capitanes de las galeras; ejecutando inmediatamente lo que Temístocles le había sugerido dispuso todo de tal manera que no escapase ninguno de los enemigos, y sus fuerzas navales fueran aniquiladas. (11).

Los Helenos, entre tanto, continuaban deliberando cuando se presentó Aristides, que no obstante haber sido desterrado por ostracismo, siendo el primero en darse cuenta de que estaban completamente rodeados, olvidando ante el peligro, su enemistad con Temístocles marchó rápidamente a la tienda donde se encontraba éste, para darle cuenta de que los bárbaros los habían rodeado, siendo imposible la retirada, que solo les acarrearía mayores desastres. Temístocles le agradeció la noticia y le confesó la verdad, confiándole su secreto y pidiéndole que animara a los helenos a combatir en aquél sitio, pues él no podía entrar a comunicar la nueva a los griegos, porque posiblemente sabiendo que siempre se había opuesto a marchar al Peloponeso, dudarían de su palabra.

Aristides fué en busca de los generales, lográndo convencerlos, y aún cuando seguían desconfiando del éxito que pudiera coronar a la empresa, ante lo irremediable, y como los Tenios confirmaran la noticia de encontrarse cercados, se resignaron a presentar batalla.

Según algunos autores Aristides se retiró después; Cornelio Nepote dice que no tomó parte en el combate, pero Plutarco afirma lo contrario.

Vemos pues que el relato de Esquilo es confirmado plenamente, no encontrando más diferencia que el hecho de que mientras él afirma que quien llevó el mensaje de los griegos a Jerjes era un heleno,

Plutarco asegura que era persa, pero ésto puede tener múltiples explicaciones.

Continúa la tragedia: Cuando llegó la aurora, los griegos avanzaron en medio de grandes gritos, lo que hizo estremecer a los bárbaros, puesto que su clamor no era el producido por el temor y el miedo, sino que más bien parecía como si se animaran para el combate, por medio de cantos guerreros; y a una señal de los que dirigían las galeas, la escuadra griega apareció ante los invasores. "El cuerpo derecho venía el primero en buen orden, haciendo la guía; detrás marchaba todo el grueso de las naves, y bien se podían oír ya de cerca estas voces que de ellas salían: "Oh hijos de la Hélade, andad, libertad a la patria; libertad a vuestros hijos, a vuestras esposas, y los templos de los dioses de vuestros padres, y las tumbas de vuestros mayores. Por todo ello váis ahora a empeñar la lucha." Por nuestra parte respondiéles la algaraza de nuestro grito persa, no había ya lugar de esperar más. Pronto una nave clava su broncíneo espolón en una nave nuestra; era una nave helena que había comenzado el abordaje, y que hizo pedazos todo el aparejo de un bajel fenicio"...

Herodoto afirma lo siguiente: La nave de Aminias, hermano de Esquilo, embistió contra una nave enemiga, clavando en ella el espolón, y como no pudiera librarse acudieron los otros griegos en su socorro, empezando así la batalla; en la que los persas sacaron a relucir un valor innegable y del cual no habían dado pruebas anteriormente. (12).

Sigue hablando Esquilo: "A lo primero, el torrente de naves de Persia resiste la arremetida, más así que aquella multitud de barcos se vió apretada en una angostura donde no se podían valer los unos a los otros, ellos mismos se herían con sus espolones de cobre, y quedaban andadas enteras de remos". La matanza es enorme. No hay piedad para el vencido. El ejército bárbaro, temiendo que sus dioses lo han abandonado se retira desordenadamente, sufriendo pérdidas irreparables y dejando la flor de su juventud flotando ensangrentada sobre las aguas.

Es una táctica del todo semejante a la empleada por los helenos en la batalla de las termópilas, aprovechando la geografía del lugar como un medio para disminuir las fuerzas del enemigo, obligándolo a inutilizarse el mismo, debido a lo numeroso del contingente con que cuenta.

Este desastre nos es explicado claramente por otros historiadores que completan con sus datos la narración del poeta trágico. Dice Plutarco que Temístocles supo escoger también el momento oportuno

para el ataque, pues antes de salir a combatir, con gran astucia esperó a que llegara la hora en que solía soplar un fuerte viento de mar, sabiendo que el oleaje no perjudicaría para nada a las naves griegas, porque eran muy bajas, pero sí causaría graves daños a las bárbaras, que a más de tener muy levantada la popa, tenían elevada y alta la cubierta, lo que las hacía mucho menos ligeras y seguras que las de los helenos. (13).

“A más de esto —narra Herodoto— después que empezaban a huir las naves más avanzadas, entonces era cuando perecían muchísimos de la escuadra, porque los que se hallaban en la retaguardia procuraban entonces adelantarse con sus galeras, queriendo también que los viese el rey maniobrar, y por lo mismo sucedía que topaban con los otros de su armada que ya se retiraban huyendo.” (14).

No es ésto todo, la cólera de los dioses no se ha aplacado aún y Atossa debe oír todavía la continuación de sus desgracias: “Hay un islote, frente a las costas de Salamina, casi cerrado a las naves; en sus orillas acostumbraba a juntar sus coros el dios Pan. Allí era donde Jerjes había enviado sus tropas porque cuando deshecho el enemigo buscáse su salvación en aquél lugar, pudiésemos hacer fácil presa en él, y acabar con todo el ejército heléno, y además para que pusiéramos en salvo aquéllos de los nuestros a quienes arrojase en los riscos la furia de los mares”.

Muy cara debía pagar el rey esta imprudencia, y mucho debió lamentar la excesiva confianza que había dispensado a su ejército. pese a todos los esfuerzos de los bárbaros el desastre de los persas fué completo, y los vencedores desembarcan en la isla, sin que los vencidos pudiesen valerse, “y, por último, échanse todos de golpe sobre ellos, y cortan, y degüellan y hacen cuatos a los infelices, hasta que no quedó a vida ni uno solo. Jerjes, que vió aquél océano de desastres, lanzó un ay lastimero. Porque tenía su trono en una elevada colina cerca del mar, desde la cual atalayaba todo el campo.” “Rasga sus vestiduras, rompe en agudos gemidos, manda que al punto marche en retirada el ejército de tierra, y él mismo se pone en desordenada fuga. He aquí la calamidad que sobre la primera tendrás que lamentar ahora” (15).

Herodoto explica la actitud del Gran rey diciendo que viendo Jerjes el resultado de la batalla, temió que los jonios aconsejaran a los griegos destruir el paso del helesponto, cortándoles en esta forma la retirada, y habiéndolo perdido toda esperanza de triunfar, determinó huir salvándose él mismo, y a los pocos hombres que le quedaban. Envió entonces un aviso a Susa, dando noticia de su desgracia, lo

que causó ahí profunda consternación, atribuyéndose la causa del fracaso a Mardonio.

La tropa Persa se dirigió al Helesponto, para guardar el puente de barcos y permitir el paso del soberano. Los griegos, por su parte, viéndo que los persas se habían puesto en fuga, tuvieron la idea de perseguirlos, y Temístocles, deseando acabar con ellos, pretendió tomarles la delantera, y marcha rápidamente para destruir el puente, y acabar de una vez con todos los bárbaros que se habían atrevido a emprender la campaña de conquista. Plutarco asegura que Aristides se opuso a que esta idea fuera realizada, puesto que pensaba que viéndose Jerjes en tal forma sitiado, pelearía desesperadamente, y quizá lograra obtener la victoria. "La prueba del acierto de Temístocles y Aristides se tuvo en Mardonio, pues con no haber peleado en Platea sino con una pequeña parte de las fuerzas de Jerjes, corrieron gran riesgo de su entera destrucción". (16).

Herodoto sostiene que esta medida debe atribuirse a Euribiades y no a Aristides, es el hecho que Temístocles cambió de idea, vencido por la fuerza del argumento, y deseando a toda costa que los bárbaros tornasen a sus dominios, para urgirlos a darse prisa, envió un nuevo recado al persa, advirtiéndole que los helenos deseaban marchar al Helesponto, pero que él procuraría detenerlos para darle ocasión de huir, pero que partiese lo ántes posible, pues no podía asegurarle cuanto tiempo lograría retrasarlos. (17).

Un poco más vagamente la tragedia nos relata todavía la retirada del ejército de tierra, que marchó por Beocia, atravezando la Phócida y la Dórica, los llanos vecinos al golfo de Melias, los campos de Acaia y las ciudades tesalias; pasaron Magnesia y Macedonia, vadeando el Axio, cruzaron los cañaverales de Bolbes, el monte Pangeo y la comarca de Edonia, atravezando el Estrimonio gracias a una helada prematura, que permitió a la tropa cruzar durante la noche. Al amanecer el hielo empezó a derretirse y los que no habían pasado aún perecieron en las aguas, los pocos sobrevivientes cruzaron la Tracia, y regresaron a Persia, derrotados y en forma muy distinta de como saliera el flamante ejército que iba contra Grecia. (18).

Herodoto está de acuerdo en que la retirada se hizo por Beocia, no quedando en la península más que Mardonio con los Inmortales, excepción hecha de su capitán, Hidarnes, que no quiso abandonar al monarca. Parece ser que el gesto de Mardonio se debió también en gran parte, al temor que experimentó de regresar a Persia, sospechando que no sería muy bien recibido, dado el fracaso de la expedición.

El final de la tragedia nos dá muy pocos datos históricos, terminado el relato del mensajero, Atossa se lamenta de las desgracias que han caído sobre Persia, pues no obstante que está enterada de que su hijo se ha salvado milagrosamente, recuerda a los muchos que han perecido; quájase a los ancianos de lo mal que han interpretado sus sueños, puesto que pensaban que la postre todo terminaría en forma favorable para ella y para su hijo; y se retira a hacer libaciones después de recomendar que en caso de que el rey llegara lo acompañen a casa.

El coro se queda solo, recordando las victorias del viejo monarca, Dario, lamentando las desdichas que han caído sobre el nuevo soberano, Jerjes. "El mismo rey, según hemos oído apenas pudo escapar de manos de los jonios, atravezando los ásperos caminos y tierra de la helada Tracia". No se les oculta a los ancianos que la desgracia ocurrirá en Grecia será de enorme repercusión en el Imperio: "Ya no vivirán sujetos a la dominación de Persia los pueblos de Asia, ya no pagarán el tributo a que los obligaba la ley de la servidumbre; ya no escucharán de rodillas la voluntad del que fué su señor. El imperio del rey quedó aniquilado". (19).

En una palabra, el prestigio Persa ha sido destruído, ya no son los poderosos, ni los invensibles, porque un pequeño pueblo les ha hecho sufrir varias derrotas, y el fracaso es tanto más amargo, cuanto más insignificante y desorganizado parecía el vencedor. El Imperio Persa ha sido rebajado para siempre.

Después vuelve a salir Atossa, palabras sublimes son las suyas, y no entrañan ninguna deshonra para la personalidad de la reina, muy por el contrario, ha sido la voluntad de los dioses el humillar a Jerjes, ¡y que pueden hacer los mortales ante la voluntad de sus señores!

En compañía del coro invoca a Dario, cuya sombra se presenta e inquiera noticias sobre lo ocurrido, los ancianos apenas se atreven a hablar; apremiada por el difunto rey, Atossa refiere lo ocurrido, Jerjes ha destruído el poder persa.

Dario se sobresalta: "¿ Y Cómo se aventuró el desdichado a ese necio intento, por tierra o por mar?" —pregunta.

Y responde Atossa: "Por mar y por tierra. Dos ejércitos formaban la expedición; dos frentes presentaban al enemigo".

Vuelve a interrogar Dario: "¿ De qué manera la gente de a pié pudo llevar a cabo la travesía de Piélagos tan dilatado y profundo?"

"Atossa: Uniéndo Jerjes con cierto artificio entrambas grillas del estrecho de Helles a fin de tener un paso para el ejército".

Ya hemos visto también que estos datos son absolutamente verdaderos, siéndo necesario en efecto construir un puente de barcas sobre el Helesponto, para facilitar el paso del ejército.

Dario piensa entonces, que algún dios maléfico, a no dudar, debió apoderarse del ánimo de su hijo.

Atossa continúa refiriéndole las calamidades que el ejército persa ha sufrido en el trascurso de la campaña contra Grecia, cosa que el Gran rey ya esperaba, por haberselo anunciado así los dioses, pero sin embargo creía que no ocurriría precisamente durante el reinado de su hijo, de Jerjes, "¡El, que esperaba que había de encadenar el sagrado Helesponto como a un esclavo, e impedir que corriesen las divinas aguas del Bósforo! ¡El, que con echar a sus ondas unos grillos bien forjados presumió forzarle a torcer sug natural impulso, y abrir ancho camino para su inmenso ejército! ¡Desaconsejado mortal, que creía que había de ser más poderoso que todos los dioses y que Poseidón!"

Alude aquí Esquilo a la leyenda según la cual habiénd destruido la tempestad el puente de barcas que sobre el Helesponto había mandado construir el Gran rey, éste hizo dar fuetazos al mar, arrojar grilletes a sus aguas y descapitó a los ingenieros; según Herodoto, temeroso después de que ofrendido el dios tomara reperesalias por el insulto que le había hecho, Jerjes arrojó a las aguas una copa de oro, consiguiéndo así aplacar la cólera divina.

Atossa expone las razones que tuvo Jerjes para emprender la malhadada campaña: El deseo de realizar conquistas como lo hiciera su padre, y el consejo que sobre el particular le diéran hombres funestos.

Estos datos, aun cuando son ya muy discutibles se basan también en noticias legendarias. El deseo de Jerjes por imitar a sus antecesores, realizando notable conquistas, es del todo verdadero. En cuanto a si el rey necesitó que alguno lo instigara para lanzar a la guerra contra la Helade, es asunto que no está bien dilucidado, pero el hecho es posible, y seguramente debió llegar a oídos de Esquilo, como un dato comprobado.

Dario hace historia de los medas y de los persas, posiblemente el griego vacía en ellas los conocimientos que los helenos tenían de lo que era el Imperio. El viejo rey termina desengañando a los fieles en cuanto al resultado de las futuras campañas que emprendan contra Grecia, porque "Hasta la tierra misma pelea por los helenos", pide que traten a su hijo como corresponde, porque aún cuando en esta ocasión ha sido derrotado, no por ello ha dejado de ser rey, y como

a tal le deben obediencia, respeto y fidelidad. Después de éstas palabras Dario desaparece, retirándose al lugar donde habitan los muertos. (20).

Para terminar la tragedia se presenta por fin Jerjes, majestuoso en medio de sus miserias, a pesar de su traje destrozado.

El coro, aún alentado por leve esperanza se dirige al rey, interrogándolo acerca de la suerte del ejército que con él partió, para someter a Grecia. El Gran rey, dá cuenta, entre lamentos, de la muerte de todos, la derrota ha sido completa; comprobada la verdad de ésta desgracia, exclama el coro:

—“¡No huye del combate el pueblo jonio!”—

Y Jerjes responde: “Es un valerosísimo pueblo, no esperaba yo la derrota que he presenciado”.

Es un tributo de admiración rendido al pueblo vencedor, pero que en nada rebaja la dignidad del vencido, es, por el contrario, un consuelo haber sido derrotados por hombres valerosos que no retroceden jamás.

Después de éstas palabras Jerjes se retira llorando su derrota, y el coro marcha tras él, en medio de ayes lastimeros por los caudillos que han desaparecido para siempre, y por el destruído imperio, que nunca más volverá a levantarse.

Vemos que los antiguos griegos encontraban una línea de división mayor entre lo propiamente histórico y lo absolutamente poético, que la que encontramos nosotros. La influencia de la Historia era también distinta. No obstante, sin el especial dominio de los griegos en la escena, puesto que como hemos visto, no aparecen en ella, éste es nuestro único ejemplo de un drama histórico, que el record de la literatura helénica ha conservado en la memoria. Por lo general, el asunto histórico queda excluído de la tragedia griega, así que *Los Persas* son únicos en su género en cualquier punto de vista que quiera considerarseles. Es perfectamente explicable, que el asunto histórico se excluya del drama, pues debido al carácter religioso que se mostraba en las tragedias, aparecían en ellas los dioses familiares, a los cuales nos hemos referido ya en otro capítulo de este ensayo.

Se ha dicho, que *Los Persas* es la obra más imperfecta de todas las escenificadas por Esquilo, pero, a pesar de la inovación de tratar un asunto histórico, que presentaba la desventaja de referirse a hechos y personajes contemporáneos, esta afirmación no puede sostenerse sobre una base sólida, puesto que tanto por lo que hace a las partes descriptivas, como por lo que se refiere a la retirada del monarca, y los detalles mismos del combate, están descritos con una fuerza y

viveza de colores tal, que es difícil que otro autor pueda superarlo. El interés de la lectura crece conforme se desarrolla el drama, que es en sí mismo, magnífico y solemne.

Ya hemos dicho, que no está libre de exageraciones, porque, sobre todo refiriéndose a la retirada de los bárbaros, la verdad histórica puede estar parcialmente modificada, puesto que se buscaba una bella descripción poética y no la constatación de asuntos históricos. Quizá también el contraste entre Dario y Jerjes está también un tanto exagerado.

Por lo que hemos dicho hasta ahora, es posible asegurar, que pese a estas pequeñas modificaciones y fantasías anotadas, podemos considerar a *Los Persas* como el mejor documento histórico que poseemos, para describirnos la batalla de Salamina, que impresionó de tal manera el ánimo de los helenos, que incluso la utilizaron como un dato para precisar la época en que vivieron los tres grandes trágicos griegos, y así decían: Esquilo combate en ella, Sófocles canta en el coro de niños que celebra la victoria y Eurípides nace en aquél momento.

La obra de Esquilo, es en efecto, más que una historia, porque con su relato no solo nos refiere los hechos pasados, sino que hace revivir ante nuestros ojos aquél pueblo bárbaro, y aquél otro helénico, cuyo recuerdo será imprecadero en la historia de la cultura humana. *Los Persas* es una poesía, una historia y una filosofía.

NOTAS AL CAPITULO IV.

(Ver Bibliografía general).

- (1) GILBERT MURRAY: Aeschylus: The creator of Tragedy, pág. 112.
- (2) HERODOTO: Los nueve Libros, pág. 102.
- (3) GILBERT MURRAY: Aeschylus: The creator of Tragedy, pág. 127.
- (4) ESQUILO: Los Persas.
"Y en fin, los pueblos todos de Asia, armados de sus mortales dagas, siguen luego bajo la venerada conducta de su rey. De esta suerte ha partido la flor de los hijos de Persia, y esta tierra de Asia que los crió, llóralos con amor ardentísimo; y las madres y las esposas cuentan temblando los largos días de un tiempo que no se acaba jamás". pág. 93.
- (5) ESQUILO: Los Persas, pág. 94.
- (6) ESQUILO: Los Persas, pág. 103.
- (7) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 291.
- (8) HERODOTO: Los nueve libros, pág. 328 y sig.
- (9) HERODOTO: Los nueve libros, pág. 335 y sig.
- (10) HERODOTO: Los nueve libros, pág. 344 y sig.
- (11) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 289 y sig.
- (12) HERODOTO: Los nueve libros, pág. 350 y sig.
- (13) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 292 y sig.
- (14) HERODOTO: Los nueve Libros, pág. 352 y sig.
- (15) ESQUILO: Los Persas, pág. 107.
- (16) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 283 y sig.
- (17) HERODOTO: Los nueve Libros, pág. 394 y sig.
- (18) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 300.
- (19) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 309.
- (20) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 311.
- (21) PLUTARCO: Vidas Paralelas, pág. 347.
- (22) JOHN STUART BLACKIE: The Lyrical Dramas of Aeschylus.
- (23) PAUL GUIRAUD: Vida Pública y Privada de los Griegos:
"Las fiestas en honor de Dionysos (Leneanas y Dionisiacas) ofrecían de particularidad que en ellas se daban representaciones dramáticas durante 3 o 4 días. En el siglo V, se admitían

tres poetas trágicos y tres poetas cómicos. Los primeros aportaban cada uno cuatro obras, tres de las cuáles formaban una trilogía, es decir, una historia trágica en tres partes, en tanto que la cuarta era un drama satírico. Los segundos no entregaban cada uno, más que una comedia. Estas obras, por lo demás, eran bastante cortas. La Trilogía de Esquilo que ha llegado hasta nosotros (Agamenón, Coéforas, Euménides), constituye un total de 3,796 versos, y las comedias de Aristófanes tienen por término medio 1,400 versos". Pág. 329.

Estas comedias y tragédias, como ya dijimos, tenían decorados poco complicados, y servían para toda la obra. "Cuando había necesidad de cambiarlos como en el *Ajax* de Sófocles, ignoramos la tramoya, porque no había telón. Los fantasmas ("*Persas*" de Esquilo), surgían de debajo de la escena, ya por una escalera oculta, ya por un escotillón,"—pág. 330.

- (24) "Terminadas las representaciones, una comisión de diez miembros, nombrados a la suerte entre los ciudadanos más competentes, concedía el premio al poeta trágico y al poeta cómico, cuyas obras habían sido juzgadas mejores. Primitivamente este premio era un macho cabrío para la tragedia, un cesto de higos y una ánfora de vino para la comedia. Más tarde fué una corona de hiedra, que en el escenario era entregada al poeta por el arconte, en presencia del pueblo reunido".—Pág. 332.

Tanto en las tragedias, como en las comedias, todos los papeles, incluso los de las mujeres, eran desempeñados por hombres. Los actores trágicos tenían calzados de piso muy alto y grandes pelucas. Los reyes y las reinas que precisaban ser representados en la escena llevaban túnica con mangas que bajaban hasta los pies. Esta túnica estaba adornada con bandas de colores muy vivos en los personajes dichosos. Para los fugitivos y los desgraciados, el color era gris, verde o azul. Para el luto era negro. Las mujeres llevaban, a veces, en sus vestidos, colas. Eurípides hizo aparecer a algunos de sus héroes con el jilón desgarrado, pero se le censuró. Encima llevaban los comediantes una especie de chal, comunmente de vivos colores. Los dioses y las diosas se distinguían por las insignias que ostentaban: Egida, caduceo, tridentes, etc.—Pág. 331. op. cit.

CAPITULO QUINTO

LA CULTURA HELÉNICA

¿Cuál es la importancia de las Guerras Médicas? ¿pueden considerarse como una serie de batallas de un pueblo contra otro? ¿un acontecimiento que pudo tener un resultado adverso y diferente del que tuvo, sin que por ello la humanidad hubiese experimentado cambio ninguno? Ciertamente que no. Si las guerras médicas hubiesen sido solo una sucesión de batallas, de fechas, de nombres, el asunto no presentaría más que un escaso interés. Que fuera Persia o Grecia quien tuviera la supremacía, no importaría mayormente, pero hay algo más.

Persia al dominar al mundo oriental, representaba el resumen de su cultura; puede decirse que en ella estaba compendiado por modo admirable, todo lo que los hombres habían pensado en el transcurso de muchos siglos. Ahí estaba el legendario Egipto, la culta Caldea, la combativa Asiria, e incluso la China llena de misterio y la fastuosa India.

Grecia es un país pequeño, acaba de nacer, como quien dice, y sin embargo, ya el estudio de su corta historia, porque la Historia Griega es relativamente reducida, significa para nosotros algo que tiene más importancia y trascendencia que el estudio que pudiéramos hacer sobre cualquier otro pueblo. Con excepción del Cristianismo, los griegos fueron los que diéron principio a la mayor parte de las cosas de que el mundo moderno puede vanagloriarse. A ellos se debió el origen de la libertad política, el principio de la literatura histórica, la oratoria, la poesía, la escultura, la agricultura, la matemática, la física, la política, la filosofía y tantas otras cosas que constituyen el saber humano. La mente griega miraba al mundo tan solo en su lado de belleza, llamaba al universo Cosmos, es decir, orden divino. En la inspiración de los griegos, las artes se hacían religión, y la religión terminaba en las artes. El heleno rindió culto a la humanidad, comprendió al hombre y se arrojó en la naturaleza humanizándola también.

Es verdad que, como afirma Tucídides "muchas cosas demuestran que la vieja manera de vivir helénica era parecida a la bárbara; los helenos hacían una diferencia entre los bárbaros del Norte, valientes y libres, pero incapaces de reflexión, de artes, política, y man-

do, y los pueblos del Asia, reflexivos y cultos, pero enervados y por ésto, en servidumbre". He aquí, la distancia entre oriente y occidente, Grecia dió al mundo el primer ejemplo de una democracia. Entre los persas, ya lo hemos visto, el individuo era aniquilado por el servilismo. El soldado persa, bien mandado, era innegablemente, valiente y arriesgado, despreciaba y no temía a la muerte, cualquiera que ella fuera, pero la menor derrota o la más pequeña duda en el éxito lo desalentaba y hacía huir, la masa absorbía al individuo y lo hacía ser inconstante en la guerra. La lucha contra los persas hace que los griegos, por primera vez se den cuenta de la enorme diferencia que hay entre ellos. Los asiáticos no son alegres, son pueblos sometidos que no sienten impulsos patrióticos ni se interesan por el bien común. Encontramos que en los imperios orientales solamente había un amo y sus súbditos; en las comunidades griegas, el pueblo obraba y decidía de por sí, no era responsable políticamente, ante ninguna otra autoridad por la consecuencia de sus actos. Ya volveremos a referirnos a este punto, porque este estado de libertad, aparejado al genio innato de los griegos, fué lo que ocasionó esa extraordinaria expansión de la mente humana y del progreso realizados en todas las artes de la civilización.

Entre el asiático y el griego había una enorme diferencia, incluso en lo que concierne a sus divinidades, los dioses griegos son más bellos de apariencia que los dioses bárbaros, que representan animales con múltiples pies.

Los griegos defienden su mito, y lo ponen en relación con el mundo real, a toda costa. Todo fenómeno natural, un poco extraño, tiene una explicación mítica y sobre-natural. Se buscaba constantemente para localizar todas las leyendas míticas, y los supuestos huesos de los héroes, se guardaban con veneración y respeto. Los dioses y los hombres provenían de la misma raza, después de todo, sus deidades tenían los atributos de una humanidad glorificada, la mayoría de los héroes eran hijos de los dioses, y ésto no lo encontramos en ningún otro pueblo, pues si bien es verdad que el faraón se decía hijo de Dios, y Dios él mismo, cuando Hecateo de Mileto se vanagloriaba ante los sacerdotes Egipcios de Tebas, de descender en la decimosexta generación de un dios, recibió la respuesta de que ningún hombre procede de Dios. (1).

En Grecia, por el contrario, los héroes muchas veces habían sido engendrados por los dioses incluso en épocas completamente históricas. El heleno se encontraba siempre en mundos fantásticos. En efecto, cuando un griego se hallaba rodeado de la soledad, se creía

en compañía de seres misteriosos y divinos, así por ejemplo, Pan y Artemisa estaban en los desfiladeros de las montañas, en las cavernas moraba el famoso Dionysos o la gran Madre, etc.

En todas las ocasiones se creían rodeados por las divinidades y amparados y defendidos o atacados por ellas. Así ocurrió por ejemplo en las batallas de Maratón y Salamina, donde con su ayuda, pusieron en fuga a los terribles persas. (2).

Algunos escogidos siempre pudieron hablar con las divinidades. Ésta era la orientación espiritual del pueblo. La filosofía griega, sale de la moral y de la religión, por éso se ha dicho que la filosofía nace en el templo y sale cantando. No es posible negar que Grecia fué, sin duda ninguna, la creadora de la razón humana. Sería necio pretender afirmar que fué la única que nos habló de pensamientos y filosofía, teniendo una cultura completamente autónoma y libre de toda influencia extraña. Es verdad que la relación moral aparece en Hesiodo y en Homero, sin apartarse de la narración, pero quizá en el fondo hay una contribución de Oriente, pero sin embargo de ello, nuestra civilización proviene de Grecia y no es posible encontrar puntos de contacto mas que, acaso muy remotos, con las civilizaciones de Oriente, y aún más, los rudimentos de arte y literatura, y los principios de organización política y social que recibió de las naciones del Este (Asia Menor, Egipto y Fenicia), fueron impresos con un carácter nuevo y original.

Fué Grecia la verdadera iniciadora de Europa, y a ella directamente o por medio de Roma, debemos nuestra escritura, nuestro comercio, nuestras artes, nuestras técnicas perfeccionadas, nuestra ciencia y nuestra filosofía, la forma misma de nuestro espíritu.

Hay una gran diferencia entre el pensamiento Helénico y la cultura de Oriente, en efecto, entre los orientales, ha dicho Henri Berr "el que sabe es depositario de secretos divinos, es sacerdote, poeta, mago, taumaturgo, pero el pensador, es decir, aquél que hace profesión de pensar por sí mismo, aquél que señala con su nombre hasta las ideas que recoge, porque la calidad de su instrumento intelectual le da autoridad e inspira confianza, es una novedad". En Oriente el dios lo hace todo, el hombre es sólo su intérprete y cumple sus mandatos, el Occidente es más pagano, confía en los dioses, pero por si acaso no le oyen hace las cosas él mismo, "el amor desinteresado del orden eterno de las cosas" (Milhaud) o "la necesidad de explicar lógicamente" (Lolande) no lo habíamos encontrado ántes del florecimiento de la civilización griega. La idea del yo se debe a Grecia. Dice el Dr. Caso: En la conciencia de nuestra cultura, la idea de per-

sona rige las manifestaciones religiosas, filosóficas, éticas y estéticas, todos los valores se conjugan en torno del yo. (3).

Trátase de una nueva actitud frente al problema de la vida, y una nueva forma genial, de intentar resolverlo.

Es verdad que mucho había adelantado la humanidad ántes de que los helenos estuvieran capacitados para tomar la antorcha de la cultura e iluminar con ella el camino de la ciencia, nadie se atreverá a negar que todos los dominios del conocimiento los pueblos de Oriente y de Egipto habían transmitido a los griegos un número considerable de datos, reglas, y procedimientos útiles en la vida cotidiana. Sabido es que Babilonia en sus inscripciones cuneiformes de Sinkereh había dejado ya un sistema de numeración a base de 60 o de 10, estudiando también la astronomía, lo que le había permitido hacer ciertas predicciones sobre los eclipses, y si bien es verdad que éstas eran aún muy aventuradas, cábele el mérito de haber realizado un esfuerzo para alcanzar este conocimiento.

Egipto en su Manual Calculador dejó su distribución de raciones, problemas sobre los salarios, evacuación del rendimiento alimenticio de los granos, tablas de concordancia para las medidas, algunos otros cálculos numéricos aislados de sus aplicaciones prácticas, pues los egipcios demostraron en los procedimientos del cálculo una torpeza que demuestra la ausencia de toda concepción general de reglas. Existe además un papiro llamado de Kahum donde se encuentran cálculos referentes a las propiedades del triángulo 3, 4, 5, que emplearon para la orientación de las pirámides o del templo. La misma observación habían hecho los chinos y quizá los hindús. Pero éstas no son más que simples observaciones sugeridas por problemas prácticos; no cabe dudar, no obstante de que ésto era un gran mérito, y bastante hubiera sido conservarlo todo, pero los griegos no se detuvieron ahí, porque siempre tendieron a seguir adelante, hacia el infinito; no era suficiente conservar, tampoco lo era el aumentar indefinidamente la lista, había que comprender la razón de lo que les era dado como un conjunto de procedimientos empíricos; "quisieron justificar con los solos recursos de su inteligencia las reglas que habían conducido a los hombres a una lenta observación". (4).

Ellos, únicos entre todas las naciones de la tierra, salieron de la barbarie por sus propios esfuerzos, sin ayuda alguna. Por eso es que se ha dicho con justicia que los griegos son el pueblo más notable que ha existido, porque en cada una de las ramas del saber humano dieron los primeros pasos, que naturalmente han servido de base a los restantes. Las veinte centurias que han pasado desde que Grecia fué

reconocida como la más adelantada de las naciones del mundo, han añadido poco en comparación, para el desarrollo y fines alcanzados desde el punto de vista intelectual de nuestra naturaleza. Es evidente, de todas suertes, que si por acaso nuestra cultura y civilización se hubieran unido directamente a la cultura y civilización helenística, muy pocos serían los conocimientos esenciales que hubiéramos perdido, porque no hay casi ninguna idea, invención o institución especial, que no tenga por lo menos su germen en el libre y claro genio de la Hélade.

Dice el insigne filósofo alemán Berdiaeff: "Ningún oriental romanticismo, ya sea cristiano, indico, o de cualquier otra procedencia logrará jamás apagar la flamante antorcha, la poderosa antorcha vital, que para orientación del mundo, encendió, antes que nadie entre los griegos la ciencia pitagórica de la naturaleza".

Este esfuerzo se advierte claramente en los siete sabios de Grecia, que más que sapientes fueron prudentes y legisladores; pudiéndo decir otro tanto de Focílides de Mileto, Teognis de Megara, que se encuentran entre los poetas nómicos o sentenciaros, o el propio Tales de Mileto, que modificó los métodos de investigación y exposición. Mileto recibe influencias de los lidios y las civilizaciones de Babilonia y Egipto, así como de la antigua civilización helénica o minoica.

Tales representa algo nuevo con respecto a la ciencia oriental y a la cosmogonía, su espíritu de investigación es muy diferente, considerando que la tierra está sobre el agua, porque el agua es el principio de todas las cosas, admitiendo además que el alma es motriz.

Anaximandro es también científico en su investigación. La escuela de Pitágoras toma el número por principio de las cosas y buscando la ley suprema en la armonía de oposiciones nocionales, supera en mucho la física de la escuela de Mileto, poniendo los fundamentos de la *Metafísica*. (5).

Hay más filosofía en Heráclito de Efeso, con su doctrina del Devenir, concibiéndo además la oposición de los contrarios.

"Así se explicaría la constitución gradual de una mitología física, que tuviera ya alguna universalidad y poseyera un valor propio, independiente de la religión." Este último carácter es visible en los poemas Homéricos, las historias de los dioses están ya constituidas en leyendas profanas y despojadas, por lo tanto, de esa majestad que es propia de las sagradas.

De la mitología ha de nacer la filosofía. Ahora bien, para no apartarnos de nuestro asunto, ¿los mitos giregos proceden de los orientales? ¿Hasta qué punto es lícito el afirmar que hayan sido ins-

pirados en el Rig Veda de la India, o en el Poema de la Creación de Babilonia o en el Libro de los Muertos de Egipto? Es innegable que entre los libros sagrados hay cierta semejanza, pero podría decirse que aún cuando ésta existe, bien puede ser que no sea debido a influencia directa, sino a una reacción idéntica de la conciencia colectiva, según leyes aún mal conocidas. Todas las tribus ignoran su origen, y al mismo tiempo, temen y admiran las fuerzas naturales, la conciencia colectiva se proyecta y dá explicaciones semejantes a problemas semejantes.

Los griegos llegaron a la Hélade procedentes de fuera, como ya hemos dicho, y muy pronto ellos mismos olvidaron su peregrinación, perdiendo toda noticia de su marcha y de su lugar de origen, llegando a tener como un honor el ser autóctonos de la tierra donde habían nacido los primeros hombres. (6).

Sus dioses eran también los nacidos en Grecia, aún cuando todo ésto se pierde en la noche de los tiempos, sin que la mitología nos permita fijar ninguna fecha concreta. Sin embargo, el mito es como otra historia de Grecia, el pueblo griego se mantuvo en la cúspide hasta tanto no comenzó a desviarse del mito. Él era su juventud, porque los helenos fueron el pueblo eternamente joven. El heleno tenía fé en sus mitos.

Ésto nos hace suponer, que los mitos fueron elaborados en Grecia, no obstante las opiniones se dividen, y la verdad es que nada sabemos con certeza respecto a éste punto; pero hay influencias orientales que son de todo punto innegables y se hallan perfectamente comprobadas: a la India se dibió la astronomía; Egipto, gracias a su casta sacerdotal parasitaria, y que por tanto podía dedicarse a elaborar las ciencias culturales, pudo ser la cuna de las matemáticas, y aún hay quien asegura, que Tales y Pitágoras fundadores de la ciencia griega, no hicieron más que importarla de Egipto. Afirmase también, que el celebrado saber de Demócrito se debió a sus viajes por la India, Caldea, Egipto, Persia y Etiopía, lo que vendría a corroborar una vez más lo que ya hemos repetido tantas veces, ésto es que la civilización griega no es absolutamente autónoma, pero el mérito de Grecia no estuvo en sacar algo, de la nada; porque ésto hubiera sido de todo punto imposible, nada puede brotar de la nada, Grecia supo hacer producir todos los frutos a la herencia que había recogido, pues efectivamente, con todos los elementos que había recibido, formó "el tipo más armonioso y completo de Humanidad".

Los helenos unieron la energía del carácter a la inteligencia, y a ello se debió sin duda el maravilloso equilibrio y armonía que es fa-

cilmente observable en las obras de su literatura, lo mismo que en las de su arte.

“El heleno siempre ha mostrado la razón en lo imaginativo, el ingenio en lo sentimental, la reflexión en lo pasional”. (7).

Es bien sabido de todos, que los griegos fueron navegantes, viajeros que pudieron conocer todo el mundo antiguo, estableciendo relaciones de comparación con otros pueblos que habían aparecido años antes que la civilización Helénica, pero no siempre la civilización más antigua posee la ciencia más avanzada. La influencia del oriente, además, no debía ser tan preponderante, debido a la dificultad del lenguaje. Los griegos tuvieron varias aptitudes, fueron acomodaticos y curiosos, en el mejor sentido de la palabra, lo que les hizo aventurarse por todos los caminos de la ciencia: Moral, Historia, Geografía, Ciencias Naturales, Filosofía, Matemáticas, etc.

La tradición tuvo enorme influencia, pero nunca llegó al grado de ahogar la individualidad, “jamás que sepamos, la ciencia oriental, a través de tantos siglos de existencia, ni aún después de su contacto con la ciencia de los griegos parece haber superado las preocupaciones utilitarias o las curiosidades de detalle, para elevarse a la pura especulación y a la determinación de los principios”.

Por lo tanto, lo que los primeros sabios griegos pudieron recibir del Oriente fueron los materiales acumulados por una experiencia muy antigua, los problemas propuestos a la reflexión desinteresada, que habían logrado entrever otros pueblos más antiguos. Quizá, si ellos no hubieran existido, es probable, que la ciencia griega no habría podido constituirse, o tal vez habría tardado varios años más en madurarse y alcanzar su desarrollo; sin embargo y como por otra parte estos primeros sabios en lugar de tener como propósito inmediato la acción buscaron la explicación racional, en ella y en la especulación hallaron inmediatamente el secreto de la acción. Tal es el nuevo punto de vista de donde ha salido nuestra ciencia.

Que el pensamiento tomara ese carácter nuevo, y se transformara en especulativo es uno de los aspectos del milagro griego, y sin duda ninguna sería de todo punto injusto rechazar este término basándose para ello en el pretexto de que Grecia recibió de Oriente una buena parte de sus materiales intelectuales: mitos religiosos, conocimientos prácticos y procedimientos técnicos, porque es evidente como ya hemos dicho, que nada nace de la nada, ya Longe había afirmado: “no podemos admitir ya un contraste absoluto entre la originalidad y la tradición. Las ideas como los gérmenes orgánicos, vuelan lejos, pero se desarrollan más que en su suelo propicio. La

verdadera independencia de la cultura helénica tiende a su perfección y no a sus comienzos”.

Todo ésto se explica fácilmente, los griegos experimentaban en ellos mismos, los dolores humanos, sufrían por ello; no obstante, los helenos amaban a la vida en todas sus manifestaciones, gozaban de sus pensamientos y de sus sentimientos, inclinándose al optimismo. (8).

El griego tuvo en sus sentidos una función especial que es la que sin duda alguna lo caracteriza, él solo, supo palpar el marmol con la mirada: los ojos y los oídos fueron para él receptores de la impresión rotunda, completa, “el alma era para el griego auténtico, en última instancia la forma de su cuerpo. Así lo definió Aristóteles”. (9).

Sin embargo, hay que decirlo todo, en ciertos aspectos, es imposible negar que los helenos fueron más desgraciados de lo que muchos suponen. Es verdad que ellos lo hicieron todo libremente, pero el sentido de la libertad griega hay que entenderlo partiendo del supuesto de que la Polis era algo a lo que no era posible substraerse, ni tan siquiera en la religión podía el individuo eludirla, pues también ella formaba parte del Estado, y no se podía tener la seguridad de la bondad y misericordia de los dioses.

Los pensamientos democráticos de Grecia se encuentran mejor representados en Atenas, y los vemos manifestarse claramente en el discurso de Pericles a los muertos:

“...pues tenemos una República que no sigue las leyes de las otras ciudades vecinas y comarcanas, sino que dá leyes y ejemplos a los otros, y nuestro gobierno se llama Democracia, porque la administración de la República no pertenece ni está en pocos, sino en muchos. Por lo cual, cada uno de nosotros, de cualquier estado o condición que sea si tiene algún conocimiento de virtud, tan obligado está a procurar el bien y honra de la ciudad como los otros, y no será nombrado para ningún cargo, ni honrado, ni acatado por su linaje o solar, sino tan sólo por su virtud y bondad. Que por pobre o de bajo suelo que sea, con tal que pueda hacer bien y provecho a la República, no será excluído de los cargos y dignidades públicas...”

Es decir, el griego se dió cuenta desde un principio del problema que aún ahora preocupa a los filósofos y sociólogos del mundo, el papel que debe desempeñar el hombre frente a la sociedad y la sociedad, frente al hombre, para impedir que éste pierda su libertad, y al mismo tiempo no perjudique a la comunidad en que vive.

Sigue diciendo Pericles que se gobiernan libremente, manteniéndose en el justo medio en sus adversidades y triunfos, no entristeciéndose ni alegrándose demasiado, ésta virtud es propia de los hele-

nos, que procuraban también preocuparse del bien particular y del bien común para no infringir las leyes, porque, ya decían Cleón: Hay mejor gobierno en aquella ciudad que usa de sus leyes constantes y no revocables, aunque sean malas, que en aquella que teniéndolas buenas, firmes y establecidas, no las guarda inviolablemente.

El Discurso a los Muertos se refiere también a los recreos celebrados por los helenos, a sus juegos y contiendas públicas así como al comercio relizado entre las diversas ciudades, afirmando sobre todo que prefieren el descanso cuando no hay necesidad de trabajar en demasía, éste es uno de los puntos más importantes, el griego podía disponer de sus ratos de ocio, y aquí se encuentra el secreto de muchas de las cosas que elaboraron; el bárbaro, que no podía disponer libremente de su tiempo, era un esclavo, que difícilmente podía dedicarse a la cultura. En este sentido, el ateniense era muy superior al espartano, porque éste, en su afán de prepararse para la guerra, no conoció la paz, y la cultura y la guerra pocas veces se dan la mano.

El ateniense sabía que no era preciso exponerse a peligros cuando no era necesario, ni preocuparse de los trabajos y miserias ántes de que éstos se presentaran, el espartano hacía todo lo contrario, y el bárbaro iba todavía más alelante, por eso desconoció la parte más amable de la vida. Los griegos, por lo general, decían, cuando las desgracias llegan, "las sufrimos con tan buen ánimo y corazón, como los que siempre están acostumbrados a ellas" (10).

Viviendo en la opulencia, los helenos eran templados, sin avergonzarse tampoco de la pobreza, sino de la malas obras. En efecto, el griego no desdeñó los trabajos humildes sino hasta después de haber entrado en contacto con los pueblos Orientales.

"Justo es —decía el mismo Pericles— que el que no puede servir a la Patria en otra forma, la sirva valientemente en la guerra, anteponiendo el bien de la Patria al del individuo, conservando la tradición de los grandes antepasados que también lucharon por el bien de todos". Esto significaba una diferencia más con Oriente, los persas carecían del sentido patriótico, los griegos no temían la guerra, porque decían la felicidad es libertad y la libertad es felicidad, y el temor de perder esta libertad los hacía combatir esforzadamente, pues aún admitiendo que era locura preferir la guerra a la paz, estaban de acuerdo en aceptar que era mejor la muerte a la vida como un esclavo, porque decían el que habla de la paz, cuando puede imponerse la tiranía, engaña a la patria, porque se debe amparar y defender la libertad común, aún sacrificando al individuo: "En cuanto a lo que al bien público toca, pienso que es mucho mejor para los ciu-

dadanos que toda la República esté en buen estado, que no que a cada cual en particular le vaya bien, y que toda la ciudad se pierda".

Los griegos eran enemigos de la tiranía, el oriente representaba el poder absoluto, por eso no podía haber paz, los tiranos eran amigos de Persia, y el pueblo enemigo de ella. El oriente no comprendía la voluntad común, para él había una sola cabeza: la del monarca, y una sola voluntad: su capricho.

Se ha dicho, y no sin razón, que el pensamiento y la libertad son la cultura misma; el griego amaba la libertad, pero ya hemos dicho que esta libertad no se concebía sino dentro de la Polis, ya Aristóteles decía que el hombre es el animal político, es decir, un ser político por naturaleza. Desde la fundación de una ciudad, advertimos la importancia que se le concedía a este acontecimiento, era indispensable empezar por realizar un sacrificio, invocando a los dioses, para que se dignasen prestar su protección a la nueva Polis, pues sabido es que una ciudad abandonada por los dioses era considerada como maldita; de ahí que en las guerras Médicas, convencidos los Atenieses de que los dioses se habían marchado, no vacilaran en abandonarla para refugiarse en las barcas. La Polis frecuentemente era amurallada, para defenderla de posibles invasores, puesto que las ciudades no siempre eran fundadas pacíficamente. El desarrollo del espíritu griego no es fácilmente imaginable, muy por el contrario, difiere del de cualquier otro pueblo, el Agora y el Simposio eran las dos grandes ocasiones de conversar de que disponía el griego.

Una ciudad muy populosa, decían los helenos, no es posible que aspire a poseer una política, así mismo, otra poco poblada no puede subsistir; por ello procuraban mantenerse en un término medio, considerando siempre a la Polis y subordinándolo todo a ella, pero es bueno advertir, que no se trata de una preferencia de lo general a lo individual, creerlo así sería un error imperdonable, se prefiere a la Polis porque es lo permanente, mientras que los individuos son pasajeros. No se piensa solamente en esta ciudad, sino en la ciudad, que deberá subsistir a través de las generaciones, por ello la Polis es un producto natural de orden superior; en efecto, la ciudad ha nacido para hacer posible la vida, "pero una vez existente, perdura para que se viva una vida más justa, dichosa, noble, a poder ser, perfecta" (11).

Esto explica el porque de que el espíritu griego y su cultura guarden esa íntima relación con la Polis. Se pelea por la ciudad y para la ciudad; si se obtiene un triunfo ha ganado la Patria, no el ciudadano, por eso hemos dicho en un capítulo anterior, que no había peligro en que Esquilo glorificara a los griegos en Los Persas, se canta

al triunfo y a las victorias de la Polis, porque frente a la ciudad y sus intereses no hay garantía ni en la persona ni en la propiedad. La Polis es en sí misma una religión, ésto la protege contra nuevas doctrinas. Para ejercitar la devoción bástale al griego con ser un buen ciudadano, en toda la extensión de la palabra. Para el heleno un mal ciudadano no podía ser un buen hombre, y el hombre, como individuo, no se concebía sino unido al hombre como ciudadano.

La Polis es la verdadera religión, y por ello la lucha por la ciudad, tiene el aspecto de la lucha religiosa. Por éso, ya que las ciudades estaban casi siempre en desacuerdo, manteniendo luchas constantes entre sí, al estallar las guerras, se podía combatir en cualquier forma, por bárbara y terrible que fuera, siguiendo el viejo axioma de que el fin justifica los medios. Lo importante es el bien de la Patria y todo lo demás, se subordina a ello, el parentesco, que con el culto a los antepasados mantiene la unidad de la familia y el derecho sobre el suelo, ya no existe; se trata solamente de una lucha sin cuartel, triunfa el poderoso y cae el débil, como en todas las guerras, la justicia no existe, tiene la razón quien tiene la fuerza.

Para iniciar la batalla era necesario una previa declaración de guerra, y de dicho, los estados que no se encontraban directamente interesados en los conflictos de los beligerantes, podían sin cometer por ello delito alguno, manifestar su resolución de permanecer neutrales, al márgen de los acontecimientos como simples espectadores de la lucha que se desarrollaba, y absteniéndose por tanto, de tomar partido por uno u otro bando; pero efectivamente la neutralidad no era respetada. Las ciudades no beligerantes eran invadidas con frecuencia para preparar ataques y contra ataques, siendo por le general, las más perjudicadas en la contienda, y teniendo que sufrir todas las consecuencias de las desaveniencias de los estados.

No hay misericordia para el vencido, lo mismo es que sea bárbaro (si se trata de una contienda contra el extranjero), o que sea griego, (si la lucha es intestina). La única esperanza de salvación es el deseo de enriquecerse, porque si ésto ocurre, el vencedor puede desear reclamar un rescate por la vida del vencido, y en este caso, contentarse con mantenerlo cautivo hasta tanto que reciba el precio estipulado. De lo contrario, cualquier tormento es poco, y cualquier crimen justificable. El sistema de represalias era común y corriente, a crueldades incalificables correspondían venganzas mayores, lo mismo es que se tratara de un soldado sorprendido con las armas en la mano, que de un pacífico ciudadano. No había cuartel, en tiempo de guerra no hay misericordia. Cuando una plaza era tomada todo

pertenecía al vencedor y la ciudad vencida era arrasada por completo. Por lo general los hombres eran sacrificados, y las mujeres y los niños reducidos a la esclavitud. El obrar en forma menos cruel, era considerado como un acto gratuito de clemencia. Frecuentemente a los prisioneros se les cortaba la mano derecha o se les marcaba en el rostro. Los dioses eran también llevados prisioneros, para impedir que la ciudad quiera reedificarse. Desde un principio hubo entre los helenos, algunos hombres que trataron de hacer modificar estos crueles principios, pero no lo consiguieron, la suerte del vencido era siempre terrible, sólo las capitulaciones podían salvar a los habitantes, en efecto, dice Cleón en uno de sus discursos: (12)

“Considerad que voluntariamente nos rendimos, que venimos humildes, con las manos tendidas y que las leyes de Grecia, prohíben matar a los que así se presentan...” y se afirma más adelante: “Por ser cosa natural perdonar fácilmente al que se rinde de buen grado, y perseguir a los rebeldes y obstinados con peligro de nuestra persona, aunque ántes no pensaremos hacerlo...” (13).

Sin embargo, los heraldos, que tienen carácter religioso, eran considerados sagrados, y estaba prohibido causarles algún mal. Menos aún atreverse a darles muerte, pues infaliblemente se incurría en la cólera de los dioses, como ocurrió con los espartanos que tuvieron la osadía de asesinar a los enviados de Jerjes. No sucedía lo mismo cuando se trataba de los embajadores pues éstos no gozaban de inviolabilidad, y generalmente una vez que cumplían su misión ante el enemigo eran sacrificados o retenidos. Casi siempre los templos de los dioses eran respetados, juzgándose como un sacrilegio el entregarlos al pillaje; pero algunas veces, los invasores haciendo a un lado sus escrúpulos religiosos, destruían las estatuas y saqueaban los tesoros de los santuarios. Los cadáveres no debían ser mutilados y casi siempre se concedía tiempo para rendir honores a los jefes fallecidos, y pruebas de ello las encontramos en Homero, Tucídides y Herodoto.

Ya para el siglo IV, las guerras fueron menos sangrientas y después de la victoria, frecuentemente se tuvo clemencia para el derrotado. (14)

Se recurría al arbitraje y al combate singular. Cuando las ciudades de Grecia habían caído por completo y se reconocían incapaces de hacer la guerra, se estableció un régimen de paz fundado en el derecho. Los armisticios y los tratados de paz, eran jurados solemnemente, lo cual no impedía a los interesados que en el frecuente caso de que entraran en juego sus ambiciones, se pasara sobre su firma y

quedaran rotas las alianzas. Así mismo se estipulaba, que si alguna de las ciudades de la Grecia no era en su modo de sentir como las otras compañeras y aliadas, le sería lícito pasarse a la parte que mejor le pareciera, pero no se hacía libremente:

"Bien sabemos que es costumbre admitida entre los griegos, como justa y legítima, que los que en tiempo de guerra se rebelan contra los aliados y se pasan a los contrarios, los que los reciben les tratan bien, tanto tiempo cuanto piensan que los rebelados les puedan ser útiles y provechosos; pero considerando después la traición que han hecho a sus primeros amigos, los tienen por ruines, y creen que serán peor en adelante". (15).

Esta era la ley, y el griego, como justamente se ha dicho, tenía más a su ley que los persas a su rey. Ya hemos visto que aún las leyes defectuosas eran consideradas como mejor garantía de seguridad que su modificación:

"Son más firmes y seguros los que rigen y gobiernan el estado de su república siempre de una suerte y manera, según sus leyes y costumbres antiguas, aunque no sean buenas del todo". (16).

En cualquier forma, la paz universal fué para los griegos un bello sueño, jamás realizado, ya Platón afirmaba: "Es una ley de la naturaleza, que la guerra sea continua y eterna entre todas las ciudades". ¿Cómo era posible por tanto realizar la unidad nacional con un estado de guerra permanente?

Por eso Grecia, que fué tan grande, no pudo continuar elaborando su magnífica cultura, pero cábele el mérito de haber sido la primera de haber hablado de ley y de libertad, indispensables para toda vida civil, concertadas solamente por el principio de la autoridad". "La cultura, sin libertad, —dice el Dr. Caso,— no se concibe, sólo en un ambiente de libertad puede madurar la obra de la civilización". (17)

Y ¿qué es la cultura, en resumen, sino todo éso que llamamos Política, Derecho, Religión, Arte, Filosofía, Literatura, Historia, etc., en una palabra, todo lo que el hombre estima en algo cuando mira al Infinito?

Éste fué el legado de Grecia, tesoro incomparable que ninguna otra civilización ha logrado superar; principios de la belleza, de la bondad, de la justicia, de todos esos valores que las generaciones posteriores se han ocupado de analizar, buscando la resolución al gran problema humano, al único que tiene sentido y que es la base de toda vida digna y elevada, a esa pregunta de cuya respuesta dependen todos los destinos del Universo: ¿Qué es el hombre? ¿A qué ha venido? y ¿A dónde vá?

Y es entonces, cuando se busca el único Valor, la Causa de todas las Causas, cuando el "Occidente individualista, nacionalista y Cristiano, se levanta frente al Oriente utilitarista, impersonal, decadente", para lanzarle su reto de Infinito y desafiarlo para que sobreviva como él a través de todos los tiempos.

México, D. F., febrero de 1942.

Amalia LOPEZ REYES.

NOTAS AL CAPITULO QUINTO

(Ver Bibliografía General).

- (1) HERODOTO: Los nueve libros. vol II, pág. 143.
- (2) JACORO BURCKHART: Historia de la cultura Griega, pág. 57.
- (3) ANTONIO CASO: La Persona Humana y el Estado Totalitario, pág. 151.
- (4) Introducción de Henri Berr a la obra de León Robín: El Pensamiento griego, pág. 15.
- (5) LEON ROBIN: La evolución de la Humanidad. El Pensamiento griego, pág. 95.
- (6) JACOBO BURCKHARDT: Historia de la cultura Griega, pág.39.
- (7) GUIRAUD PAUL: Vida pública y privada de los griegos, pág. 3.
- (8) GUIRAUD PAUL: Vida pública y privada de los griegos, pág. 6.
- (9) La Decadencia de Occidente, vol 2, pág. 69.
- (10) TUCIDIDES: Historia de la Guerra del Peloponeso. Discurso de Pericles a los muertos, pág. 141.
- (11) JACOBO BURCKADT: Historia de la cultura Griega, pág. 86.
- (12) TUCIDIDES: Historia de la Guerra del Peloponeso. Discurso de los de Platea ante los jueces de Lacedemonia, pág. 246.
- (13) TUCIDIDES: Historia de la Guerra del Peloponeso. Discurso de los Lacedemonios a los atenienses pidiendo la paz, y respuesta de éstos, pág. 302.
- (14) A. JARDE: La Evolución de la Humanidad. Formación del Pueblo Griego, vol. X, pág. 357.
- (15) TUCIDIDES: Historia de la Guerra del Peloponeso. Discurso de los Mitilenios en la junta de los confederados Griegos. pág. 207.
- (16) TUCIDIDES: Historia de la Guerra del Peloponeso. Discurso de Alcibiades a los Atenienses. vol. II, pág. 105.
- (17) ANTONIO CASO: La persona humana y el Estado Totalitario, pág. 24.

BIBLIOGRAFIA GENERAL.

- ARISTOTELES.** Poética. Traducción de Joseph Goya y Muniam.
- BURCKHARDT JACOBO.** Historia de la cultura Griega. Traducción del alemán por Eugenio Omaz. Madrid. Imp. de Galo Saez. 1935-1936. 2v. Biblioteca de la Revista de Occidente.
- CASO ANTONIO.** El concepto de la Historia Universal y la filosofía de los valores. México. Ediciones Botas. 1933.
- CASO ANTONIO.** La Persona Humana y el Estado Totalitario. México.
- CASO ANTONIO.** Sociología. México. Editorial Polis. 1940.
- DESTEFANO JOSE R.** Las ideas religiosas y morales en el teatro de Sófocles. La Plata. Rep. Argentina. Imp. Coni 1929.
- ESQUILO.** Obras Completas. Prometeo Encadenado. Traducción de Fernando Segundo Brieva Salvatierra. Estudio de Carlos Otrifido Müller. México. Tip. Murguía. 1918.
- ESQUILO.** Obra Completa. Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Vers. española de Germán Gómez de la Mata. Valencia. España. Prometeo. Germanías 33. 1 v.
- A) Prometeo Encadenado.
- B) Las Suplicantes.
- C) La Orestida (Trilogía).
- D) Los Persas.
- E) Los siete contra Tebas.
- EURIPIDES.** Obra Completa. Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Vers. española de Germán Gómez de la Mata. Valencia. España. Prometeo. Germanías 33. 4v.
- A) Hécaba. Obras Clásicas. Vol. 1.
- B) Orestes. Obras Clásicas. Vol. 1.
- C) Las Fenicias. Obras Clásicas. Vol. 1.
- D) Medea. Obras Clásicas. Vol. 1.
- E) Hipólito. Obras Clásicas. Vol. 2.
- F) Alceste. Obras Clásicas. Vol. 2.
- G) Andrómaca. Obras Clásicas. Vol. 2.
- H) Las Suplicantes. Obras Clásicas. Vol. 2.
- I) Ifigenia en Aulide. Obras Clásicas. Vol. 2.
- J) Ifigenia en Tauride. Obras Clásicas. Vol. 3.

- K) Reso. Obras Clásicas. Vol. 3.
L) Las Troyanas. Obras Clásicas. Vol 3.
M) Las Bacantes. Obras Clásicas. Vol 3.
N) Las Heracleidas. Obras Clásicas. Vol 3.
O) Helena. Obras Clásicas. Vol 4.
P) Ion. Obras Clásicas. Vol 4.
Q) Heracles Furioso. Obras Clásicas. Vol 4.
R) Electra. Obras Clásicas. Vol 4.
S) El Cíclope. Obras Clásicas. Vol 4.
- GUIRAUD PAUL.** Vida pública y privada de los griegos. Traducción española de la 5ª francesa por Domingo Vaca. Madrid. Daniel Jorro. Edit. 1915.
- HERODOTO.** Los nueve libros de la Historia. Traducción del griego al castellano por Bartolomé Pou. Madrid. Libr. de Perlado, Paez y Cía. (Sucr. de Hernando). 1919. 2v.
- HESIODO.** A) La Teogonía. Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Valencia. España. Prometeo. Germanías. 33.
B) Los trabajos y los días. Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Valencia. España. Prometeo. Germanías 33.
- HOMERO.** A) Iliada. Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de Germán Gómez de la Mata. Valencia. España. Proteo. Germanías. 33. 2 vol.
B) Odisea. Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de Nicasio Hernández de Luquero. Valencia. España. Prometeo. Germanías. 33. 2v.
- JARDÉ A.** Formación del pueblo griego. Barcelona. Editorial Cervantes. 1926. La Evolución de la Humanidad, síntesis colectiva. Dir. Henri Berr.
- JOUGUET PIEIRE.** El imperialismo macedónico y la helenización de oriente. Traducción del Dr. F. L. de la Vallina y Argüelles. Barcelona. Edit. Cervantes. 1927.
- LAURAND.** Manual de Estudios griegos y latinos. Trad. de la 2ª ed. por Domingo Vaca y Agustín Millares Carlo. Madrid. Daniel Jorro Edit. 1920-1924.
- MENENDEZ Y PELAYO.** Ideas Estéticas en España. Madrid, vol 1. 1886.
- MULLER CARLOS OTFRIED.** Historia de la literatura griega.
- MURRAY GILBERT.** Aeschylus the creator of tragedy. Oxford. Clarendon Press. 1940, 4º

- NEPOTE CORNELIOS.** *Vies des grans capitaines. Miltiade etc.* avec la traduction en francais. 1850. (Nisard, Collection des auteurs latins).
- NIETZCHE FEDERICO.** *El origen de la tragedia y obras póstumas de 1869 a 1873.* Madrid. M. Aguilar, Edit. 1932.
- PLUTARCO.** *Vidas Paralelas.* Trad. de Antonio Ranz Romanillos, rev. y correg. Madrid. España Calpe. 1919-1921. 1º t. en 8 v. Colección Universal. Biblioteca Clásica.
- REYES ALFONSO.** *Cuestiones Estéticas.* Paris. Sociedad de Ediciones literarias, y artísticas. Librería Paul Ollendorff 50 Chaussee d antin, 50. 1911.
- REYES ALFONSO.** *La crítica en la edad Ateniense.* México. Fondo de cultura Económico. Colegio de México. Imp. talleres de artes Gráficas comerciales S. C. L. al cuidado de Daniel Cosío Villegas y Francisco Giner de los Ríos. 1941.
- ROBIN LEON.** *El pensamiento griego y los orígenes del espíritu científico.* Traducción de Joaquín Xirau Palau. Barcelona. Editorial Cervantes. 1926. *La Evolución de la Humanidad.* (Síntesis colectiva). Dir. Henri Berr.
- SANDERSON EDGAR.** *Epitome of the World's History, with special relation to the history of civilization and the progress of mankind.* Rev and condensed, by John Hardiman. Boston. Boston school supply company, 131 Kingston Street 1902.
- SARTIAUX FELIX:** *Las civilizaciones antiguas del Asia Menor.* Traduc. de Antonio González. Barcelona. Edit. Labor, S.A. 1931.
- SOFOCLES.** *Obras Completas.* Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Vers española de Germán Gómez de la Mata. Valencia, España. Prometeo. Germanías 33. 2 vol.
- A) *Las traquinenses.* Vol. 1.
 - B) *Edipo, rey.* Vol. 1.
 - C) *Edipo en Colono.* Vol. 1.
 - D) *Antígona.* Vol. 1.
 - E) *Electra.* Vol 2.
 - F) *Filoctetés.* Vol. 2.
 - G) *Ayax.* Vol. 2.
- STUART BLACKIE JOHN.** *Prólogo a la obra The lyrical dramas of Esquilo. (Aeschylus).* Tr. into english verse by John

Stuart Blackie. (Everyman's library. Classical). F. U. 1912.

SWOBODA HEINRICH. *Historia de Grecia.* Traducción del alemán por Guillermo Zotter. Barcelona. Buenos Aires. Edit Labor, S. A. 1930.

TUCIDIDES. *Historia de la guerra del Peloponeso.* Traducción del griego por Diego Gracian. Madrid. Imp. Sucrs. Herhondo. 1924. Biblioteca Clásica.

VASCONCELOS JOSÉ. *Historia del pensamiento filosófico.* México. Imprenta Universitaria. 1937. (Ediciones de la Universidad Nacional de México).

XENOFONTE. *Anábasis.* Historia de la entrada de Cyro el Menor en el Asia y de la entrada de los 10 000 que fueron con él. Traducción directa del griego por Diego Gracián, enmendada por Casimiro F. C. Madrid. Luis Navarro. 1882.

XENOFONTE. *Anábasis.* Nueva ver. griega. Imp. en Grecia. 1904.

XENOFONTE. *La Cyropedia o Historia de Cyro el mayor.* Traslada del griego al castellano por Diego Gracián, enmendada la traducción castellana por Casimiro Flores Canseco. Madrid. Edit. Luis Navarro. 1882.

Amalia LOPEZ REYES.